

FASCISTAS Y ROJOS

MICHAEL PARENTI



CHMHR

¡Hola! Mi nombre es **Chemok**, y soy la razón por la cual tienes este libro en tus manos.

El reconocimiento del mismo va dirigido al (los) autor(es) correspondiente(s), yo apenas hice la traducción.

Si deseas ver otros trabajitos míos puedes buscarme en **Library Genesis** tipeando «**Chemok**» en el buscador, o en **Facebook** como **@ChemokEditorial**.

Son gratuitos.

¡A lo mejor encuentras otro libro que te guste!



MICHAEL PARENTI

FASCISTAS Y ROJOS

**RACIONALIDAD FASCISTA Y LA DESTRUCCIÓN
DEL COMUNISMO**



Fascistas y rojos: Racionalidad fascista y la destrucción del
Comunismo

Michael Parenti

Publicado en 1997

Traducido y digitalizado en marzo de 2022

Primera edición

Chemok, ¿editor? 📖 😞

CONTENIDO

AGRADECIMIENTOS.....	1
DEDICATORIA.....	2
PREFACIO.....	3
CAPÍTULO I.....	6
RACIONALIDAD FASCISTA.....	6
Los plutócratas escogieron a los autócratas.....	7
¿A quién apoyaron los fascistas?.....	12
¡Alabanzas a Adolf y a Benito!.....	16
El uso racional de una ideología irracional.....	18
El patriarcado y la pseudorevolución.....	21
Amigables con el Fascismo.....	26
CAPÍTULO II.....	33
VAMOS A DEFENDER LA REVOLUCIÓN.....	33
Los costos de la contrarrevolución.....	33
Presunciones de poder.....	37
La violencia... ¿de quién?.....	39
Libre mercado para unos pocos.....	43
La revolución trae libertad.....	46
¿Cómo medimos el dolor?.....	49
CAPÍTULO III.....	55
ANTICOMUNISMO DE IZQUIERDA.....	55
De rodillas ante la ortodoxia.....	56
Tergiversación de conceptos.....	60
Socialismo puro vs. Socialismo de asedio.....	65
Descentralización vs. supervivencia.....	70
CAPÍTULO IV.....	77
COMUNISMO DE FANTASÍA.....	77
El premio a la ineficiencia.....	77
Nadie quiere cuidar el quiosco.....	80
«¡Lo queremos todo!».....	84
La reacción a flor de piel.....	88

Romantizando al Capitalismo.....	92
CAPÍTULO V.....	97
LOS DEDOS DE STALIN.....	97
¿Cuántas víctimas?	98
¿A dónde fueron los gulags?.....	102
Crónicas de un mal desarrollo.....	106
CAPÍTULO VI.....	109
EL PARAÍSO DE LIBRE MERCADO SE DIRIGE HACIA EL ESTE (PARTE I).....	109
Reprimiendo a la izquierda	109
Democracia unidireccional	117
¿Deberíamos rendir honores a Václav Havel?.....	121
La colonización del Este	124
CAPÍTULO VII.....	130
EL PARAÍSO DE LIBRE MERCADO SE DIRIGE HACIA EL ESTE (PARTE II).....	130
Para víboras y sanguijuelas	130
Terapia de shock para las mayorías	134
Crimen y corrupción.....	137
Decadencia cultural.....	138
Mujeres y niños al último.....	141
«No sabíamos lo que teníamos».....	143
CAPÍTULO VIII.....	149
¿EL FIN DEL MARXISMO?.....	149
Algunas cuestiones básicas	150
Más aciertos que errores.....	153
Más riqueza, más pobreza	158
Una ciencia holística	162
Aprendiendo a preguntar: ¿Por qué?	168
CAPÍTULO IX.....	173
LO QUE SEA, MENOS LA CLASE: EVITANDO LA PALABRA CON C.....	173
La negación de la clase	173
Los teóricos TMC.....	177
La cotidiana lucha de clases	183
Riqueza y poder	186
Ecoapocalipsis, un acto de clase.....	189

AGRADECIMIENTOS

Estoy en deuda con Sally Soriano, Peggy Noton, Jane Scantlebury y Richard Plevin por sus valiosos aportes y crítica constructiva al manuscrito. Jane también me ayudó en numerosas ocasiones, gracias a sus habilidades de bibliotecaria experta, para buscar y encontrar mucha de la información que requería cuando lo necesité. Envío mis agradecimientos también a Stephanie Welch, Neala Hazé y Kathryn Cahill por toda la ayuda brindada.

Una vez más quisiera extender mis agradecimientos a Nancy J. Peters, mi editora en City Lights Books, por su apoyo y lectura crítica del texto final. También extendo mi gratitud a mi publisher, el poeta y artista Lawrence Ferlinghetti, por la invitación que me extendió para que me convirtiese en un autor de City Lights hace apenas unos años. Finalmente, agradezco a Stacey Lewis y a las incontables personas que participaron en la producción y distribución de este libro: ellos son los que hacen el trabajo.

DEDICATORIA

A los rojos y a los otros incontables héroes anónimos que resistieron a los Camisas Negras del ayer, y que continúan su lucha hasta el día de hoy en contra de los camisas blancas corporativos.

En memoria de Sean Gervasi y Max Gundy, valiosos amigos y defensores de la justicia social.

*Per chi conosce solo il tuo colore, bandiera rossa,
tu devi realmente esistere, perchè lui esista ...
tu che già vanti tante glorie borghesi e operaie,
ridiventa straccio, e il più povero ti sventoli.*

Para el que solamente conoce tu color, bandera roja,
debes existir realmente, para que él exista ...
Tú, que ya te jactas de tantas glorias burguesas y obreras,
vuelve a ser un trapo, para que el pobre te agite.

— Pier Paolo Pasolini

PREFACIO

Este libro invita a aquellos inmersos en la ortodoxia prevaleciente del «Capitalismo democrático» a dudar de puntos de vista iconoclastas, a cuestionar los dogmas de la mitología del libre mercado y la persistencia del anticomunismo tanto de derecha como de izquierda, y a considerar de nuevo, con una mente receptiva pero no acrítica, los esfuerzos históricos de los tan calumniados rojos, y de otros revolucionarios.

La ortodoxia política que demoniza al Comunismo impregna toda la perspectiva política. Incluso la gente de izquierda ha internalizado la ideología liberal/conservadora que equipara al Fascismo y al Comunismo como gemelos totalitarios igualmente malvados, dos grandes movimientos de masas del siglo XX. Este libro intenta mostrar las enormes diferencias entre el Fascismo y el Comunismo tanto en el pasado como en el presente, tanto en la teoría como en la práctica, especialmente en lo que respecta a cuestiones de igualdad social, acumulación de capital privado e interés de clase.

La mitología ortodoxa también nos invita a creer que las democracias occidentales (con Estados Unidos a la cabeza) se han opuesto a ambos sistemas totalitarios con igual vigor. De hecho, los líderes estadounidenses se han dedicado sobre todo a hacer del mundo un lugar seguro para la inversión transnacional y el sistema de ganancias privadas. En pos de este objetivo han utilizado al Fascismo para proteger al Capitalismo, mientras afirman estar salvando la democracia de las garras del Comunismo.

En las páginas siguientes analizo cómo el Capitalismo se propaga y se beneficia del Fascismo, el valor de la revolución en el avance de la condición humana, las causas y efectos de la destrucción del Comunismo, la relevancia continua del

Marxismo y el análisis de clase, y la naturaleza despiadada del poder en manos de la clase capitalista.

Hace más de un siglo, en su gran obra *Les Misérables*, Víctor Hugo se preguntaba: «¿Llegará el futuro?». Estaba pensando en un futuro de justicia social, libre de las «terribles sombras» de la opresión impuesta por unos pocos sobre la gran masa de la humanidad. Últimamente, algunos eruditos han anunciado «el fin de la historia». Con el derrocamiento del Comunismo, la épica lucha entre sistemas alternativos ha terminado, dicen. La victoria del Capitalismo ha sido arrasadora. No hay grandes transformaciones a la vista. El libre mercado global está aquí para quedarse. Lo que ves es lo que vas a conseguir, por ahora y para siempre. Esta vez la lucha de clases ha terminado definitivamente. Así se responde a la pregunta de Hugo: el futuro sí ha llegado, aunque no el que él esperaba.

Esta teoría intelectualmente anémica del fin de la historia fue aclamada como una exégesis brillante y recibió una generosa acogida por parte de los comentaristas y críticos de los medios controlados por las corporaciones. Sirvió perfectamente a la cosmovisión oficial, diciendo lo que los altos círculos nos habían estado diciendo durante generaciones: que la lucha entre clases no es una realidad cotidiana sino una noción obsoleta, que un Capitalismo sin trabas estaba aquí para quedarse ahora y para siempre, que el futuro pertenece a quienes controlan el presente.

Pero la pregunta que realmente deberíamos hacernos es, ¿tenemos futuro? Más que nunca, con el planeta mismo en juego, se hace necesario imponer un control de la realidad sobre aquellos que saquearían nuestros limitados recursos ecológicos en busca de ganancias ilimitadas, aquellos que desecharían nuestros derechos y extinguirían nuestras libertades en su búsqueda intransigente de ganancia individual.

La historia nos enseña que todas las élites gobernantes tratan de presentarse como el orden social natural y duradero,

incluso aquellas que se encuentran en graves crisis que amenazan la reproducción de sus estructuras jerárquicas de poder y privilegio. Y todas las élites gobernantes son desdeñosas e intolerantes con los puntos de vista alternativos.

La verdad es incómoda para aquellos que pretenden servir a nuestra sociedad cuando en realidad solo se sirven a sí mismos a nuestra costa. Espero que este esfuerzo desmonte la gran mentira. Puede que la verdad no nos haga libres, como afirma la Biblia, pero es un enorme paso en esa dirección.

– Michael Parenti

CAPÍTULO I

RACIONALIDAD FASCISTA

Mientras caminaba por la Pequeña Italia de Nueva York, pasé por una tienda de novedades que exhibía carteles y camisetas de Benito Mussolini dando el saludo fascista. Cuando entré en la tienda y le pregunté al empleado por qué se ofrecían esos artículos, respondió: «Bueno, a algunas personas les gusta. Y, ya sabes, tal vez necesitemos a alguien como Mussolini en este país». Su comentario fue un recordatorio de que el fascismo sobrevive como algo más que una curiosidad histórica.

Peor que los carteles o las camisetas son las obras de varios escritores empeñados en «explicar» a Hitler, o «reevaluar» a Franco, o de alguna otra manera higienizar la historia fascista. En Italia, durante la década de 1970, surgió una verdadera industria artesanal de libros y artículos que afirmaban que Mussolini no solo hacía que los trenes funcionaran a tiempo, sino que también hacía que Italia funcionara bien. Todas estas publicaciones, junto con muchos estudios académicos convencionales, tienen una cosa en común: dicen poco o nada sobre las políticas de clase de la Italia fascista y la Alemania nazi. ¿Cómo trataron estos regímenes los servicios sociales, los impuestos, los negocios y las condiciones laborales? ¿En beneficio de quién y a expensas de quién? La mayor parte de la literatura sobre el Fascismo y el Nazismo no nos lo dice¹.

¹ Entre los miles de títulos que tratan sobre el fascismo, hay algunas excepciones valiosas que no eluden cuestiones de economía política y poder de clase, por ejemplo: Gaetano Salvemini, *Under the Axe of Fascism* (Nueva York: Howard Fertig, 1969); Daniel Guerin, *Fascism and Big Business* (Nueva York: Monad Press/Pathfinder Press, 1973); James Pool y Suzanne Pool, *Who Financed Hitler* (Nueva York: Dial Press, 1978); Palmiro Togliatti, *Lectures on Fascism* (Nueva York: International Publishers, 1976); Franz Neumann,

Los plutócratas escogieron a los autócratas

Comencemos echando un vistazo al fundador del Fascismo. Benito Mussolini nació en 1883, hijo de un herrero. Su niñez estuvo marcada por peleas callejeras, arrestos, encarcelamientos y violentas actividades políticas radicales. Antes de la Primera Guerra Mundial, Mussolini era socialista. Brillante organizador, agitador y talentoso periodista, se convirtió en editor del periódico oficial del Partido Socialista. Sin embargo, muchos de sus camaradas sospechaban que estaba menos interesado en promover el Socialismo que en promoverse a sí mismo. De hecho, cuando la clase alta italiana lo tentó con reconocimiento, apoyo financiero y la promesa de poder, no dudó en cambiar de bando.

Al final de la Primera Guerra Mundial, Mussolini el socialista, que había organizado huelgas de trabajadores y campesinos, se había convertido en Mussolini el fascista, que rompía las huelgas en nombre de los banqueros y los terratenientes. Haciendo uso de las enormes sumas que recibió de los acaudalados se proyectó en la escena nacional como el cabecilla de *i fasci di combattimento*, un movimiento compuesto por exoficiales del ejército con camisas negras y diversos matones que no se guiaban por ninguna doctrina política clara más que un patriotismo militarista y una aversión conservadora a todo lo relacionado con el Socialismo y la organización de los trabajadores. Los Camisas Negras fascistas se dedicaron a atacar a sindicalistas, socialistas, comunistas y cooperativas agrícolas.

Después de la Primera Guerra Mundial se había establecido en Italia un patrón de democracia parlamentaria. Los salarios estaban mejorando y los trenes volvían a funcionar con normalidad. Pero la economía capitalista experimentaba una

Behemoth (Nueva York: Oxford University Press, 1944); R. Palme Dutt, *Fascism and Social Revolution* (Nueva York: International Publisher, 1935).

recesión de posguerra. Las inversiones se estancaron, la industria pesada operaba muy por debajo de su capacidad y las utilidades empresariales y las exportaciones de agronegocios estaban disminuyendo.

Para mantener la tasa de ganancia los grandes terratenientes y empresarios tendrían que recortar los salarios y elevar los precios. El Estado, a su vez, tendría que proporcionarles subsidios masivos y exenciones de impuestos. Para financiar este bienestar corporativo la población tendría que pagar impuestos más altos, y los servicios sociales y el gasto público tendrían que recortarse drásticamente –medidas que hoy en día se nos hacen familiares.

Pero el gobierno no tenía vía libre para seguir por este camino. Para 1921, muchos trabajadores y campesinos italianos estaban sindicalizados y tenían sus propias organizaciones políticas. Habían conquistado el derecho a la organización, junto con mejoras en los salarios y las condiciones de trabajo, luego de manifestaciones, huelgas, boicots, tomas de fábricas y la ocupación forzada de tierras de cultivo.

Para imponer la austeridad sobre los trabajadores y los campesinos los intereses económicos dominantes tendrían que abolir los derechos democráticos que ayudaron a las masas a defender sus modestos niveles de vida. La solución fue aplastar sus sindicatos, organizaciones políticas y libertades civiles. Los empresarios y los grandes terratenientes querían tener a alguien al mando que pudiese quebrar el poder de los trabajadores organizados y los trabajadores agrícolas e imponer el orden con puño de hierro a las masas. Benito Mussolini, acompañado de sus cuadrillas de Camisas Negras, parecía el candidato perfecto para esta tarea².

² Entre enero y mayo de 1921, «los fascistas destruyeron 120 sedes laborales, atacaron 243 centros socialistas, además de otros edificios, asesinaron a 202 trabajadores (sin contar a los 44 que murieron a manos de la policía y la

En 1922, la Federazione Industriale, compuesta por los líderes de la industria, junto con representantes de las asociaciones bancarias y agroindustriales, se reunieron con Mussolini para planificar la «Marcha sobre Roma», la cual recibiría un financiamiento de 20 millones de liras. Con el respaldo adicional de los principales oficiales militares y jefes de policía de Italia, tuvo lugar la «revolución» —en realidad, un golpe de Estado— fascista.

Dos años después de tomar el poder estatal, Mussolini cerró todos los periódicos de la oposición y aplastó a los partidos Socialista, Liberal, Católico, Demócrata y Republicano, que en conjunto obtenían alrededor del 80% de los votos. Los líderes sindicales, los líderes campesinos, los delegados parlamentarios y otros críticos del nuevo régimen fueron apaleados, exiliados o asesinados por escuadrones terroristas fascistas. El Partido Comunista Italiano soportó la represión más severa de todas, pero logró mantener una valiente resistencia clandestina que finalmente se convirtió en una lucha armada contra los Camisas Negras y las fuerzas de ocupación alemanas.

En Alemania tuvo lugar un patrón similar de complicidad entre fascistas y capitalistas. Los trabajadores y campesinos alemanes habían conquistado el derecho a sindicalizarse, la jornada laboral de ocho horas y el seguro de desempleo. Pero para elevar los niveles de ganancias la industria pesada y las grandes finanzas necesitaban reducir los salarios de sus trabajadores y recibir subsidios estatales masivos, además de recortes de impuestos.

Durante la década de 1920, las Sturmabteilung o SA nazis, las tropas de asalto de camisas pardas, financiadas por empresas,

gendarmería) e hirieron a 1.144». Durante este período fueron detenidos 2.240 obreros y sólo 162 fascistas. Entre los años 1921 y 1922 hasta la toma del poder estatal por parte de Mussolini «se prendió fuego a 500 lugares de trabajo y tiendas cooperativas, y se disolvieron 900 municipios socialistas». Dutt, *Fascism and Social Revolution*, pág. 124.

se utilizaron principalmente como una fuerza paramilitar antilaboral cuya función era aterrorizar a los trabajadores y campesinos. Para 1930, la mayoría de los magnates habían llegado a la conclusión de que la República de Weimar ya no satisfacía sus necesidades y era demasiado complaciente con la clase trabajadora. Aumentaron considerablemente el dinero destinado a Hitler, impulsando al partido nazi hasta que logró relevancia nacional. Los magnates proporcionaron a los nazis generosos fondos para flotas de automóviles y altavoces para saturar las ciudades y pueblos de Alemania, junto con fondos para organizaciones del partido nazi, grupos juveniles y fuerzas paramilitares. Para el momento de la campaña de 1932 Hitler había reunido suficientes fondos como para volar a cincuenta ciudades en apenas dos semanas.

En esa misma campaña los nazis obtuvieron el 37,3% de los votos, el porcentaje más elevado que lograron obtener en una elección nacional democrática. Nunca tuvieron a la mayoría de la gente de su lado. Si es que llegaron a tener algún tipo de base confiable, generalmente se encontraba entre los miembros más ricos de la sociedad. Además, elementos de la pequeña burguesía y muchos lumpenproletarios sirvieron como matones del partido, organizados en las tropas de asalto de las SA. Pero la gran mayoría de la clase obrera organizada apoyó a los comunistas o socialdemócratas hasta el final.

En las elecciones de diciembre de 1932 tres candidatos se presentaron a la presidencia: el Mariscal de campo conservador von Hindenburg, el candidato nazi Adolfo Hitler y el candidato del Partido Comunista Ernst Thaelmann. En su campaña, Thaelmann argumentó que votar por Hindenburg equivalía a votar por Hitler y que Hitler llevaría a Alemania a la guerra. La prensa burguesa, incluidos los socialdemócratas, denunciaron que esta perspectiva estaba «inspirada en Moscú». Hindenburg fue reelegido mientras que los nazis perdieron aproximadamente

dos millones de votos en la elección del Reichstag en comparación con su pico de más de 13,7 millones.

Como es común, los líderes socialdemócratas rechazaron la propuesta del Partido Comunista de formar una coalición de emergencia contra el nazismo. Como ha sucedido históricamente en muchos otros países, en Alemania los socialdemócratas prefirieron aliarse con la derecha reaccionaria antes que hacer causa común con los rojos³. Mientras tanto, varios partidos de derecha se unieron a los nazis y en enero de 1933, pocas semanas después de las elecciones, Hindenburg solicitó a Hitler el convertirse en canciller.

Al asumir el poder estatal, Hitler y sus nazis siguieron una agenda político-económica no muy diferente a la de Mussolini. Aplastaron las organizaciones obreras y erradicaron a los partidos de oposición y clausuraron los medios de comunicación independientes. Cientos de miles de opositores fueron encarcelados, torturados o asesinados. En Alemania, como en Italia, los comunistas sufrieron la represión política más severa en relación a los demás grupos.

Aquí había dos pueblos, el italiano y el alemán, con diferentes historias, culturas e idiomas, y supuestamente diferentes temperamentos, que terminaron con las mismas soluciones represivas debido a las apremiantes similitudes de poder económico y conflicto de clases que prevalecían en sus respectivos países. En países tan diversos como Lituania, Croacia, Rumania, Hungría y España, surgió un régimen fascista similar

³ A principios de 1924, los funcionarios socialdemócratas del Ministerio del Interior utilizaron tropas paramilitares fascistas de la Reichswehr y Free Corps para atacar a los manifestantes de izquierda. Encarcelaron a 7.000 trabajadores y clausuraron periódicos del Partido Comunista: Richard Plant, *The Pink Triangle* (Nueva York: Henry Holt, 1986), pág. 47.

que hizo todo lo posible para salvar al gran capital de la imposición democrática⁴.

¿A quién apoyaron los fascistas?

Existe una vasta literatura sobre quién apoyó a los nazis, pero relativamente poca sobre a quién apoyaron los nazis después de que llegaron al poder. Esto está de acuerdo con la tendencia de la erudición convencional de evitar por completo el tema del Capitalismo siempre que se pueda decir algo desfavorable al respecto. ¿Qué intereses apoyaron Mussolini y Hitler?

Tanto en Italia en la década de 1920 como en Alemania en la década de 1930 resurgieron viejos males que se creía que habían pasado permanentemente a la historia a medida que las condiciones laborales se deterioraban precipitadamente. En nombre de salvar a la sociedad de la Amenaza Roja se prohibieron los sindicatos y las huelgas. Las propiedades sindicales y las cooperativas agrícolas fueron confiscadas y entregadas a ricos propietarios privados. Se abolieron las leyes de salario mínimo, el pago de horas extras y las normas de seguridad en las fábricas. Las exigencias de eficiencia se convirtieron en pan de cada día. El despido o el encarcelamiento les esperaba a aquellos trabajadores que se quejaban de las inseguras o inhumanas condiciones de trabajo. Los trabajadores trabajaban más horas por menos paga. Los miserables salarios fueron severamente recortados, en Alemania entre un 25 y un 40 por ciento, en Italia un 50 por ciento. En Italia, se reintrodujo el trabajo infantil.

⁴ Esto no quiere decir que las diferencias culturales no puedan conducir a variaciones importantes. Considere, por ejemplo, el horrible papel que jugó el antisemitismo en la Alemania nazi en comparación con la Italia fascista.

Por supuesto, se arrojaron algunas migajas al populacho. Hubo conciertos gratuitos y eventos deportivos, algunos magros programas sociales, un subsidio para los desempleados financiado en su mayor parte por las contribuciones de los trabajadores y vistosos proyectos de obras públicas diseñados para evocar el orgullo cívico.

Tanto Mussolini como Hitler mostraron su gratitud a sus patrocinadores de las grandes empresas al privatizar muchas acerías, centrales eléctricas, bancos y compañías navieras estatales perfectamente solventes. Ambos regímenes recurrieron al erario público para reflotar o subsidiar la industria pesada. La agricultura de agronegocios se expandió y se subsidió fuertemente. Ambos estados garantizaron un rendimiento del capital invertido por las gigantescas corporaciones mientras asumían la mayoría de los riesgos y pérdidas de las inversiones. Como suele ocurrir con los regímenes reaccionarios, el capital público fue desvalijado por el capital privado.

Al mismo tiempo se incrementaron los impuestos al pueblo, pero se redujeron o se eliminaron para los ricos y las grandes empresas. El impuesto a las herencias de los ricos se redujo drásticamente o fue directamente abolido.

¿El resultado de todo esto? En Italia, durante la década de 1930, la economía se vio afectada por la recesión, una deuda pública asombrosa y una corrupción generalizada. Pero las utilidades empresariales aumentaron y las fábricas de armamentos se afanaron en apurar la producción de armas para la guerra que se avecinaba. En Alemania el desempleo se redujo a la mitad con la considerable expansión de los trabajos que generó el sector armamentístico, pero la pobreza aumentó debido a los drásticos recortes salariales. Y de 1935 a 1943 las utilidades empresariales aumentaron sustancialmente, mientras que los ingresos netos de las grandes empresas subieron un 46%. Durante la década de 1930, en los Estados Unidos, Gran Bretaña y Escandinavia, los grupos de altos ingresos experimentaron una

modesta disminución de su participación en el ingreso nacional; pero en Alemania, el 5% más rico disfrutó de utilidades del 15%⁵.

A pesar de toda esta evidencia la mayoría de los escritores han ignorado la estrecha colaboración del Fascismo con las grandes empresas. Algunos incluso argumentan que las empresas no fueron beneficiarias sino víctimas del Fascismo. Angelo Codevilla, un escriba conservador del Hoover Institute, dijo con vehemencia: «Si el Fascismo significa algo, significa la propiedad y el control de los negocios por parte del Gobierno» (*Commentary*, 8/94). Así, el Fascismo se tergiversa como una forma mutante del Socialismo. De hecho, si el Fascismo significa algo, significa el apoyo total del gobierno a las empresas y la represión severa de las fuerzas antiempresariales y prolaborales⁶.

¿Es el Fascismo simplemente una fuerza dictatorial al servicio del Capitalismo? Puede que esa no sea *toda* su razón de ser, pero ciertamente es una parte importante de su *raison d'être*, la función a la que el propio Hitler se refirió cuando habló de

⁵ Simon Kuznets, "Qualitative Aspects of the Economic Growth of Nations," *Economic Development and Cultural Change*, 5, no. 1, 1956, págs. 5-94.

⁶ El exizquierdista y conservador renacido Eugene Genovese (*New Republic*, 4/1/95) llegó con entusiasmo a la conclusión de que es una «interpretación sin sentido» ver «al Fascismo como un engendro del gran capital». Genovese respaldó a Eric Hobsbawm, quien argumentó que la clase capitalista no era la fuerza principal detrás del Fascismo en España. En respuesta, Vicente Navarro (*Monthly Review* 1/96 y 4/96) señaló que «los principales capitalistas españoles», respaldados por al menos un millonario petrolero de Texas y otros elementos del capital internacional, de hecho, financiaron la invasión y el golpe fascista de Franco contra la República Española. Una de las principales fuentes de ingresos, escribe Navarro, fue el imperio financiero de Juan March, fundador del Partido Republicano de Centro (sucesor del Partido Liberal) y dueño de un periódico liberal (*El Día*). Pese a ser considerado un modernizador y una alternativa al sector oligárquico, latifundista y reaccionario del capital, March hizo causa común con estos mismos oligarcas al ver que los partidos obreros cobraban fuerza y sus propios intereses económicos se veían afectados por la República reformista.

salvar a los empresarios y banqueros del bolchevismo. Es un tema que merece mucha más atención de la que ha recibido.

Si bien los fascistas podrían haber creído que estaban salvando a los plutócratas de los rojos, de hecho, la izquierda revolucionaria nunca fue lo suficientemente fuerte como para tomar el poder estatal en Italia o Alemania. Las fuerzas populares, sin embargo, fueron lo suficientemente fuertes como para reducir las tasas de ganancia e interferir con el proceso de acumulación del capital. Esto frustró los intentos del Capitalismo de resolver sus contradicciones internas trasladando cada vez más sus costos a las espaldas de la población trabajadora. Con revolución o sin revolución, esta resistencia obrera democrática era problemática para los intereses de los acaudalados.

Además de servir a los capitalistas, los líderes fascistas se sirvieron a sí mismos, obteniendo dinero en cada oportunidad. Su codicia personal y su lealtad de clase eran dos caras de la misma moneda. Mussolini y sus cohortes vivían lujosamente, retozando dentro de los círculos más altos entre ricos y aristócratas. Los oficiales nazis y los comandantes de las SS amasaron fortunas personales saqueando los territorios conquistados y robando a los presos de los campos de concentración y de otras víctimas políticas. Se acumuló vastas cantidades de riqueza a través de negocios secretos bien conectados, además de la subcontratación de mano de obra esclava de los campos de concentración a empresas industriales como I.G. Farben y Krupp.

Hitler suele ser retratado como un fanático ideológico al que no le interesaban las vulgaridades materiales. De hecho, acumuló una inmensa fortuna, gran parte de ella de formas cuestionables. Expropió obras de arte del dominio público. Robó sumas enormes de las arcas del partido nazi. Inventó un nuevo concepto, el «derecho de personalidad», que le permitió cobrar una pequeña

tarifa por cada sello postal con su imagen, actividad que le hizo ganar cientos de millones de marcos⁷.

La mayor fuente de riqueza de Hitler era un fondo secreto para sobornos al que los principales empresarios alemanes depositaban regularmente. Hitler «sabía que mientras la industria alemana ganara dinero, sus fuentes privadas de dinero serían inagotables. Por lo tanto, se aseguraría de que la industria alemana nunca estuviera mejor que bajo su gobierno –lanzando, por un lado, gigantescos proyectos de armamento»⁸, o lo que hoy llamaríamos grandes contratos de defensa.

Hitler vivió dándose indulgencias en lugar de ser un santurrón. Durante todo el tiempo que ocupó el cargo obtuvo resoluciones especiales de la oficina de impuestos alemana que le permitieron eludir impuestos sobre la renta o la propiedad. Tenía un parque automotor de limusinas, apartamentos privados, casas de campo, un vasto personal de servicio y una majestuosa propiedad en los Alpes. Sus momentos más felices los pasó entreteniendo a la realeza europea, incluidos el duque y la duquesa de Windsor, quienes fueron parte de su club de admiradores.

¡Alabanzas a Adolf y a Benito!

El Fascismo italiano y el Nazismo alemán tenían sus admiradores dentro de la comunidad empresarial estadounidense y la prensa privada. Banqueros, editores y empresarios, incluidos personajes como Henry Ford, viajaron a

⁷ Ya había un sello de von Hindenburg para honrar su presidencia. El viejo Hindenburg, que no tenía simpatía por Hitler, dijo sarcásticamente que haría de Hitler su ministro de correos, porque «entonces podría lamerle el reverso».

⁸ Wulf Schwarzwaeller, *The Unknown Hitler* (Bethesda, Md.: National Press Books, 1989), pág. 197.

Roma y Berlín para rendir homenaje, recibir medallas y firmar jugosos contratos. Muchos hicieron todo lo posible para avanzar en el esfuerzo de guerra nazi, compartiendo secretos militares e industriales y participando en transacciones secretas con el gobierno nazi, incluso después de que Estados Unidos entrara en la guerra⁹. Durante la década de 1920 y principios de la de 1930, importantes medios de comunicación como *Fortune*, *Wall Street Journal*, *Saturday Evening Post*, *New York Times*, *Chicago Tribune* y *Christian Science Monitor* elogiaron a Mussolini como el hombre que rescató a Italia de la anarquía y el radicalismo. Hicieron girar fantasías rapsódicas de una Italia resucitada donde la pobreza y la explotación habían desaparecido repentinamente, donde los rojos habían sido vencidos, reinaba la armonía y los Camisas Negras eran adalides de una «nueva democracia».

La prensa de lengua italiana en los Estados Unidos se unió con entusiasmo al coro. Los dos periódicos más influyentes, *L'Italia* de San Francisco, financiado en gran parte por el Bank of America de AP Giannini, e *Il Progresso* de Nueva York, propiedad del multimillonario Generoso Pope, miraban con buenos ojos al régimen fascista y sugerían que Estados Unidos podría beneficiarse de un orden social parecido.

Algunos disidentes se negaron a sumarse al coro que rezaba «¡Amamos a Benito!». *The Nation* recordó a sus lectores que Mussolini no estaba *salvando* la democracia sino *destruyéndola*. Progresistas de todas las corrientes y varios líderes sindicales se opusieron al Fascismo. Sin embargo, su perspectiva crítica recibió poca exposición en los medios de comunicación privados.

Como con Mussolini, también con Hitler. La prensa no miró con poca amabilidad a la dictadura nazi de *der Führer*. Se decía por todas partes «¡Denle una oportunidad a Adolfo!»; aquello, por supuesto, engrasado con dinero nazi. A cambio de una cobertura

⁹ Charles Higham, *Trading with the Enemy* (New York: Dell, 1983).

más positiva en los periódicos de Hearst, por ejemplo, los nazis pagaron casi diez veces la tarifa de suscripción estándar del servicio de noticias del INS. A cambio, William Randolph Hearst instruyó a sus corresponsales en Alemania para que presentaran informes amistosos sobre el régimen de Hitler. Los que se negaron fueron transferidos o despedidos. Los periódicos de Hearst incluso abrieron la sección de opinión a destacados líderes nazis como Alfred Rosenberg y Hermann Göring.

A mediados y finales de la década de 1930 Italia y Alemania, aliados con Japón —otro país donde se había afianzado el Fascismo—, buscaban agresivamente una parte de los mercados mundiales y el botín colonial, un expansionismo que los puso en conflicto cada vez más con naciones capitalistas occidentales más estables como Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos. A medida que la sombra de la guerra se extendía, la opinión de la prensa estadounidense sobre las potencias del Eje dio un giro hacia la crítica.

El uso racional de una ideología irracional

Algunos escritores enfatizan las características «irracionales» del Fascismo. Al hacerlo, pasan por alto las funciones político-económicas racionales que desempeñó el Fascismo. La política es en gran medida la manipulación racional de símbolos irracionales. Por supuesto, esto aplica a la ideología fascista, cuyos llamamientos emotivos han cumplido una función de control de clase.

Primero fue el culto al líder, en Italia: *il Duce*, en Alemania: *der Feuhrerprinzip*. Con el culto al líder vino la idolatría del Estado. Como escribió Mussolini, «la concepción fascista es del Estado, y ella es del individuo, en cuanto aquél coincide con el Estado». El Fascismo predica el gobierno autoritario de un Estado que lo abarca todo y un líder supremo. Ensalza los impulsos

humanos más encarnizados de conquista y dominación, mientras rechaza el igualitarismo, la democracia, el colectivismo y el pacifismo como doctrinas impregnadas de debilidad y decadencia.

El compromiso la paz, escribió Mussolini, «es hostil al Fascismo». La paz perpetua, afirmó en 1934, es una doctrina «deprimente». Sólo en la «lucha cruel» y la «conquista» podían alcanzar los hombres o las naciones su más alta realización. «Aunque las palabras son cosas hermosas», afirmó, «los rifles, las ametralladoras, los aviones y los cañones son aún más hermosos». Y en otra ocasión escribió: «Sólo la guerra eleva a la máxima tensión todas las energías humanas e imprime un sello de nobleza a los pueblos que tienen la virtud de afrontarla». Irónicamente, la mayoría de los reclutas del ejército italiano no tenían las agallas para el belicismo de Mussolini, y tendían a retirarse de la batalla una vez que descubrían que el otro lado estaba empleando munición real.

La doctrina fascista enfatiza los valores monistas: *Ein Volk, ein Reich, ein Fuehrer* (un pueblo, un imperio, un líder). La gente ya no debe preocuparse por los conflictos de clase, sino que debe verse a sí misma como parte de un todo armonioso (...), una visión que beneficia al *statu quo* económico al encubrir el sistema actual de explotación de clase. Esto en contra de una agenda de izquierda que aboga por la articulación de demandas populares y una mayor conciencia de la injusticia social y la lucha de clases.

Este monismo está reforzado por llamamientos atávicos a las raíces míticas del pueblo. Para Mussolini, era la grandeza de Roma; para Hitler, el antiguo Volk. Una obra escrita por un pronazi, Hans Jorst, titulada *Schlageter* y presentada ampliamente en toda Alemania poco después de que los nazis tomaran el poder (Hitler asistió a la noche inaugural en Berlín) enfrenta el misticismo Volk contra la política de clase. En un punto de esta obra, August habla con su padre, Schneider:

August: No me lo vas a creer, papá, pero (...) la juventud ya no presta atención a estos viejos slogans. (...) La lucha de clases se está extinguiendo.

Schneider: Entonces... ¿qué es lo que tienes?

August: La comunidad, el Volk.

Schneider: ¿Y eso es un slogan?

August: ¡No, es una experiencia!

Schneider: Dios mío... Nuestra lucha de clases, nuestras huelgas, no fueron una experiencia, ¿verdad? El Socialismo, la Internacional, ¿a lo mejor fueron fantasías?

August: Fueron necesarias, pero (...) son experiencias históricas.

Schneider: Entonces... el futuro que le depara a tu comunidad, a tu Volk. Dime, ¿cómo lo ves en realidad? Pobres, ricos, saludables, de élite, menesterosos... todo esto deja de existir para ti, ¿verdad?

August: Mira, papá... la élite, los menesterosos, los pobres, los ricos... todo eso existirá siempre. Lo que en realidad es relevante es la importancia que uno le da a aquella pregunta. Para nosotros la vida no encuentra sus límites en el trabajo ni en el mercado. En cambio, creemos en la existencia humana como un todo. Ninguno de nosotros considera que ganar dinero es lo más importante; lo que deseamos es servir. El individuo es un corpúsculo en las arterias de su pueblo.¹⁰

Los comentarios del hijo son reveladores: «la lucha de clases se está extinguiendo». La preocupación del padre por los abusos del poder de clase y la injusticia de clase se descarta fácilmente como un estado de ánimo sin realidad objetiva. Incluso se equipara falsamente con una crasa preocupación por el dinero. («Ninguno de nosotros considera que ganar dinero es lo más importante»). Presumiblemente, los asuntos relacionados con la

¹⁰ George Mosse (ed.), *Nazi Culture* (New York: Grosset & Dunlap, 1966), págs. 116-118.

riqueza deben dejarse en manos de quienes la tienen. Tenemos algo mejor, dice August: una experiencia totalista y monista como pueblo, todos nosotros, ricos y pobres, trabajando juntos por más gloria. Convenientemente se pasa por alto cómo los «gloriosos sacrificios» son soportados por los pobres en beneficio de los ricos.

La posición enunciada en esa obra y en otra propaganda nazi no revela una indiferencia de clase; muy por el contrario, representa una aguda conciencia de los intereses de clase, un esfuerzo bien diseñado para enmascarar y silenciar la fuerte conciencia de clase que existía entre los trabajadores en Alemania. En medio de aquella astuta negación podemos ver cómo admiten, en secreto, lo que pretenden negar.

El patriarcado y la pseudorevolución

El chovinismo, el racismo, el sexismo y los valores patriarcales del Fascismo también sirvieron a un interés de clase conservador. La doctrina fascista, especialmente la variedad nazi, se compromete explícitamente con la supremacía racial. Se dice que los atributos humanos, incluido el estatus de clase, se heredan a través de la sangre; la posición de uno en la estructura social se toma como una medida de la naturaleza innata del individuo. La genética y la biología se organizan para justificar la estructura de clases existente, no muy diferente de lo que los académicos racistas están haciendo hoy en día con sus teorías de la «curva de campana» y las tonterías eugenésicas recalentadas.

El Fascismo apoya, además de la desigualdad de raza y de clase, la homofobia y la desigualdad sexual. Entre las primeras víctimas del nazismo se encontraba un grupo de nazis homosexuales, líderes de las tropas de asalto de las SA. Cuando las quejas sobre el comportamiento abiertamente homosexual de Ernst Roehm, líder de las SA, y algunos de sus camisas pardas

llegaron a Hitler después de que tomó el poder, emitió una declaración oficial en la que afirmaba que el problema pertenecía «puramente al dominio privado» y que la vida privada de los oficiales de las SA «no podían ser objeto de escrutinio a menos que entrasen en conflicto con los principios básicos de la ideología nacionalsocialista».

Las SA paramilitares habían sido utilizadas para ganar la batalla en las calles contra sindicalistas y rojos. Las tropas de asalto actuaron como una fuerza pseudorevolucionaria que empleó agravios masivos acompañados de una condena retórica del capital financiero. Cuando la membresía de las SA se disparó a tres millones en 1933, esto fue demasiado incómodo para los grandes industriales y los patricios militares. Habría que acabar con los camorristas callejeros de las SA que denunciaban la decadencia burguesa y exigían que se compartiese la riqueza y se diera conclusión a la «revolución nazi».

Luego de utilizar a las SA para hacerse del poder estatal, Hitler empleó al Estado para neutralizar a las SA. Ahora, de repente, la homosexualidad de Roehm entró en conflicto con la ideología nacionalsocialista. En realidad, había que decapitar a las SA no porque sus líderes fueran homosexuales —aunque esa era la razón aducida— sino porque amenazaban con convertirse en un grave problema. Roehm y otros 300 miembros de las SA fueron ejecutados, pero no todos eran homosexuales. Entre las víctimas estaba el experimentado propagandista nazi Gregor Strasser, sospechoso de inclinaciones izquierdistas.

Por supuesto, muchos nazis tenían una homofobia virulenta. Uno de los más poderosos de todos, el líder de las SS Heinrich Himmler, vio a los homosexuales como una amenaza para la masculinidad alemana y la fibra moral de los pueblos teutónicos, ya que un «mariquita homosexual» no procrearía ni sería un buen soldado. La homofobia y el sexismo de Himmler se unieron cuando dijo: «En los Estados Unidos cuando un hombre mira a una mujer puede ser obligado a casarse, o a pagar daños y

perjuicios (...). Es por eso que los varones estadounidenses se protegen volviéndose homosexuales. Las mujeres estadounidenses son como hachas de batalla –castran a los varones»¹¹. Así habló una de las grandes mentes del nazismo. Con el tiempo, Himmler logró extender la opresión de los homosexuales más allá de los líderes de las SA. Miles de civiles homosexuales perecieron en los campos de concentración de las SS.

Históricamente las mujeres han intentado limitar el número de hijos que tienen cada vez que han tenido la oportunidad. Esto plantea un problema potencial para un patriarcado fascista que necesita un gran número de soldados y trabajadores en la industria armamentística. Las mujeres son menos capaces de hacer valer sus derechos de procreación si se las mantiene subordinadas y dependientes. De modo que la ideología fascista ensalzaba la autoridad patriarcal. Todo hombre debe ser esposo, padre y soldado, dijo *il Duce*. La mayor vocación de la mujer era cultivar sus virtudes domésticas, atendiendo devotamente a las necesidades de su familia mientras daba a luz tantos hijos para el Estado como pudiera.

La ideología patriarcal estaba vinculada a una ideología de clase conservadora que veía todas las formas de igualdad social como una amenaza para el control jerárquico y los privilegios. El patriarcado reforzó la plutocracia: si las mujeres se pasan de la raya, ¿qué pasará con la familia? Y si la familia se va, toda la estructura social está amenazada. ¿Qué pasará entonces con el Estado y con la autoridad, los privilegios y la riqueza de la clase dominante? Los fascistas fueron defensores recalcitrantes de lo que hoy se llama «valores familiares», aunque la mayoría de los principales líderes nazis difícilmente podrían describirse como devotos hombres de familia.

¹¹ Richard Plant, *The Pink Triangle*, pág. 91.

En la Alemania nazi, el racismo y el antisemitismo sirvieron para desviar las demandas legítimas hacia convenientes chivos expiatorios. La propaganda antisemita se adaptó hábilmente para atraer a diferentes audiencias. A los superpatriotas se les dijo que el judío era un extranjero internacionalista. A los trabajadores desempleados se les dijo que su némesis era el capitalista judío y el banquero judío. Para los agricultores endeudados, era el usurero judío. Para la clase media, era el líder sindical judío y el comunista judío. Aquí nuevamente tenemos un uso conscientemente racional de imágenes irracionales. Los nazis podrían haber estado locos, pero no eran estúpidos.

Lo que distingue al Fascismo de las autocracias patriarcales de derecha convencionales es la forma en que intenta cultivar un aura revolucionaria. El Fascismo ofrece una mezcla seductora de comunicación de masas que suenan revolucionarios y política de clase reaccionaria. El nombre completo del partido nazi era Partido Nationalsocialista de los Trabajadores Alemanes, un nombre que sonaba izquierdoso. Como ya se señaló, las tropas de asalto de las SA tenían un componente militante que demandaba la redistribución de la riqueza que fue reprimido por Hitler después de que tomó el poder estatal.

Tanto los fascistas italianos como los nazis hicieron un esfuerzo consciente por robarle el protagonismo a la izquierda. Hubo movilizaciones masivas, organizaciones juveniles, brigadas de trabajo, mítines, desfiles, pancartas, símbolos y consignas. Se habló mucho de una «revolución nazi» que revitalizaría la sociedad, barriendo con el viejo orden y construyendo algo nuevo.

Por esta razón los escritores *mainstream* sienten la libertad de tratar al Fascismo y al Comunismo como gemelos totalitarios. Se trata de reducir la esencia a la forma. La similitud en la forma se toma como razón suficiente para desdibujar la gran diferencia en el contenido real en lo que refiere a la clase. Escritores como

A. James Gregor y William Ebenstein, innumerables líderes políticos occidentales y otros que supuestamente pertenecen a la izquierda democrática, con frecuencia meten al Fascismo y al Comunismo en el mismo saco. Por lo tanto, Noam Chomsky afirma: «El surgimiento de las corporaciones fue, de hecho, manifestación del mismo fenómeno que dio lugar al Fascismo y al Bolchevismo, los cuales germinaron del mismo suelo totalitario»¹². Pero en la Italia y la Alemania de esa época, la mayoría de los trabajadores y campesinos hacían una firme distinción entre el Fascismo y el Comunismo, al igual que los industriales y banqueros que dieron su apoyo al Fascismo por temor y odio al Comunismo, un juicio basado en gran medida en sus realidades de clase.

Hace años solía decir que el Fascismo nunca logró resolver las contradicciones irracionales del Capitalismo. Hoy en día tengo otra opinión: sí logró ese objetivo, pero solo para los capitalistas, no para el pueblo. El Fascismo nunca tuvo la intención de ofrecer una solución social que sirviera a la población en general, solo una solución reaccionaria, imponiendo todas las cargas y pérdidas sobre el pueblo trabajador. Despojado de su parafernalia ideológica y organizativa, el Fascismo no es más que una solución final a la lucha de clases, la sumersión totalista y la explotación de las fuerzas democráticas en beneficio y ganancia de la élite financiera.

El Fascismo es una revolución falsa. Cultiva la apariencia de política popular y un aura revolucionaria sin ofrecer un verdadero contenido de clase revolucionario. Propaga un «Nuevo Orden» mientras sirve a los mismos viejos intereses de los adinerados. No podemos culpabilizar a sus líderes por confundir,

¹² Chomsky, en una entrevista realizada por Husayn Al-Kurdy, *Perception*, marzo/abril de 1996.

sino por engañar. Que trabajasen arduamente para engañar al pueblo no significa que ellos mismos no tuvieran conciencia.

Amigables con el Fascismo

Una de las cosas que los escritores mainstream convenientemente pasan por alto es la forma en que los estados capitalistas occidentales han cooperado con el Fascismo. En sus esfuerzos colaboracionistas, el primer ministro británico, Neville Chamberlain, se mostró muy a gusto con los nazis. Él y muchos de su clase vieron a Hitler como un baluarte contra el Comunismo en Alemania y a la Alemania nazi como un baluarte contra el Comunismo en Europa.

Después de la Segunda Guerra Mundial los aliados capitalistas occidentales hicieron poco para erradicar al Fascismo de Italia o Alemania, excepto llevar a juicio a algunos de sus principales líderes en Nuremberg. En 1947 los conservadores alemanes comenzaron a representar a los jueces de Nuremberg como víctimas del engaño de los judíos y los comunistas. En Italia, el fuerte movimiento partisano que había librado la lucha armada contra el Fascismo pronto fue tratado con sospecha, como algo antipatriótico. Un año después de la guerra casi todos los fascistas italianos fueron liberados de prisión, mientras que cientos de comunistas y otros partisanos de izquierda que habían estado luchando contra la ocupación nazi fueron encarcelados. La historia dio un vuelco, transformando a los Camisas Negras en víctimas y a los Rojos en criminales. Las autoridades aliadas brindaron su apoyo para estas medidas¹³.

¹³ Roy Palmer Domenico, *Italian Fascists on Trial, 1943-1948* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1991), passim. Así que, en Francia, muy pocos de los colaboradores de Vichy fueron purgados. «Nadie de ningún rango fue castigado seriamente por su papel en la redada y deportación de judíos a campos nazis»: Herbert Lottman, *The Purge* (Nueva York: William

Bajo el amparo de las autoridades de ocupación estadounidenses, la policía, los tribunales, las fuerzas armadas, las agencias de seguridad y la burocracia permanecieron integradas en gran medida por aquellos que habían servido a los antiguos regímenes fascistas o por sus reclutas ideológicos, como ocurre hasta el día de hoy. Los perpetradores del Holocausto asesinaron a seis millones de judíos, medio millón de gitanos, miles de homosexuales, varios millones de ucranianos, rusos, polacos y otros, y se salvaron con la suya, en buena parte porque las mismas personas que se suponía debían investigar estos crímenes fueron ellos mismos cómplices.

En comparación, cuando los comunistas se hicieron cargo de Alemania Oriental, eliminaron alrededor del 80% de los jueces, maestros y funcionarios que habían colaborado con los nazis; encarcelaron a miles y ejecutaron a seiscientos líderes del partido nazi por crímenes de guerra. Habrían fusilado a más criminales de guerra si no hubiesen huido tantos al abrazo protector de Occidente.

¿Qué pasó con las empresas estadounidenses que colaboraron con el Fascismo? El Chase National Bank de la familia Rockefeller usó su oficina de París en Vichy, Francia, para ayudar a lavar dinero alemán para facilitar el comercio internacional nazi durante la guerra, y lo hizo con total

Morrow, 1986), pág. 290. Casi lo mismo puede decirse sobre Alemania; ver Ingo Muller, *Hitler's Justice* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1991), parte 3, «The Aftermath». Las autoridades militares estadounidenses restauraron en el poder a los colaboradores fascistas en varias naciones del Lejano Oriente. En Corea del Sur, por ejemplo, se utilizaron colaboradores coreanos y policías entrenados por japoneses para reprimir a las fuerzas democráticas de izquierda. El Ejército de Corea del Sur estaba comandado por oficiales que habían servido en el Ejército Imperial Japonés «y estaban orgullosos de ello». Muchos de ellos habían sido culpables de crímenes de guerra en Filipinas y China: Hugh Deane, «Korea, China and the United States: A Look Back», *Monthly Review*, febrero de 1995, págs. 20 - 23.

impunidad¹⁴. Corporaciones como DuPont, Ford, General Motors e ITT poseían fábricas en países enemigos que producían combustible, tanques y aviones que causaban estragos en las fuerzas aliadas. Después de la guerra, en lugar de ser procesada por traición, ITT recaudó 27 millones de dólares del gobierno de los Estados Unidos por daños de guerra infligidos a sus plantas alemanas por los bombardeos aliados. General Motors recaudó más de 33 millones de dólares. Los pilotos recibieron instrucciones de no atacar fábricas en Alemania que fueran propiedad de empresas estadounidenses. Así, Colonia fue casi arrasada por los bombardeos aliados, pero su planta de Ford, que proporcionaba equipo militar al ejército nazi, quedó intacta; de hecho, los civiles alemanes comenzaron a utilizar la planta como refugio antiaéreo¹⁵.

Durante décadas, los líderes estadounidenses han contribuido para mantener vivo el Fascismo italiano. De 1945 a 1975, las agencias gubernamentales de EEUU dieron un estimado de 75 millones de dólares a organizaciones de derecha en Italia, incluidas algunas con estrechos vínculos con el neofascista Movimiento Sociale Italiano (MSI). En 1975, el entonces secretario de Estado Henry Kissinger se reunió en Washington con el líder del MSI, Giorgio Almirante, para discutir qué «alternativas» podrían considerarse en caso de que los comunistas italianos ganaran las elecciones y tomaran el control del gobierno.

¹⁴ Después de la guerra, David Rockefeller aclamó a Hermann Abs, director del Deutsche Bank y, de hecho, «el inversor de Hitler», como «el banquero más importante de nuestro tiempo». Según su obituario del *New York Times*, Abs «desempeñó un papel dominante en la reconstrucción de Alemania Occidental después de la Segunda Guerra Mundial». Ni el *Times* ni Rockefeller dijeron una palabra sobre las conexiones nazis de Abs, las incursiones depredadoras de su banco en la Europa ocupada por los nazis y su participación, como miembro de la junta de I.G. Farben, sobre el uso de mano de obra esclava en Auschwitz: Robert Carl Miller, *Portland Free Press*, septiembre/octubre de 1994.

¹⁵ Charles Higham, *Trading with the Enemy*.

Cientos de criminales de guerra nazis encontraron refugio en los Estados Unidos, ya sea viviendo en un cómodo anonimato o como empleados de las agencias de inteligencia de los EEUU durante la Guerra Fría, y disfrutando de la protección de personas de alto rango. Algunos de ellos llegaron a ser asesores de campaña para candidatos republicanos a la presidencia tales como Richard Nixon, Ronald Reagan y George Bush¹⁶.

En Italia, de 1969 a 1974, elementos de alto rango en la inteligencia militar italiana y las agencias de inteligencia civil, miembros de P2 (una logia secreta de reaccionarios de clase alta, funcionarios profascistas del Vaticano y altos mandos militares), y GLADIO (una fuerza mercenaria anticomunista inspirada en la OTAN) se embarcaron en una campaña concertada de terror y sabotaje conocida como la «estrategia de la tensión». Entre los participantes podemos encontrar a un grupo neofascista secreto llamado Ordine Nuovo, funcionarios de la OTAN, miembros de los carabinieri, jefes de la mafia, treinta generales, ocho almirantes y masones influyentes como Licio Gelli (un criminal de guerra fascista reclutado por la inteligencia estadounidense en 1944). El terrorismo fue apoyado e instigado por el «aparato de seguridad internacional», liderado por la CIA. En 1995 la CIA se negó a cooperar con una comisión parlamentaria italiana que

¹⁶ Uno de ellos, Boleslavs Maikovskis, un jefe de policía letón que huyó a Alemania Occidental para escapar de las investigaciones soviéticas sobre crímenes de guerra y luego a los Estados Unidos, estuvo fuertemente implicado en la matanza nazi de más de doscientos aldeanos letones. Sirvió durante un tiempo en un subcomité del Partido Republicano para reelegir al presidente Nixon, luego huyó de regreso a Alemania para evitar una investigación tardía de crímenes de guerra de EEUU, y murió a la avanzada edad de 92 años (*New York Times*, 5/8/96). Los criminales de guerra nazis han recibido ayuda de las agencias de inteligencia occidentales, grandes empresarios, el ejército e incluso el Vaticano. En octubre de 1944, el comandante de paracaidistas alemán, mayor Walter Reder, asesinó a 1.836 civiles indefensos en un pueblo cerca de Bolonia, Italia, como represalia contra las actividades partisanas. Fue liberado de prisión en 1985, luego de que el Papa Juan Pablo II, entre otros, hiciera un comunicado a su favor – sin considerar las enérgicas protestas de los familiares de las víctimas.

investigaba la estrategia de la tensión (*Corriere della Sera*, 12/4/95, 29/5/95).

Los conspiradores terroristas llevaron a cabo una serie de secuestros, asesinatos y masacres con bombas (*i stragi*), entre ellas la explosión que mató a ochenta y cinco personas e hirió a unas doscientas, muchas de ellas de gravedad, en la estación de tren de Bolonia en agosto de 1980. Como concluyeron las investigaciones judiciales, la estrategia de tensión no fue un simple producto del neofascismo sino consecuencia de una campaña llevada a cabo por las fuerzas de seguridad del Estado contra la creciente popularidad de la izquierda parlamentaria democrática. El objetivo era «combatir por todos los medios necesarios la victoria electoral del Partido Comunista Italiano» y crear suficiente miedo y terror en la población como para socavar la socialdemocracia multipartidista y reemplazarla con una «república presidencial» autoritaria o, por lo menos, conseguir «un ejecutivo más fuerte y estable» (*La Repubblica*, 9/4/95; *Corriere della Sera*, 27/3/95, 28/3/95, 29/5/95).

En la década de 1980 decenas de personas fueron asesinadas en Alemania, Bélgica y otros lugares de Europa Occidental por la extrema derecha al servicio de las agencias de seguridad del Estado (*Z Magazine*, marzo de 1990). La mayoría de estos actos de terrorismo no fueron reportados por los medios de comunicación estadounidenses privados. Al igual que con la anterior estrategia de la tensión en Italia, los ataques fueron diseñados para crear suficiente temor e incertidumbre popular como para socavar las existentes socialdemocracias.

Las autoridades de estos países de Europa Occidental y de los Estados Unidos han hecho poco para desenmascarar las redes neonazis. A medida que se vuelve insoportable el hedor a Fascismo, se nos recuerda que los herederos de Hitler todavía están con nosotros y que tienen vínculos peligrosos entre sí y dentro de las agencias de seguridad de varias naciones capitalistas occidentales.

En Italia, en 1994, las elecciones nacionales resultaron en el triunfo de la Alianza Nacional, una versión ampliada del MSI neofascista, en coalición con una liga de separatistas del Norte, y Forza Italia, un movimiento cuasifascista encabezado por Silvio Berlusconi, empresario de élite y dueño de importantes medios de comunicación. La Alianza Nacional aprovechó el descontento generado por el desempleo, los impuestos y la inmigración. Exigió una tasa impositiva única para ricos y pobres por igual, *vouchers* escolares, la eliminación de los beneficios sociales y la privatización de la mayoría de los servicios.

Los neofascistas italianos aprendieron de los estadounidenses reaccionarios el cómo conquistar los objetivos de clase del Fascismo dentro de los límites de las formas cuasidemocráticas: hacer uso de un alegre optimismo reaganiano; reemplazar a los militaristas de botas altas por showmans mediáticos; convencer a la gente de que el Estado es el enemigo, particularmente en lo que refiere a los servicios sociales, mientras se fortalece las capacidades represivas del Estado; instigar la hostilidad racista y los antagonismos entre la población residente y los inmigrantes; predicar las virtudes míticas del libre mercado; y buscar medidas fiscales y de gasto que redistribuyan el ingreso hacia arriba.

Los conservadores de las naciones occidentales utilizan formas más sutiles de la comunicación de masas fascista. En los EEUU propagan consignas que suenan populistas al «estadounidense promedio» mientras presionan silenciosamente por medidas que sirvan a los intereses de las personas y corporaciones más ricas. En 1996, el presidente derechista de la Cámara de Representantes, Newt Gingrich, mientras proponía una nueva agenda regresista que supuestamente revitalizaría a toda la sociedad, anunció: «Soy un auténtico revolucionario». Ya sea en Italia, Alemania, Estados Unidos o cualquier otro país, cuando la derecha ofrece una «nueva revolución» o un «nuevo orden», está al servicio de los

mismos viejos intereses de los adinerados, llevándolos por ese viejo camino de reacción y represión que tantos países del Tercer Mundo se han visto obligados a recorrer, el camino que los de arriba quieren que todos recorramos.

CAPÍTULO II

VAMOS A DEFENDER LA REVOLUCIÓN

Durante la mayor parte del siglo pasado¹⁷ la política exterior de Estados Unidos se ha dedicado a reprimir gobiernos revolucionarios y movimientos radicales en todo el mundo. Entre finales del siglo XIX e inicios del siglo XX la administración McKinley estuvo en una guerra de desgaste contra el pueblo de Filipinas que duró desde 1898 hasta 1902 (con focos de resistencia que continuaron durante años). En ese conflicto, las fuerzas estadounidenses masacraron a unos 200.000 filipinos: hombres, mujeres y niños¹⁸. Casi al mismo tiempo Estados Unidos invadió China, apoyado por varias potencias coloniales europeas, para ayudar a reprimir la Rebelión de los Bóxers, resultando en una pérdida sustancial de vidas para los rebeldes chinos. Las fuerzas estadounidenses tomaron Hawái, Cuba, Puerto Rico y Guam, y en las décadas siguientes invadieron México, la Rusia soviética, Nicaragua, Honduras, República Dominicana y otros países, acciones que por lo general resultaron en la muerte de gran parte de la población de estos países.

Los costos de la contrarrevolución

Desde la escuela primaria hasta el bachillerato a pocos de nosotros se nos enseña algo sobre estos eventos, a excepción de que las fuerzas estadounidenses deben intervenir en este o aquel país para proteger los intereses de los Estados Unidos, frustrar la agresión y defender nuestra seguridad nacional. Los líderes

¹⁷ En inglés *for most of this century*. Dado que esta traducción se publica a más de 20 años de la primera edición en inglés, se actualiza para dar contexto (N. del T.).

¹⁸ Leon Wolf, *Little Brown Brother* (New York: Oxford University Press, 1960).

estadounidenses se inventaron otras razones bastante convenientes para [justificar] sus intervenciones en el exterior. Se le dijo al público que los pueblos de varios países necesitaban nuestra guía civilizadora y deseaban las bendiciones de la democracia, la paz y la prosperidad. Para lograr esto, por supuesto, podría ser necesario matar a un número considerable de los más recalcitrantes entre ellos. Tales fueron las medidas que nuestros legisladores estaban dispuestos a seguir para «elevar a los pueblos inferiores».

El surgimiento de grandes potencias comunistas como la Unión Soviética y la República Popular China le dio otra dimensión a la política contrarrevolucionaria global de Estados Unidos. Los comunistas fueron representados como la encarnación del mal, conspiradores endemoniados que buscaban el poder porque sí. Estados Unidos tenía que estar en todas partes para contrarrestar este «cáncer» que se propagaba, nos decían.

En nombre de la democracia, los líderes estadounidenses libraron una guerra despiadada contra los revolucionarios en Indochina durante casi veinte años. Arrojaron muchas veces más toneladas de explosivos en Vietnam que las que usaron todos los beligerantes combinados durante la Segunda Guerra Mundial. Al testificar ante un comité del Congreso, William Colby, exdirector de la CIA, admitió que bajo su dirección las fuerzas estadounidenses y sus colaboradores de Vietnam del Sur llevaron a cabo el asesinato selectivo de 24.000 disidentes vietnamitas, en lo que se conoció como el Programa Phoenix. Su asociado, el ministro de información de Vietnam del Sur, sostuvo que 40.000 era una estimación más precisa¹⁹. Los legisladores estadounidenses y sus portavoces en los medios consideraron que la guerra era un «error» porque los vietnamitas demostraron que no era posible disciplinarlos adecuadamente mediante los ataques con bombarderos B-52 y los escuadrones de la muerte. Al

¹⁹ Mark Lane, *Plausible Denial* (New York: Thunder's Mouth Press, 1991), pág. 79.

prevalecer contra este ataque, los vietnamitas supuestamente demostraron que «no estaban preparados para nuestras instituciones democráticas».

En busca de la contrarrevolución y en nombre de la libertad, las fuerzas estadounidenses o las fuerzas apoyadas por Estados Unidos masacraron a 2'000.000 de norcoreanos en una guerra que duró tres años; 3'000.000 de vietnamitas; más de 500.000 en (...) Laos y Camboya; más de 1'500.000 en Angola; más de 1'000.000 en Mozambique; más de 500.000 en Afganistán; 500.000 a 1'000.000 en Indonesia; 200.000 en Timor Oriental; 100.000 en Nicaragua (combinando las eras de Somoza y Reagan); más de 100.000 en Guatemala (sumados más de 40.000 desaparecidos); más de 700.000 en Irak²⁰; más de 60.000 en El Salvador; 30.000 durante el «Terrorismo de Estado» de Argentina (aunque el gobierno admite sólo 9.000); 35.000 en Taiwán, cuando llegaron militares del Kuomintang de China; 20.000 en Chile; y muchos miles en Haití, Panamá, Granada, Brasil, Sudáfrica, Sahara Occidental, Zaire, Turquía y docenas de otros países, en lo que equivale a un holocausto mundial librecambista.

Las fuentes oficiales negaron estas masacres patrocinadas por los Estados Unidos, o las justificaron diciendo que eran medidas necesarias que debían tomarse en contra del enemigo comunista. La propaganda anticomunista saturaba los radios, las escuelas y los discursos políticos. A pesar de repetir hasta el hartazgo la amenaza que representaban los rojos (a menudo ficticia), los líderes de opinión nunca explicaron qué fue lo que hicieron realmente los comunistas en materia de política

²⁰ La guerra de 1991 emprendida por la administración Bush contra Irak, que se cobró unas 200.000 víctimas, fue seguida por las sanciones económicas de las Naciones Unidas con Estados Unidos a la cabeza. Un estudio de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, *The Children Are Dying* (1996), informa que desde el final de la guerra 576.000 niños iraquíes han muerto de hambre y enfermedades, y decenas de miles más sufren defectos y enfermedades debido a los cinco años de sanciones.

socioeconómica. Esto podría explicar por qué pese a décadas de propaganda anticomunista la mayoría de los estadounidenses, incluyendo a aquellos bastante letrados políticamente, son incapaces de ofrecer un argumento informado acerca de las políticas sociales llevadas a cabo en las sociedades comunistas.

Los propagandistas anti-rojos no soltaron una palabra acerca de cómo los revolucionarios en Rusia, China, Cuba, Vietnam, Nicaragua y otros países nacionalizaron las tierras acaparadas por los ricos terratenientes e iniciaron enormes programas educativos, de salud, vivienda y trabajo. Ni una palabra acerca de cómo sus esfuerzos elevaron los estándares de vida de cientos de millones de personas en países que otrora habían sufrido bajo el yugo de la opresión feudal y el saqueo del colonialismo occidental. Una mejora en el bienestar nunca antes vista en la historia.

No importó que los revolucionarios de varios países asiáticos, africanos y latinoamericanos disfrutasen de apoyo popular y estuviesen dispuestos a tomar una posición neutral en la relación Este-Occidente en lugar de cobijarse bajo las alas de Moscú o de Pekín. También fueron blanco de la arremetida contrarrevolucionaria. Existió poca diferencia entre oponerse a los comunistas porque pudiesen ser revolucionarios y oponerse a los revolucionarios porque cabía la sospecha de que fuesen comunistas.

El verdadero pecado de los revolucionarios, comunistas o no, fue que defendían a las clases populares en contra de unos pocos acaudalados. Abogaron por cambios en la distribución del poder de clase y en la forma en que la riqueza era producida y utilizada. Añoraban que se redujese el desarrollo individualista a costa de los demás y, en cambio, tuviese lugar una mejora colectiva para todo el pueblo trabajador.

Presunciones de poder

Las clases dominantes de todo el mundo odian y temen al Comunismo no por su falta de democracia política, sino porque intenta establecer la democracia económica mediante la construcción de un sistema social igualitario, colectivista – aunque rara vez lo llegan a admitir. Esta política intervencionista contrarrevolucionaria se basa en varios sospechosos supuestos que podrían ser descritos y refutados de la siguiente manera:

1. «Los líderes estadounidenses tienen el derecho de definir los límites del desarrollo socioeconómico de otras naciones». Falso. Bajo ningún canon de derecho internacional o cualquier otra restricción legal los líderes de este país tienen el derecho de decidir qué tipo de sistema económico o modo de desarrollo social puede adoptar otro país, al igual que ningún líder de otro país tiene la potestad de dictaminar tales cosas para los Estados Unidos. En la práctica, el dictar es en realidad un ejercicio de fuerza sobre los débiles. Una política de la fuerza, no del derecho.
2. «Los Estados Unidos deben ejercer un rol de contención contrarrevolucionario para proteger nuestros intereses nacionales». Esto solamente es cierto si es que equiparamos «nuestros intereses nacionales» con los intereses de los inversionistas de las altas finanzas. El intervencionismo estadounidense ha sido muy efectivo en la construcción del neoimperialismo, manteniendo la tierra, la mano de obra, los recursos naturales y los mercados de los países del Tercer Mundo disponibles a precios de ganga para las corporaciones multinacionales. Pero estos intereses corporativos no representan los intereses del pueblo estadounidense. El pueblo paga por los enormes presupuestos militares y soporta la exportación de sus empleos a los mercados

laborales extranjeros, la afluencia de miles de inmigrantes empobrecidos que compiten por el escaso empleo y la vivienda, y varios otros costos del imperio²¹. Además, los gobiernos revolucionarios como Cuba, Libia, Vietnam y Corea del Norte estaban, y todavía están, ansiosos por comerciar y mantener relaciones pacíficas con este país. Estos países no representan una amenaza a la seguridad nacional de los Estados Unidos o a su pueblo, sino a los intereses extranjeros del Capitalismo global. Si se permite el aumento del número de países con un sistema socialista alternativo —uno que utiliza la tierra, el trabajo, el capital y los recursos naturales de manera colectivista, colocando a las personas antes que a las ganancias— eventualmente se socavaría el Capitalismo global.

3. «Los Estados Unidos tienen la obligación moral de garantizar la estabilidad de las naciones que están experimentando un desarrollo democrático pero que se ven amenazadas por revolucionarios y terroristas». De hecho, la mayoría de las intervenciones estadounidenses funcionan en beneficio de oligarcas corruptos y egoístas, y de militaristas antidemocráticos (que llegan al poder con o sin elecciones patrocinadas por los EEUU). Los oligarcas tercermundistas, así como los cabecillas de sus organizaciones policiales y militares, a menudo son educados en universidades estadounidenses de élite o terminan recibiendo fondos de la CIA; además, reciben capacitación para la tortura y el asesinato en instituciones estadounidenses dedicadas a la contrainsurgencia²².

²¹ Para más detalles sobre este y otros puntos relacionados véase mi libro *Against Empire* (San Francisco: City Lights Books, 1995), capítulo 4.

²² Con respecto al entrenamiento brindado por Estados Unidos a torturadores y asesinos, véase *Washington Post*, 9/21/96.

4. «Los cambios sociales profundos deben perseguirse pacíficamente dentro del orden establecido de las naciones en lugar de la agitación revolucionaria». Los políticos estadounidenses sostienen que están a favor de eliminar la enorme pobreza existente en los países más pobres y que no se oponen a los nobles objetivos de la revolución social, sino a sus métodos violentos. Dicen que las transformaciones deben efectuarse de manera gradual y pacífica, preferiblemente a través de la inversión privada y el benigno funcionamiento del libre mercado. De hecho, es más probable que la inversión corporativa disuada la reforma en lugar de alentarla, debido a la extensión de los mercados y la reestructuración de la economía local para que se acople a las necesidades del capital extranjero. El capital financiero internacional no tiene ningún interés en mejorar las condiciones de vida de los pueblos del Tercer Mundo. En general, a medida que las inversiones occidentales han aumentado en el Tercer Mundo, las condiciones de vida de los campesinos y trabajadores se han vuelto cada vez peores.

La violencia... ¿de quién?

Las personas de todo el mundo no necesitan más inversión corporativa, más bien necesitan la oportunidad de recuperar su tierra, mano de obra, recursos naturales y mercados para ponerlos al servicio de sus propias necesidades sociales. Tal desarrollo revolucionario incita la fiera oposición de los apóstoles del libre mercado, cuya violenta resistencia al cambio social hace que sea imposible considerar una transformación pacífica.

Incluso en países como los Estados Unidos, donde se han logrado pequeñas reformas sin revolución, los medios «pacíficos»

empleados han implicado lucha popular y agitación —y una cantidad considerable de violencia y derramamiento de sangre, casi todo infligido por la policía y las fuerzas de seguridad.

Es bastante raro que se mencione este último punto en las discusiones sobre la ética de la violencia revolucionaria. El concepto mismo de la «violencia revolucionaria» es falso, ya que la mayoría de la violencia proviene de aquellos que intentan impedir la reforma, no de los que luchan por la reforma. Al centrarnos en la rebelión violenta de los oprimidos ignoramos la enorme fuerza opresiva y la violencia utilizada por los oligarcas en el poder para mantener el status quo, desde ataques armados a manifestaciones pacíficas, arrestos masivos, tortura, la destrucción de organizaciones de oposición, represión de publicaciones disidentes, escuadrones de la muerte, el exterminio de pueblos enteros, etc.

La mayoría de las revoluciones sociales comienzan de forma pacífica. ¿Por qué sería de otra manera? ¿Quién no preferiría reunirse y manifestarse en lugar de participar en un combate mortal contra fuerzas despiadadas que disfrutan de todas las ventajas en movilidad y artillería? Las revoluciones en Rusia, China, Vietnam y El Salvador comenzaron pacíficamente, con multitudes de campesinos y trabajadores que lanzaban protestas pacíficas solamente para enfrentarse a la violenta opresión de las autoridades. La protesta pacífica y las reformas son exactamente lo que es negado al pueblo por los oligarcas en el poder. Los disidentes que contraatacan, que tratan de defenderse de la furia represiva de los oligarcas, son entonces llamados «revolucionarios violentos» y «terroristas».

Para aquellas élites locales e internacionales que mantienen el control sobre la mayor parte de la riqueza del mundo la revolución social es una abominación. Si es pacífica o violenta no es de importancia para ellos. Las reformas pacíficas que reducen la acumulación y ponen en peligro sus privilegios de

clase son tan inaceptables para ellos como la agitación social impuesta por una revolución.

Las reformas que mejoran las condiciones de vida del pueblo no son materialmente imposibles ni dependen tanto de los recursos del capital como se nos ha hecho creer. No tiene mayor misterio construir una clínica de salud, ni llevar a cabo programas de racionamiento de alimentos, redistribución de tierras, alfabetización, empleo y vivienda. Tales tareas están dentro de la capacidad de cualquier Estado –si existe voluntad política y tiene lugar una movilización del poder de clase de los trabajadores.

Consideremos Kerala, una región de la India donde las acciones de las organizaciones populares y los movimientos de masas han obtenido importantes victorias en los últimos cuarenta años contra la opresión político-económica, generando un nivel de desarrollo social considerablemente mejor que el que se encuentra en la mayor parte del Tercer Mundo, y logrado sin inversión extranjera. Kerala tiene una alfabetización masiva, tasas de natalidad y mortalidad más bajas que en el resto de la India, mejores servicios de salud pública, menos trabajadores infantiles, niveles nutricionales más elevados (gracias a un sistema de racionamiento de alimentos subsidiado públicamente), apoyo legal y programas educativos para mujeres, y algunas protecciones de seguridad social para trabajadores y para los indigentes y discapacitados. Además, el pueblo de Kerala alteró radicalmente un complejo y explotador sistema de relaciones agrarias y obtuvo importantes victorias contra las formas más terribles de la opresión de castas.

Aunque Kerala no tiene fuentes especiales de riqueza, ha tenido décadas de organización comunista y lucha política que alcanzó y conmovió a un gran número de personas y dio vida a la democracia en la región. «Pese a que son escasas las veces en que ha obtenido el poder gubernamental (...) es el Partido Comunista el que ha establecido la agenda legislativa básica del

pueblo de Kerala», señala el académico indio V.K. Ramachandran (*Monthly Review*, 5/95). Todo esto no es para negar que muchas personas en Kerala soportan condiciones inaceptables de pobreza. Aun así, a pesar de un bajo nivel de ingresos y recursos limitados, los logros forjados por la intervención gubernamental democrática —e impulsados por la acción de masas— han sido sustanciales, marcando la diferencia entre una existencia modestamente soportable y la miseria total.

Muchos pueblos del Tercer Mundo producen organizaciones populares dedicadas y capaces, como lo hicieron los comunistas en Kerala, pero generalmente son destruidas por las fuerzas estatales represivas. En Kerala, la agitación y los aportes del pueblo aprovecharon las aperturas democráticas y, a su vez, le dieron más sustancia social a la democracia. Lo que se necesita para el mejoramiento social no son los préstamos del Fondo Monetario Internacional o las inversiones corporativas, sino la organización política y la oportunidad democrática, y la libertad del terrorismo de Estado patrocinado por Estados Unidos.

Los programas de ayuda exterior de Estados Unidos ofrecen otro ejemplo de cómo la política imperialista se disfraza de reforma social en las naciones del Tercer Mundo. Los programas de ayuda no están destinados a efectuar mejoras sociales significativas. En el mejor de los casos, financian proyectos fragmentados de poco impacto. Más a menudo, se utilizan para socavar los mercados locales, expulsar a los pequeños agricultores de sus tierras, construir las instalaciones de transporte y oficinas que necesitan los inversores extranjeros, aumentar la deuda y la dependencia económica de un país y abrir aún más su economía a la penetración de las empresas multinacionales.

Libre mercado para unos pocos

Los revolucionarios del Tercer Mundo son tildados de enemigos de la estabilidad. «Estabilidad» es una palabra clave para una sociedad en la que los privilegios están firmemente arraigados. Cuando las fuerzas populares se movilizan en contra de los privilegios y la riqueza provocan «inestabilidad», lo cual es juzgado como algo indeseable por los legisladores estadounidenses y sus mamporreros en los medios de comunicación gringos.

Aquí lo que tenemos es un fetichismo engañoso. Lo que se presenta como un compromiso de Estados Unidos con el cambio pacífico y no-violento es en realidad un compromiso con la defensa violenta de un Capitalismo global injusto y antidemocrático. Estados Unidos emplea la coerción y la violencia no en apoyo de la reforma social sino en su contra, todo en nombre de la «estabilidad», el «contraterrorismo», la «democracia» —y más recientemente, y con más honestidad, «el libre mercado».

Cuando fue jefe del personal de planificación de políticas del Departamento de Estado durante los primeros años de la Guerra Fría, el destacado autor George Kennan reveló la despiadada mentalidad *realpolitik* de quienes buscan perpetuar la desigualdad social dentro y entre las naciones. Kennan sostuvo que un Estados Unidos rico frente a un mundo empobrecido no podía permitirse «el lujo del altruismo y la beneficencia mundial» y debería dejar de hablar de «objetivos vagos e irreales como los derechos humanos, la elevación del nivel de vida y la democratización. (...) Cuanto menos nos obstaculicen las consignas idealistas, mejor» (PPS23, U.S. State Department, febrero de 1948). Hablando en una sesión informativa para los embajadores de Estados Unidos en América Latina, Kennan comentó: «La respuesta final puede ser desagradable, pero no debemos dudar ante la represión policial por parte del gobierno

local. Esto no es vergonzoso ya que los comunistas son traidores en esencia. (...) Es mejor tener un régimen fuerte [es decir, represivo] en el poder que un gobierno liberal si es indulgente y relajado con y penetrado por los comunistas». En un informe de inteligencia del Departamento de Estado de 1949, Kennan escribió que los comunistas eran «personas comprometidas con la creencia de que el Gobierno tiene la responsabilidad directa del bienestar del pueblo». Así que hubo que tratarlos con dureza sin tener en cuenta sutilezas como la democratización y los derechos humanos.

Se dice que Estados Unidos no puede renegar de sus obligaciones con los demás pueblos y que debe continuar como líder mundial; el resto del mundo espera eso de nosotros. Pero la gente común del mundo nunca ha solicitado el liderazgo mundial de Estados Unidos. Muy por el contrario, por lo general quieren que Estados Unidos se vaya a casa y los deje lidiar con sus propios asuntos. Esto se debe a que el compromiso de los Estados Unidos no está con la gente común de estos países, sino con las facciones reaccionarias privilegiadas que tienen buena relación con los inversionistas occidentales. Como indican los comentarios de Kennan, los políticos estadounidenses no se han preocupado por promover el bienestar de los pueblos empobrecidos de todo el mundo, sino por derrotar a quienes se alían con la gente común, sean rojos o no.

Incluso con todos sus graves defectos, ¿no representan los gobernantes del Tercer Mundo apoyados por Estados Unidos algo mejor que el tipo de tiranía que podrían traer los comunistas y los revolucionarios totalitarios? Los defensores académicos del intervencionismo estadounidense, como Samuel P. Huntington de la Universidad de Harvard, lo creen así: «Por muy malo que sea un mal determinado, uno peor siempre es posible y, a menudo, probable», concluye Huntington, y defiende como «males

menores» los regímenes asesinos en Chile bajo Pinochet y Sudáfrica bajo el Apartheid²³.

Podríamos recordar la distinción de Jean Kirkpatrick entre gobiernos autoritarios de derecha «benignos» que supuestamente no son tan brutales y permiten cambios graduales, y horribles gobiernos totalitarios de izquierda que reprimen a todos. La distinción real es que el gobierno de derecha mantiene los privilegios, el orden existente del libre mercado, manteniendo el mundo seguro para las jerarquías empoderadas y las clases ricas del mundo. En contraste, los «totalitarios» de izquierda quieren abolir las relaciones de propiedad explotadoras y crear un sistema económico más igualitario. Su preferencia por los que no tienen sobre los que tienen es lo que los hace tan despreciables a los ojos de la élite.

Los líderes estadounidenses afirman estar ofendidos por ciertas características de los gobiernos revolucionarios, como el gobierno de un solo partido y la implementación coercitiva del cambio revolucionario. Pero la autocracia de un solo partido es aceptable si el gobierno es derechista, es decir, amigable con la inversión corporativa privada como en Turquía, Zaire, Guatemala, Indonesia y docenas de otros países (incluidos

²³ *American Political Science Review*, 82, marzo de 1988, 5. En esa misma declaración, Huntington describe a Mangosutho Buthelezi, el jefe del Partido de la Libertad Inkatha de Sudáfrica apoyado por la CIA, como un «notable reformador democrático contemporáneo». Es bastante conocido que Buthelezi colaboró con los altos mandos del ejército y la policía durante el Apartheid en el asesinato de miles de simpatizantes del Congreso Nacional Africano (ANC). El coronel Eugene de Kock, el oficial de más alto rango condenado por crímenes de Apartheid, quien una vez se describió a sí mismo como el asesino más eficiente del gobierno, testificó que había proporcionado armas, vehículos y entrenamiento a la organización de Buthelezi para una estrategia de «ataque total» contra las fuerzas democráticas opuestas al Apartheid (AP report, *San Francisco Chronicle*, 18/9/96). No se puede negar que Buthelezi se podría llevar bien con Huntington.

incluso países comunistas que se están deslizando por el camino del libre mercado, como China).

Podríamos recordar ese momento inolvidable cuando el presidente George Bush —cuyas invasiones de Panamá e Irak trajeron muerte y destrucción a esas naciones, y presidió un imperio militar estadounidense que es el mayor proveedor de violencia en el mundo— le dio una conferencia al líder revolucionario Nelson Mandela sobre las virtudes de la no-violencia, llegando incluso a citar a Martin Luther King Jr., durante la visita de Mandela a Washington en junio de 1990. El verdadero pecado de Mandela a los ojos de Bush fue que él era parte de un movimiento revolucionario que se comprometió en la lucha armada contra un régimen de Apartheid violentamente represivo en Sudáfrica. La capacidad de percepción selectiva de Bush tenía toda la audacia no examinada de una ideología dominante que condena solo a quienes actúan contra un statu quo injusto, no a quienes usan la violencia para preservarlo. Habría sido un gran alivio para la gente de todo el mundo que el presidente de los Estados Unidos hubiera adoptado una política de no-violencia para su propio gobierno. De hecho, jamás hizo tal cosa.

La revolución trae libertad

Los líderes político-económicos estadounidenses pueden considerar indeseables las reformas revolucionarias, pero la mayoría de las personas que viven en sociedades revolucionarias las ven como algo preferible a los viejos regímenes, y consideran que vale la pena defenderlas. La invasión de Cuba por Bahía de Cochinos fue un fiasco no por una «cobertura aérea insuficiente», sino porque el pueblo cubano cerró filas detrás de su gobierno y echó atrás a los invasores.

Otro «pueblo cautivo», los norvietnamitas, actuaron de manera similar a principios de la década de 1970. En lugar de tratar la severa destrucción y las interrupciones causadas por la guerra aérea de EEUU contra su país como una oportunidad de oro para derrocar el «yugo de Hanoi», continuaron apoyando a su asediado gobierno con gran sacrificio. Y en Vietnam del Sur, el Frente de Liberación Nacional disfrutó de oportunidades tácticas de abastecimiento y sorpresa, en gran parte porque contó con el apoyo de la gente del campo y las ciudades.

Durante la era de Vietnam, las explicaciones de por qué la gente se puso del lado de los comunistas revolucionarios provinieron de fuentes inesperadas. El embajador de los Estados Unidos, Henry Cabot Lodge, admitió: «Las únicas personas que han estado haciendo algo por el desposeído, para levantarlo, han sido los comunistas» (*New York Times*, 27/2/66). James Reston, un columnista propagador del discurso oficial, escribió con sorprendente franqueza y de forma similar: «Incluso el primer ministro Ky [dictador de Vietnam del Sur patrocinado por Estados Unidos] le dijo hoy a este reportero que los comunistas estaban más cerca de los anhelos de la gente por la justicia y una vida independiente que su propio gobierno» (*New York Times*, 1/9/65). Lo que Lodge y Reston no dijeron fue que el «desposeído» y los «anhelos de la gente» por la justicia social eran precisamente las cosas que los líderes estadounidenses estaban empeñados en suprimir.

Algunas personas concluyen que cualquiera que diga algo positivo sobre las revoluciones unipartidistas de izquierda debe albergar sentimientos antidemocráticos o «estalinistas». Pero aplaudir las revoluciones sociales no es oponerse a la libertad política. En la medida en que los gobiernos revolucionarios construyen alternativas sustantivas para su pueblo, aumentan las posibilidades y la libertad humana.

No existe tal cosa como la libertad en abstracto. Hay libertad para hablar abierta e iconoclastamente, libertad para organizar

una oposición política, libertad de oportunidades para obtener una educación y ganarse la vida, libertad para adorar como uno elija o no adorar en absoluto, libertad para vivir en condiciones saludables, libertad para disfrutar diversos beneficios sociales, y así sucesivamente. La mayor parte de lo que se llama libertad obtiene su definición dentro de un contexto social.

Los gobiernos revolucionarios extienden una serie de libertades populares sin destruir aquellas libertades que nunca existieron en los regímenes anteriores. Fomentan las condiciones necesarias para la autodeterminación nacional, el mejoramiento económico, la preservación de la salud y la vida humana, y el fin de muchas de las peores formas de opresión étnica, patriarcal y de clase. Con respecto a la opresión patriarcal, considere la inmensa mejora de las condiciones de las mujeres en el Afganistán revolucionario y Yemen del Sur antes de la represión contrarrevolucionaria en la década de 1990, o en Cuba después de la revolución de 1959 en comparación con antes.

Los políticos estadounidenses argumentan que la victoria social revolucionaria en cualquier lugar representa una disminución de la libertad en el mundo. Tal afirmación es falsa. La revolución china no aplastó la democracia; no había nadie que no estuviese aplastado por ese régimen opresivamente feudal. La Revolución Cubana no destruyó la libertad; destruyó un odioso estado policial patrocinado por Estados Unidos. La revolución argelina no abolió las libertades nacionales; en realidad, escasearon bajo el colonialismo francés. Los revolucionarios vietnamitas no abrogaron los derechos individuales; tales derechos no estaban disponibles bajo los gobiernos títeres apoyados por Estados Unidos de Bao Dai, Diem y Ky.

Por supuesto, las revoluciones limitan las libertades de la clase propietaria corporativa y otros intereses privilegiados: la libertad de invertir de forma privada sin tener en cuenta los costos humanos y ambientales, la libertad de vivir en una opulencia obscena mientras se paga salarios de miseria a los

trabajadores, la libertad de tratar al Estado como una agencia privada al servicio de una camarilla privilegiada, la libertad de emplear mano de obra infantil y prostitución infantil, la libertad de tratar a las mujeres como bienes muebles, etc.

Hoy, nadie en los círculos políticos estadounidenses se preocupa por la opresión político-económica sufrida en docenas de estados clientelares de derecha. Su deseo manifiesto de llevar la democracia política occidental a las naciones que han tenido revoluciones rara vez se extiende a las autocracias de libre mercado. Y los movimientos hacia la democracia política que ocasionalmente se realizan a regañadientes en estas autocracias se producen solo a través de la presión y la rebelión popular, y solo con el entendimiento tácito de que el gobierno democrático no afectará sustancialmente los intereses de la clase acaudalada.

¿Cómo medimos el dolor?

¿Vale la pena el dolor que acarrea la revolución? El análisis costo-beneficio es un tema complicado cuando se aplica a las transiciones sociales. Pero, ¿nos hemos molestado alguna vez en comparar la violencia de la revolución con la violencia que la precedió? «No sé cómo se mide el precio de las victorias históricas», dijo Robert Heilbroner, «solo sé que la forma en que normalmente llevamos los libros de historia es incorrecta». No hacemos un recuento de las generaciones reclamadas por esa combinación de explotación económica y represión política tan característica de los antiguos regímenes: las desventuradas víctimas de las inundaciones y el hambre en el valle del Yangtze de ayer, las niñas prostitutas halladas muertas en los callejones del viejo Shanghái, los mujiks azotados por el frío y el hambre en las estepas heladas de Rusia.

¿Y lo de hoy? Nadie cuenta las miles de víctimas anónimas que sucumben a los torturadores entrenados por Estados Unidos

en América Latina, los cientos de aldeas quemadas por las fuerzas de contrainsurgencia, los millones que son expulsados de sus tierras ancestrales y sentenciados a vidas permanentemente atrofiadas y desnutridas, los millones más que perecen en la miseria desesperada y la congestión de los barrios marginales y los campos de internamiento. Sus sufrimientos no se registran y no se cuentan en la balanza cuando la revolución imparte justicia a los antiguos oligarcas y opresores o comete excesos y abusos por su cuenta.

¿Y cómo medimos el dolor de las decenas de millones de niños en todo el mundo, muchos de ellos de seis y siete años, que se ven obligados a trabajar setenta horas a la semana confinados en talleres mal iluminados y mal ventilados, en condiciones que recuerdan a las los días más horribles de la Revolución Industrial? El Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT), una amplia ley multinacional de libre comercio que equivale a una carta blanca para el Capitalismo global, no ofrece protección para los niños que son explotados, abusados, sobrecargados de trabajo y mal pagados. Durante las negociaciones del GATT, los líderes de los países del Tercer Mundo abogaron con éxito en contra de imponer restricciones al trabajo infantil, argumentando que los niños siempre han trabajado en sus culturas y que tales prácticas tradicionales deben respetarse. Prohibir el trabajo infantil limitaría el libre mercado y provocaría graves penurias en aquellas familias pobres en las que un niño es a menudo el único asalariado.

Incluso si podría ser aceptable el trabajo de los niños en las granjas (práctica de larga data) suponiendo que no estén sobrecargados de trabajo y se les permita ir a la escuela, la práctica de «encerrarlos en una caja caliente de una fábrica durante 14 horas al día» es otra cosa. Además, pueden ser los únicos asalariados «porque los trabajadores adultos han sido despedidos a favor de los niños, que son infinitamente más explotables y proporcionan mayores ganancias a los propietarios

de fábricas rentables» (Anna Quindlen, *New York Times*, 23/11/94).

Viajando por Cuba en 1959, inmediatamente después del derrocamiento de la dictadura derechista de Batista apoyada por Estados Unidos, Mike Faulkner fue testigo de «un espectáculo de pobreza casi absoluta». La población rural vivía en chozas improvisadas sin saneamiento mínimo. Los niños desnutridos andaban descalzos por la tierra y padecían «la típica plaga de parásitos, tan común en el Tercer Mundo». Casi no había médicos ni escuelas. Y durante gran parte del año las familias que dependían únicamente de la zafra estacional de azúcar vivían al borde de la inanición (*Monthly Review*, 3/96). ¿Cómo se compara esa victimización en la Cuba prerrevolucionaria con la represión mucho más publicitada que vino después de la revolución, cuando los comunistas de Castro ejecutaron a unos pocos cientos de policías asesinos y torturadores del régimen anterior, llevaron al exilio a un puñado de acaparadores elitistas y espantaron a varios opositores de las reformas radicales?

Hoy en día, Cuba es un lugar diferente. A pesar de todos sus errores y abusos, la Revolución Cubana llevó el saneamiento, las escuelas, las clínicas de salud, el empleo, la vivienda y los servicios humanos a un nivel que no se encuentra en la mayor parte del Tercer Mundo y en muchas partes del Primer Mundo. La mortalidad infantil en Cuba ha descendido del 60 por 1000 en 1960 al 9,7 por 1000 en 1991, mientras que la esperanza de vida pasó de 55 a 75 en ese mismo período. La viruela, la malaria, la tuberculosis, la fiebre tifoidea, la poliomielitis y muchas otras enfermedades han sido erradicadas gracias a la mejora de los niveles de vida y los programas de salud pública²⁴. Cuba ha disfrutado de un nivel de alfabetización más alto que en los Estados Unidos y una esperanza de vida que se compara bien con las naciones industrializadas avanzadas (*NACLA Report on the*

²⁴ Theodore MacDonald, *Hippocrates in Havana: Cuba's Health Care System* (1995).

Americas, septiembre/octubre de 1995). Otros pueblos, además del cubano, se han beneficiado. Como lo cuenta Fidel Castro:

La Revolución [Cubana] ha enviado maestros, médicos y trabajadores a decenas de países del Tercer Mundo sin cobrar un centavo. Derramó su propia sangre luchando contra el colonialismo, luchando contra el Apartheid y el Fascismo. (...) En un momento teníamos 25.000 estudiantes del Tercer Mundo estudiando con becas. Todavía tenemos muchos estudiantes becados de África y otros países. Además, nuestro país ha tratado a más niños [13.000] que fueron víctimas de la tragedia de Chernobyl que todos los demás países juntos.

De eso no hablan, y por eso nos bloquean, el país con más docentes per cápita de todos los países del mundo, incluidos los países desarrollados. El país con más médicos per cápita de todos los países [uno por cada 214 habitantes]. El país con más instructores de arte per cápita de todos los países del mundo. El país con más monitores deportivos del mundo. Eso te da una idea del esfuerzo que implica. Un país donde la esperanza de vida supera los 75 años.

¿Por qué están bloqueando a Cuba? Porque ningún otro país ha hecho más por su gente. Es el odio a las ideas que representa Cuba. (*Monthly Review*, 6/95).

El pecado de Cuba a los ojos de los capitalistas del mundo no es su «falta de democracia». La mayoría de los regímenes capitalistas del Tercer Mundo son mucho más represivos. El verdadero pecado de Cuba es que ha tratado de desarrollar una alternativa al sistema capitalista global, un orden socioeconómico igualitario que colocó la propiedad corporativa bajo propiedad pública, abolió a los inversionistas capitalistas como una entidad de clase y antepuso a las personas a las ganancias y la independencia nacional a la servidumbre del FMI.

Ahora, un *think tank* conservador como la Heritage Foundation calificó a Cuba junto con Laos, Irak y Corea del Norte como los países con el nivel más bajo de «libertad económica».

Los países con un alto nivel de libertad económica eran aquellos que imponían pocos o ningún impuesto o regulación a las empresas y carecían de protecciones salariales, controles de precios, garantías ambientales y beneficios para los pobres. La libertad económica es la verdadera preocupación de conservadores y plutócratas; la libertad de utilizar grandes sumas de dinero para acumular sumas aún mayores, independientemente de los costos humanos y ambientales.

La productividad masiva junto con la distribución elitista da como resultado más riqueza para unos pocos y mayor pobreza para la mayoría. Entonces, después de dos siglos de un desarrollo tecnológico increíble y una expansión económica sin precedentes, la cantidad de personas que viven en la pobreza en el mundo capitalista ha crecido más rápidamente que cualquier otra cohorte demográfica. La población de barrios marginales del mundo ha aumentado a un ritmo mucho mayor que la población mundial total. El asombroso crecimiento de la productividad industrial ha ido acompañado de una necesidad, miseria y represión cada vez más crudas. En resumen, existe un vínculo causal entre las grandes concentraciones de riqueza y la pobreza generalizada. La próxima vez que alguien predique el evangelio del libre mercado, de la libertad económica y la productividad, debemos preguntarnos, ¿en beneficio de quién, y a costa de quién?

Aquellos que muestran preocupación por las élites derrocadas en el torbellino de la revolución también deben tener en cuenta los cientos de millones más que son aniquilados por la economía reaccionaria. Si todas las rebeliones fueran reprimidas con éxito hoy y para siempre, la violencia contra la humanidad de la autocracia del libre mercado estaría con nosotros con más fuerza que nunca, como de hecho está sucediendo. Por estas razones, aquellos de nosotros que estamos genuinamente preocupados por la democracia, la justicia social y la supervivencia de nuestro planeta deberíamos apoyar, en lugar de oponernos, a las revoluciones populares.

CAPÍTULO III

ANTICOMUNISMO DE IZQUIERDA

En los Estados Unidos, durante más de cien años, los intereses dominantes propagaron incansablemente el anticomunismo entre la población, hasta que se convirtió más en una ortodoxia religiosa que en un análisis político. Durante la Guerra Fría el marco ideológico anticomunista podía transformar cualquier dato sobre las sociedades comunistas existentes en evidencia hostil. Si los soviéticos se negaban a negociar un punto, se mostraban intransigentes y beligerantes; si parecían dispuestos a hacer concesiones, no era más que una estratagema hábil para tenernos desprevenidos. Al oponerse al desarme, habrían demostrado su intención agresiva; pero cuando de hecho apoyaron la mayoría de los tratados de armamento, fue porque eran mendaces y manipuladores. Si las iglesias en la URSS estaban vacías, eso demostraba que la religión estaba suprimida; pero si las iglesias estaban llenas, eso significaba que la gente estaba rechazando la ideología atea del régimen. Si los trabajadores se declaraban en huelga (como sucedía en contadas ocasiones), esto era evidencia de su alejamiento del sistema colectivista; si no se declaraban en huelga era porque estaban intimidados y carecían de libertad. Una escasez de bienes de consumo demostró el fracaso del sistema económico; una mejora en los suministros al consumidor solo significaba que los líderes estaban tratando de aplacar a una población inquieta y así mantener un control más firme sobre ellos.

Si los comunistas en los Estados Unidos desempeñaron un papel importante en la lucha por los derechos de los trabajadores, los pobres, los afroamericanos, las mujeres y otros, esta fue solo una forma astuta de reunir apoyo entre los grupos desfavorecidos y ganar poder para ellos mismos. Nunca se nos explicó cómo se ganaba el poder luchando por los derechos de los grupos sin

poder. Estamos ante una ortodoxia infalsable, tan asiduamente comercializada por los intereses dominantes que afectó a personas de todo el espectro político.

De rodillas ante la ortodoxia

Gran parte de la izquierda estadounidense ha exhibido tanta hostilidad antisoviética y provocación anticomunista que bien podría compararse con la enemistad y crudeza de la derecha. Tomemos, por ejemplo, a Noam Chomsky, que ha dicho que los «intelectuales de izquierda» intentan «ascender al poder a espaldas de los movimientos populares de masas» y «luego someten a la gente a porrazos. (...) Se inician como leninistas que luego forman parte de la burocracia roja. Luego, se dan cuenta de que el poder no funciona de esa manera, y rápidamente se convierten en ideólogos de derecha. (...) Lo vemos ahora mismo en la [antigua] Unión Soviética. Los mismos tipos que eran matones comunistas hace apenas dos años ahora manejan bancos y [se han convertido en] librecambistas entusiastas que se arrodillan ante los estadounidenses» (*Z Magazine*, 10/95).

Chomsky basa su perspectiva en la misma cultura política corporativa estadounidense que él critica con tanta frecuencia cuando se trata de otros temas. En su opinión, la revolución fue traicionada por una camarilla de «comunistas matones» que simplemente tenían hambre de poder en lugar de querer el poder para acabar con el hambre. En realidad, los comunistas no se convirtieron «rápidamente» en derechosos, sino que lucharon frente a un terrible asedio durante más de setenta años para mantener vivo al Socialismo soviético. Sin duda, en los días de decadencia de la Unión Soviética algunos, como Boris Yeltsin, se pasaron a las filas capitalistas, pero otros continuaron resistiendo los embates del libre mercado sin importar el terrible costo que representaba para ellos mismos, y muchos encontraron

la muerte durante la violenta represión del parlamento ruso llevada a cabo por Yeltsin en 1993.

Algunos izquierdistas, entre otras personas, recurren al viejo estereotipo de los rojos hambrientos de poder que persiguen el poder sin más, sin tener en cuenta los verdaderos objetivos sociales. De ser cierto, uno se pregunta por qué, en un país tras otro, estos rojos se ponen del lado de los pobres y desfavorecidos, a menudo asumiendo grandes riesgos y sacrificándose, en lugar de cosechar las recompensas que se obtienen sirviendo a la élite.

Durante décadas muchos escritores y líderes de opinión izquierdistas en los Estados Unidos se han sentido obligados a sostener su credibilidad entregándose con alegría al anticomunismo y antisovietismo, siendo incapaces de dar una charla o escribir un artículo o reseña de un libro sobre cualquier tema político sin inyectar un poco de veneno anti-rojo. La intención era, y sigue siendo, distanciarse de la izquierda marxista-leninista.

Adam Hochschild, un escritor y editor progresista²⁵, advirtió a aquellos en la izquierda que podrían mostrarse indiferentes a la hora de condenar a las sociedades comunistas [realmente] existentes que [su posición] «debilita su credibilidad» (*Guardian*, 23/5/84). En otras palabras, para ser opositores efectivos de la Guerra Fría, primero teníamos que sumarnos a las campañas de repudio en contra de las sociedades comunistas. Ronald Radosh instó a que el movimiento por la paz se purgue de comunistas para que no sea acusado de ser comunista (*Guardian*, 16/3/83). Si no me equivoco, lo que Radosh en realidad quería decir era que,

²⁵ En inglés, *liberal*. Hay que considerar que en los Estados Unidos el espectro político tiene características particulares que sitúan al liberalismo a la izquierda, y al conservadurismo a la derecha. Sin embargo, teniendo en cuenta las similitudes que comparten el *liberalism* y el progresismo al que estamos acostumbrados en la órbita hispanohablante, se traducirá *liberal* por *progresista* (N. del T.).

para salvarnos de las cacerías de brujas anticomunistas, lo que debíamos hacer era convertirnos en cazadores de brujas.

Purgar a la izquierda de los comunistas se convirtió en una práctica de larga data, que tuvo efectos nocivos en varios movimientos progresistas. Por ejemplo, en 1949 unos doce sindicatos fueron expulsados del CIO porque tenían rojos en su dirección. La purga redujo la membresía del CIO en aproximadamente 1,7 millones de personas, y debilitó seriamente sus campañas de reclutamiento e influencia política. A fines de la década de 1940, para evitar ser «difamados» como rojos, Americans for Democratic Action (ADA), un grupo supuestamente progresista, se convirtió en una de las organizaciones más abiertamente anticomunistas.

La estrategia no funcionó. ADA y otros movimientos de izquierda todavía fueron atacados por ser comunistas o por su pasividad con el Comunismo por parte de la derecha. Entonces y ahora, muchos en la izquierda no se han dado cuenta de que aquellos que luchan por el cambio social en nombre de los elementos menos privilegiados de la sociedad serán atacados por las élites conservadoras, sean comunistas o no. Para los intereses dominantes hay poca diferencia si su riqueza y poder son desafiados por «comunistas subversivos» o por «leales liberales estadounidenses». Todos son, para ellos, igualmente abominables.

Incluso cuando atacan a la derecha, los críticos de izquierda no pueden dejar pasar la oportunidad de exhibir sus credenciales anticomunistas. Por ejemplo, Mark Green escribe en una crítica al presidente Ronald Reagan que «cuando se le presente una situación que desafíe su catecismo conservador, como un marxista-leninista dogmático, [Reagan] no cambiará de opinión, sino alterará los hechos»²⁶. Mientras profesan una dedicación a

²⁶ Mark Green & Gail MacColl. New York: Pantheon Books, *There He Goes Again: Ronald Reagan's Reign of Error* (1983), pág. 12.

la lucha contra el dogmatismo «tanto de la derecha como de la izquierda», las personas que realizan tales genuflexiones de rigor refuerzan el dogma anticomunista. Acusar a los izquierdistas de rojos ha contribuido para que ellos tomen parte en el clima de hostilidad que ha dado a los líderes estadounidenses carta abierta para librar guerras calientes y frías contra países comunistas, en los cuales, incluso hasta hoy día, es difícil promover agendas izquierdistas o progresistas.

Redbaiting izquierdistas contribuyó con su parte al clima de hostilidad que ha dado a los líderes estadounidenses una mano tan libre para librar guerras frías y calientes contra los países comunistas y que incluso hoy hace que una agenda progresista o incluso liberal sea difícil de promover.

George Orwell es el prototipo del anti-rojo aparentemente izquierdista. Durante la Segunda Guerra Mundial, mientras la Unión Soviética luchaba por su vida contra los invasores nazis en Stalingrado, Orwell anunció que «la voluntad de criticar a Rusia y Stalin es *la* prueba de honestidad intelectual. Es lo único que desde el punto de vista de un intelectual literario es realmente peligroso» (*Monthly Review*, 5/83). Instalado a salvo dentro de una sociedad virulentamente anticomunista, Orwell (con la típica hipocresía orwelliana) caracterizó la condena del Comunismo como un valiente y solitario acto de desafío. Hoy, su progenie ideológica sigue en ello, ofreciéndose como intrépidos críticos izquierdistas de la izquierda, librando una valiente lucha contra las imaginarias hordas marxistas-leninistas-estalinistas.

En la izquierda (...) lo que hace falta es una evaluación racional de la Unión Soviética, una nación que soportó una guerra civil prolongada y una invasión extranjera multinacional en los primeros años de su existencia, y que dos décadas después fue capaz de derrotar y destruir a la bestia nazi, con todos los terribles costos que aquello significó. En las tres décadas posteriores a la revolución bolchevique, los soviéticos lograron avances industriales equivalentes a los que el Capitalismo tardó un siglo

en lograr –mientras alimentaban y educaban a sus hijos en lugar de ponerlos a trabajar catorce horas al día como lo hicieron y aún lo hacen los industriales capitalistas en muchas partes del mundo. Y la Unión Soviética, junto con Bulgaria, la República Democrática Alemana y Cuba, brindaron asistencia vital a los movimientos de liberación nacional en países de todo el mundo, entre los que podemos contar al Congreso Nacional Africano de Nelson Mandela en Sudáfrica.

Los anticomunistas de izquierda se mostraron deliberadamente indiferentes a los dramáticos logros obtenidos bajo el Comunismo por masas de personas previamente empobrecidas. Algunos incluso despreciaban tales logros. Todavía recuerdo cómo en Burlington Vermont, en 1971, el anarquista anticomunista Murray Bookchin hizo alusión, de forma burlona, a mi preocupación por «los niños pobres que fueron alimentados gracias al Comunismo».

Tergiversación de conceptos

Los que nos negamos a unirnos al repudio antisoviético fuimos calificados por los anticomunistas de izquierda como «apologistas soviéticos» y «estalinistas», incluso si no nos agradaba Stalin y su sistema autocrático de gobierno, y creíamos que había cosas verdaderamente desastrosas en la sociedad soviética de aquel momento²⁷. Nuestro verdadero pecado fue que,

²⁷ En la primera edición de mi libro *Inventing Reality* (Nueva York: St. Martin's Press, 1986) escribí: «La negatividad generalizada de los medios estadounidenses con respecto a la Unión Soviética podría inducir a algunos de nosotros a reaccionar con una visión absolutamente positiva de esa sociedad. Lo cierto es que en la URSS existen serios problemas de productividad laboral, industrialización, urbanización, burocracia, corrupción y alcoholismo. Hay cuellos de botella en la producción y distribución, fallas en los planes, escasez de bienes de consumo, abusos

a diferencia de muchos izquierdistas, nos negamos a tragarnos sin crítica la propaganda de los medios estadounidenses sobre las sociedades comunistas. En cambio, sostuvimos que, además de las tan publicitadas deficiencias e injusticias, había características positivas sobre los sistemas comunistas existentes que valía la pena preservar, que mejoraron las vidas de cientos de millones de personas de manera significativa y humanizadora. Esta afirmación inquietó a los anticomunistas de izquierda que no podían pronunciar una palabra positiva sobre ninguna sociedad comunista (a excepción, a lo mejor, de Cuba) y no podían prestar un oído tolerante o incluso cortés a cualquiera que lo hiciera²⁸.

Saturados por la ortodoxia anticomunista, la mayoría de los izquierdistas estadounidenses han practicado un macartismo de izquierda contra las personas que tenían algo positivo que decir sobre el Comunismo realmente existente, excluyéndolos de la participación en conferencias, juntas asesoras, apoyos políticos y publicaciones de izquierda. Al igual que los conservadores, los anticomunistas de izquierda no desearon nada menos que una condena generalizada de la Unión Soviética, acusándola de ser una monstruosidad estalinista y una aberración moral leninista²⁹.

criminales de poder, represión de disidentes y expresiones de alienación entre algunas personas de la población».

²⁸ Gran parte de la izquierda estadounidense, que solo mostraron hostilidad y aversión hacia la Unión Soviética y otros estados comunistas europeos, sienten simpatía por Cuba, pues consideran que tiene una verdadera tradición revolucionaria y una sociedad algo más abierta. En realidad, al menos hasta el presente (enero de 1997), Cuba ha tenido prácticamente el mismo sistema que la URSS y otras naciones comunistas: propiedad pública de la industria, una economía planificada, estrechas relaciones con las naciones comunistas existentes y un gobierno de partido único, donde el partido juega un papel hegemónico en el gobierno, los medios, los sindicatos, las federaciones de mujeres, los grupos juveniles y otras instituciones.

²⁹ En parte como reacción a la omnipresente propaganda anticomunista que impregnaba los medios de comunicación y la vida pública estadounidenses,

El hecho de que muchos izquierdistas estadounidenses tengan poca familiaridad con los escritos y el trabajo político de Lenin no les impide utilizar la etiqueta «leninista». Noam Chomsky, quien es una fuente inagotable de caricaturas anticomunistas, ofrece este comentario sobre el leninismo: «Los intelectuales occidentales y también del Tercer Mundo se sintieron atraídos por la contrarrevolución bolchevique [*sic*] porque el leninismo es, después de todo, una doctrina que dice que la intelectualidad radical tiene el derecho a tomar el poder estatal y a gobernar sus países por la fuerza, y esa es una idea que atrae bastante a los intelectuales»³⁰. Aquí, Chomsky crea una caricatura ilusoria de intelectuales hambrientos de poder para acompañar su caricatura de leninistas hambrientos de poder, villanos que no buscan los medios revolucionarios para luchar contra la injusticia, sino el poder porque sí. En lo que respecta al antirojoismo, algunos de los mejores y más brillantes elementos del izquierdismo no suenan diferente que los peores elementos de la derecha.

Luego del atentado terrorista de 1996 en la ciudad de Oklahoma, escuché a un comentarista de radio anunciar: «Lenin dijo que el propósito del terror es aterrorizar». Los comentaristas de los medios estadounidenses han citado constantemente a Lenin de esa manera engañosa. En realidad, su declaración desaprobaba el terrorismo. Polemizó contra actos terroristas aislados que no hacían más que sembrar el terror entre la población, daban paso a la represión y aislaban al movimiento

muchos comunistas estadounidenses y otras personas afines a ellos se abstuvieron de criticar las características autocráticas de la Unión Soviética. En consecuencia, fueron acusados de pensar que la URSS era un «paraíso» de los trabajadores por parte de críticos que aparentemente se conformarían con nada menos que estándares paradisiacos. Después de las revelaciones de Jruschov en 1953, los comunistas estadounidenses admitieron a regañadientes que Stalin había cometido «errores», e incluso había cometido algunos crímenes.

³⁰ Chomsky, en la entrevista que le realizó Husayn Al-Kurdi: *Perception*, marzo/abril de 1996.

revolucionario de las masas. Lejos de ser un conspirador totalitario y dogmático, Lenin instó a la construcción de amplias coaliciones y organizaciones de masas, que abarcaran a personas que se encontraban en diferentes niveles de desarrollo político. Abogó por cualquier medio que fuera necesario para avanzar en la lucha de clases, incluida la participación en las elecciones parlamentarias y los sindicatos existentes. Sin duda, la clase obrera, como cualquier grupo de masas, necesitaba organización y liderazgo para librar una lucha revolucionaria exitosa, que era el papel de un partido de vanguardia, pero eso no significaba que la revolución proletaria pudiese ser alcanzada por el esfuerzo de golpistas o terroristas.

Lenin procuró evitar constantemente los dos extremos del oportunismo burgués liberal y el aventurerismo ultraizquierdista. Sin embargo, él mismo es considerado con frecuencia como un golpista ultraizquierdista por parte los periodistas más importantes y algunas personas de izquierda. Si el enfoque de la revolución de Lenin es deseable o incluso relevante hoy en día es una pregunta que amerita un examen crítico. Sin embargo, es poco probable que tenga lugar una evaluación útil por parte de personas que tergiversan su teoría y práctica³¹.

Los anticomunistas de izquierda consideran moralmente inaceptable cualquier asociación con organizaciones comunistas debido a los «crímenes del Comunismo». Sin embargo, muchos de ellos están asociados con el Partido Demócrata en este país, ya sea como votantes o como miembros. Parecen mostrarse indiferentes a los crímenes políticos moralmente inaceptables

³¹ Recomiendo los libros de Lenin: *El Estado y la Revolución*, *La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo*, *¿Qué hacer?*, entre otros muchos artículos y declaraciones disponibles en las obras completas. También a las declaraciones de John Ehrenberg con respecto al marxismo-leninismo en *The Dictatorship of the Proletariat, Marxism's Theory of Socialist Democracy* (New York: Routledge, 1992).

cometidos por los líderes de esta organización. Bajo una u otra administración demócrata, 120.000 estadounidenses de origen japonés fueron arrancados de sus hogares y medios de subsistencia y enviados a campos de detención; se lanzaron bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki, resultando en una enorme pérdida de vidas inocentes; al FBI se le dio autoridad para infiltrarse en grupos políticos; la Ley Smith se empleó para encarcelar a los líderes del Partido Socialista Trotskista de los Trabajadores y más tarde a los líderes del Partido Comunista por sus posiciones políticas; se establecieron campos de detención para reunir a los disidentes políticos en caso de una «emergencia nacional»; durante los últimos años de la década de 1940 y 1950, ocho mil trabajadores públicos fueron expulsados del gobierno debido a sus asociaciones y puntos de vista políticos, y miles más fueron purgados en sus respectivas áreas de servicio; la Ley de Neutralidad se utilizó para imponer un embargo a la República Española que funcionó a favor de las legiones fascistas de Franco; se iniciaron programas homicidas de contrainsurgencia en varios países del Tercer Mundo; y la guerra de Vietnam se prosiguió e intensificó. Y durante mayor parte del siglo XX el liderazgo del Partido Demócrata en el Congreso protegió la segregación racial y bloqueó todos los proyectos de ley contra los linchamientos y el empleo justo. Sin embargo, todos estos crímenes, que traen la ruina y la muerte a muchos, no han conmovido a los progresistas, los socialdemócratas y los «socialistas democráticos» anticomunistas, por lo que no insisten en que emitamos condenas generalizadas contra el Partido Demócrata o el sistema político que lo produjo, ciertamente no con el fervor intolerante que se ha dirigido contra el Comunismo realmente existente.

Socialismo puro vs. Socialismo de asedio

Dicen algunos izquierdistas estadounidenses que los levantamientos ³² en Europa del Este no constituyeron una derrota para el Socialismo, puesto que el Socialismo nunca existió en esos países. Dicen que los estados comunistas no ofrecieron nada más que un «Capitalismo de Estado» burocrático de partido único o algo por el estilo. Si llamamos «socialistas» a los antiguos países comunistas sería solo una cuestión de definición. Sin embargo, vale la pena aclarar que constituyeron algo diferente a lo que existía en el mundo capitalista que gira en torno a las ganancias –algo que los propios capitalistas reconocieron abiertamente.

Primero, en los países comunistas *había menos desigualdad económica que bajo el Capitalismo*. Los beneficios de los que disfrutaban las élites del Partido y del Gobierno eran modestos en comparación con los estándares de los directores ejecutivos corporativos en Occidente, al igual que sus ingresos personales y estilos de vida. Los líderes soviéticos como Yuri Andropov y Leonid Brezhnev no vivían en mansiones lujosamente decoradas como la Casa Blanca, sino en apartamentos relativamente grandes en un proyecto de viviendas cerca del Kremlin reservado para los líderes gubernamentales. Tenían limusinas a su disposición (como la mayoría de los otros jefes de Estado) y acceso a grandes dachas donde entretenían a los dignatarios que visitaban su jurisdicción. Pero no tenían nada de la inmensa riqueza personal que poseen la mayoría de los líderes estadounidenses.

La «vida lujosa» de la que disfrutaban los líderes del Partido de Alemania Oriental, según se publicitó ampliamente en la prensa estadounidense, incluía una asignación anual de 725

³² El autor se refiere a las revoluciones de colores que tuvieron lugar durante la década de los 90s en Europa del Este (N. del Ed.).

unidades monetarias en moneda fuerte y alojamiento en un asentamiento exclusivo en las afueras de Berlín que tenía sauna, piscina cubierta y un gimnasio compartido por todos los residentes. También podían comprar en tiendas que vendieran productos occidentales como bananas, jeans y productos electrónicos japoneses. La prensa estadounidense nunca señaló que los alemanes orientales comunes tenían acceso a piscinas y gimnasios públicos y podían comprar jeans y productos electrónicos (aunque generalmente no de la variedad importada). El consumo «lujoso» que tenían los líderes de Alemania Oriental tampoco contrastaba con el estilo de vida verdaderamente opulento del que disfrutaba la plutocracia occidental.

Segundo, en los países comunistas, *las fuerzas productivas no estaban organizadas en torno a la ganancia del capital y el enriquecimiento privado; la propiedad pública de los medios de producción suplantó a la propiedad privada*. Los individuos no podían contratar a otras personas y acumular una gran riqueza personal con su trabajo. Nuevamente, en comparación con los estándares occidentales, las diferencias en ingresos y ahorros entre la población fueron generalmente muy reducidas. La distribución de ingresos entre los ingresos más altos y más bajos en la Unión Soviética era de cinco a uno. En los Estados Unidos, la distribución de los ingresos anuales entre los multimillonarios más importantes y los trabajadores pobres es de 10.000 a 1.

En tercer lugar, *se dio prioridad a los servicios humanos*. Aunque la vida bajo el Comunismo dejaba mucho que desear y los servicios en sí rara vez eran los mejores, los países comunistas garantizaban a sus ciudadanos un nivel mínimo de seguridad y supervivencia económica, incluida la educación garantizada, el empleo, la vivienda y la asistencia médica.

Cuarto, *los países comunistas no buscaron que el capital penetre en otros países*. Al carecer del incentivo de las ganancias como fuerza motriz y, por lo tanto, al no tener la necesidad de encontrar constantemente nuevas oportunidades de inversión,

no expropiaron las tierras, el trabajo, los mercados y los recursos naturales de las naciones más débiles, es decir, no practicaron el imperialismo económico. La Unión Soviética llevó a cabo relaciones comerciales y de ayuda en términos que, en general, fueron favorables para las naciones de Europa del Este y Mongolia, Cuba e India.

Todos los puntos anteriores fueron principios organizativos para cada sistema comunista en un grado u otro. Ninguno de los anteriores se aplica a países de libre mercado como Honduras, Guatemala, Tailandia, Corea del Sur, Chile, Indonesia, Zaire, Alemania o los Estados Unidos.

Pero un verdadero Socialismo, se nos dice, sería controlado por los propios trabajadores a través de la participación directa en lugar de ser dirigido por leninistas, estalinistas, castristas u otras camarillas burocráticas malvadas, hambrientas de poder, de hombres malvados que traicionan las revoluciones. Desafortunadamente, esta visión del «Socialismo puro» es ahistórica e infalsable; no puede ser puesto a prueba frente a las realidades de la historia. Compara un ideal con una realidad imperfecta, y la realidad queda en segundo lugar. Imagina cómo sería el Socialismo en un mundo mucho mejor que este, donde no se requiere una estructura estatal fuerte o una fuerza de seguridad, donde nada del valor producido por los trabajadores necesita ser destinado a reconstruir la sociedad y defenderla de la invasión y el sabotaje interno.

Los ideales de los socialistas puristas permanecen intactos frente a la práctica. No explican cómo se organizarían las múltiples funciones de una sociedad revolucionaria, cómo se frustrarían los ataques externos y los sabotajes internos, cómo se evitaría la burocracia, cómo se asignarían los escasos recursos, cómo se resolverían las diferencias políticas, cómo se establecerían las prioridades y cómo se conduciría la producción y distribución. En cambio, ofrecen vagas declaraciones sobre cómo los propios trabajadores poseerán y controlarán

directamente los medios de producción y llegarán a sus propias soluciones a través del esfuerzo creativo. No sorprende entonces que los socialistas puristas apoyen todas las revoluciones excepto las que triunfan.

Los socialistas puristas tienen una visión de una nueva sociedad que crearía y sería creada por nuevas personas, una sociedad tan transformada en sus fundamentos que dejaría pocas oportunidades para actos ilícitos, corrupción y abusos criminales del poder estatal. No habría burocracia ni camarillas egoístas, ni conflictos despiadados ni decisiones dañinas. Cuando se dan cuenta que la realidad es diferente y más compleja, algunos izquierdistas proceden a condenar la realidad y anuncian que se «sienten traicionados» por tal o cual revolución.

Los socialistas puristas ven el Socialismo como un ideal que fue empañado por la corrupción, la duplicidad y las ansias de poder comunistas. Se oponen al modelo soviético, pero no demuestran cómo se podrían haber tomado otros caminos, qué otros modelos de Socialismo –no creados a partir de la imaginación, sino desarrollados a través de la experiencia histórica real– podrían haberse afianzado y funcionado mejor. ¿Era realmente posible un Socialismo abierto, pluralista y democrático en aquella coyuntura histórica? La evidencia histórica sugeriría que no lo fue. Como argumentó el filósofo político Carl Shames:

¿Cómo saben [los críticos de izquierda] que el problema fundamental era la «naturaleza» de los partidos [revolucionarios] en el poder en lugar de, digamos, la concentración global de capital que está destruyendo todas las economías independientes y poniendo fin a la soberanía nacional en todas partes? Y, suponiendo que así hubiese sido, ¿de dónde vino esta «naturaleza»? ¿Estaba esta «naturaleza» desencarnada, desconectada del tejido de la sociedad misma, de las relaciones sociales que la impactaban? (...) Se pueden encontrar miles de ejemplos en los que la centralización del poder fue una decisión necesaria para asegurar y proteger las relaciones

socialistas. De lo que he podido observar [en las sociedades comunistas realmente existentes], lo positivo del «Socialismo» y lo negativo de la «burocracia, el autoritarismo y la tiranía» se configuraron en prácticamente todas las esferas de la vida. (Carl Shames, correspondencia conmigo, 15/1/92).

Los socialistas puristas culpan regularmente a la propia izquierda de cada derrota que sufre. Sus dudas son interminables. Por eso escuchamos que las luchas revolucionarias fracasan porque sus líderes esperan demasiado, o actúan demasiado pronto; son demasiado tímidos o demasiado impulsivos; demasiado tercos o se dejan influir con demasiada facilidad. Se nos dice que los líderes revolucionarios son cautelosos o arriesgados, burocráticos u oportunistas, rígidamente organizados o insuficientemente organizados, antidemocráticos o que no brindan un liderazgo fuerte. Pero siempre los líderes fracasan porque no confían en la «acción directa» de los trabajadores, quienes aparentemente resistirían y superarían todas las adversidades si tan solo tuviesen el tipo de liderazgo existente en el grupúsculo de estos críticos izquierdistas. Desafortunadamente, estos críticos parecerían ser incapaces de producir un movimiento revolucionario exitoso en su propio país, impulsado por su sobresaliente liderazgo.

Tony Febbo cuestionó esta costumbre de culpabilizar al liderazgo que presentan los socialistas puristas:

Se me ocurre que cuando personas tan inteligentes, diferentes, dedicadas y heroicas como Lenin, Mao, Fidel Castro, Daniel Ortega, Ho Chi Minh y Robert Mugabe –y los millones de personas heroicas que los siguieron y lucharon con ellos– terminan más o menos en el mismo lugar, a lo mejor tiene lugar algo más grande que determinadas decisiones tomadas en tal o cual reunión (...).

Estos líderes no estaban en el vacío. Estaban en un torbellino. Y la succión, la fuerza, el poder que los hizo rotar ha permanecido

girando y destrozando este planeta por más de 900 años. Culpar a tal o cual teoría, o a tal o cual líder es una tontería, no el tipo de análisis que [deberían hacer] los marxistas. (*Guardian*, 13/11/91).

Sin duda, los socialistas puristas no carecen del todo de agendas específicas para lograr la revolución. Después de que los sandinistas derrocaran a la dictadura de Somoza en Nicaragua, un grupo de ultraizquierda en ese país exigió la propiedad directa de las fábricas por parte de los trabajadores. Los trabajadores armados tomarían el control de la producción sin rendir cuentas a gerentes, planificadores estatales, burócratas o militares. Si bien es innegablemente atractivo, este sindicalismo obrero se opone a las necesidades del poder estatal. Bajo tales condiciones, la revolución nicaragüense no habría durado dos meses contra la contrarrevolución patrocinada por Estados Unidos que asoló al país. No habría podido movilizar suficientes recursos para desplegar un ejército, tomar medidas de seguridad o construir y coordinar programas económicos y servicios humanos a escala nacional.

Descentralización vs. supervivencia

Para que una revolución popular sobreviva, debe tomar el poder estatal y usarlo para (a) romper el dominio que ejerce la clase propietaria sobre las instituciones y los recursos de la sociedad, y (b) resistir el contraataque reaccionario que seguramente vendrá. Los peligros internos y externos que enfrenta una revolución requieren un poder estatal centralizado que no es particularmente del agrado de nadie, ni en la Rusia soviética de 1917, ni en la Nicaragua sandinista de 1980.

Engels ofrece un relato apropiado de un levantamiento en España ente 1872 y 1873 en el que los anarquistas tomaron el poder en varios municipios de todo el país. Al principio, la

situación parecía prometedora. El rey había abdicado y el gobierno burgués solo podía reunir unos pocos miles de tropas mal entrenadas. Sin embargo, esta fuerza heterogénea prevaleció porque se enfrentó una rebelión completamente parroquial. «Cada ciudad se declaró cantón independiente y nombró una Junta revolucionaria de gobierno», escribe Engels. «[Cada ciudad actuó] por su cuenta y declaraba esencial, no su cooperación con las otras ciudades, sino su separación de ellas, con lo cual cerraba el paso a toda posibilidad de una ofensiva general [en contra de la embestida burguesa]»³³. Fue «la atomización y el aislamiento de las fuerzas revolucionarias, [lo que] que permitió a unas y las mismas tropas del Gobierno ir aplastando un alzamiento tras otro»³⁴.

La autonomía parroquial descentralizada es el cementerio de la insurgencia. Puede que esta sea la razón por la cual nunca ha habido una revolución anarcosindicalista exitosa. Idealmente, sería bueno tener solo participación local, autodirigida, de los trabajadores, con un mínimo de burocracia, policía y ejército. Este

³³ Engels, F. (1873). *Los bakuninistas en acción*. Recuperado de <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1870s/1873-bakun.htm>.

³⁴ Marx, Engels, Lenin, *Anarchism and Anarchosyndicalism: Selected Writings* (Nueva York: International Publishers, 1972), pág. 139. En su biografía de Louise Michel, la historiadora anarquista Edith Thomas afirma que el Anarquismo es «la ausencia de gobierno, la administración directa de sus propias vidas por parte de las personas». ¿Quién no podría querer eso? Thomas no explica cómo funcionaría, solamente afirma que «los anarquistas lo quieren ahora mismo, en toda la confusión y el desorden del ahora». Señala con orgullo que el Anarquismo «todavía está intacto como ideal, porque nunca se ha intentado». Ese es exactamente el problema. ¿Por qué en tantos cientos de rebeliones reales, incluidas las dirigidas por los propios anarquistas, el Anarquismo nunca se ha intentado o nunca ha logrado sobrevivir durante un período de tiempo de forma «intacta»? (En el levantamiento anarquista que Engels describió, los rebeldes, en aparente contradicción con su propia ideología, no confiaron en la «administración directa del pueblo» que nos describe Thomas, sino que establecieron juntas administrativas). El ideal, cuya cualidad es que nunca se ha practicado ni conseguido, ayuda a sostener la idea de que es mejor que cualquier otra cosa en la mente de algunos.

probablemente sería el desarrollo del Socialismo, si alguna vez se permitiera que el Socialismo se desarrollara sin obstáculos de parte de la subversión y el ataque contrarrevolucionarios.

Uno debería recordar cómo, entre 1918 y 1920, catorce naciones capitalistas, incluyendo a los Estados Unidos, invadieron la Rusia soviética en un intento sangriento pero infructuoso de derrocar al gobierno bolchevique revolucionario. Los años de invasión extranjera y guerra civil intensificaron la psicología de asedio de los bolcheviques, y fortalecieron su compromiso con la unidad del partido y un aparato de seguridad represivo. Así, en mayo de 1921, el mismo Lenin que había alentado la práctica de la democracia interna del partido y luchado contra Trotsky para dar a los sindicatos una mayor medida de autonomía, ahora pedía el fin de la Oposición Obrera y otros grupos fraccionarios dentro del Partido³⁵. «Ha llegado el momento», dijo durante el Décimo Congreso del Partido, «de poner fin a la oposición, de ponerle un tope: ya hemos tenido suficiente oposición». La apertura en el debate y las tendencias conflictivas dentro y fuera del Partido, concluyeron los comunistas, habían producido una apariencia de división y debilidad que invitaba al ataque de formidables enemigos.

Apenas un mes antes, en abril de 1921, Lenin había pedido una mayor representación de los trabajadores en el Comité Central del Partido. En resumen, no se había vuelto antiobrero sino antioposición. Aquí había una revolución social —como

³⁵ Trotsky era uno de los líderes bolcheviques más autoritarios, menos inclinados a tolerar la autonomía organizativa, la diversidad de puntos de vista y la democracia interna del Partido. Pero en el otoño de 1923, al encontrarse en una posición minoritaria, superado por Stalin y otros, Trotsky desarrolló una repentina preocupación por los procedimientos del Partido y la democracia obrera. Desde entonces, ha sido aclamado por algunos seguidores como un demócrata antiestalinista.

todas las demás – a la que no se le permitió desarrollar su vida política y material sin trabas³⁶.

A finales de la década de 1920, los soviéticos tuvieron que decidir entre: (a) moverse en una dirección aún más centralizada con una economía planificada y la colectivización agraria forzada, además de llevar a cabo un proceso de industrialización a toda velocidad bajo un liderazgo de partido autoritario y autocrático, el camino tomado por Stalin, o (b) moverse en una dirección liberalizada, permitiendo más diversidad política, más autonomía para los sindicatos y otras organizaciones, debate y crítica más abiertos, mayor autonomía entre las diversas repúblicas soviéticas, un sector de pequeñas empresas de propiedad privada, desarrollo agrícola independiente por parte del campesinado, mayor énfasis en los bienes de consumo y menos esfuerzo en el tipo de acumulación de capital necesaria para construir una base militar-industrial fuerte.

Este último, creo, habría producido una sociedad más cómoda, más humana y servicial. El Socialismo de asedio habría dado paso a un Socialismo de consumo. El único problema es que el país habría corrido el riesgo de ser incapaz de resistir la embestida nazi. En cambio, la Unión Soviética se embarcó en una industrialización rigurosa y forzada. Esta política se ha mencionado a menudo como uno de los grandes errores de Stalin en perjuicio de su pueblo³⁷. Consistía principalmente en la

³⁶ Con respecto a los años anteriores a 1921, el soviólogo Stephen Cohen escribe: «La experiencia de la guerra civil y el Comunismo de guerra alteró profundamente tanto al Partido como al emergente sistema político». Otros partidos socialistas fueron expulsados de los soviets. Y las «normas democráticas (...) así como el perfil casi libertario y reformista» del Partido Comunista dieron paso a un «autoritarismo rígido y una “militarización” generalizada». Se eliminó gran parte del control popular ejercido por los soviets locales y los comités de fábrica. En palabras de un líder bolchevique, «La república es un campo armado»: véase *Bukharin and the Bolshevik Revolution* de Cohen (Nueva York: Oxford University Press, 1973), pág. 79.

³⁷ Para traer uno de los innumerables ejemplos, recientemente Roger Burbach criticó a Stalin por «precipitar a la Unión Soviética en el camino

construcción, en una década, de una enorme base industrial completamente nueva al este de los Urales en medio de las estepas áridas, el complejo siderúrgico más grande de Europa, en previsión de una invasión desde el oeste. «El dinero corría como el agua, los hombres se congelaron, pasaron hambre y sufrieron, pero la construcción continuó sin tener consideración con los individuos, en un heroico esfuerzo colectivo como no ha ocurrido nunca en la historia»³⁸.

La profecía de Stalin de que la Unión Soviética solo tenía diez años para hacer lo que los británicos habían hecho en un siglo resultó ser cierta. Cuando los nazis invadieron en 1941, aquella misma base industrial, instalada con seguridad a miles de millas del frente, produjo las armas que eventualmente cambiaron el rumbo de la guerra. La vida de 22 millones de ciudadanos soviéticos que perecieron en la guerra y una devastación y sufrimiento inconmensurables fueron el costo de sobrevivir al embate nazi. Sus efectos distorsionarían a la sociedad soviética durante las décadas posteriores.

Esto no quiere decir que todo lo que hizo Stalin fuera una necesidad histórica. Las exigencias de la supervivencia revolucionaria no «hicieron inevitable» la ejecución despiadada de cientos de viejos líderes bolcheviques, el culto a la personalidad de un líder supremo que reclamaba cada logro revolucionario como un logro propio, la supresión de la vida política del Partido a través del terror, la eventual censura del debate sobre el ritmo de la industrialización y la colectivización, la regulación ideológica de toda la vida intelectual y cultural, y las deportaciones masivas de nacionalidades «sospechosas».

Los efectos transformadores del ataque contrarrevolucionario se han sentido en otros países. Un militar

hacia la industrialización»: véase su correspondencia, *Monthly Review*, marzo de 1996, pág. 35.

³⁸ John Scott, *Behind the Urals, an American Worker in Russia's City of Steel* (Boston:Houghton Mifflin, 1942).

sandinista que conocí en Viena en 1986 señaló que los nicaragüenses «no eran un pueblo guerrero», pero que tenían que aprender a luchar porque se enfrentaban a una guerra mercenaria destructiva patrocinada por Estados Unidos. Lamentó el hecho de que la guerra y el embargo obligaron a su país a posponer gran parte de su agenda socioeconómica. Al igual que con Nicaragua, también con Mozambique, Angola y muchos otros países en los que las fuerzas mercenarias financiadas por Estados Unidos destruyeron tierras de cultivo, aldeas, centros de salud y centrales eléctricas, mientras asesinaban o mataban de hambre a cientos de miles —la recién nacida revolución fue estrangulada en su cuna, o se desangró hasta desfigurarse. Esta realidad debería ganar tanto reconocimiento como la represión de los disidentes en tal o cual sociedad revolucionaria.

El derrocamiento del Comunismo soviético y de Europa del Este fue celebrado por muchos intelectuales de izquierda. Ahora la democracia tendría cabida. El pueblo estaría libre del yugo del Comunismo y la izquierda estadounidense estaría libre del albatros del Comunismo realmente existente, o como lo expresó el teórico de izquierda Richard Lichtman, «liberada del íncubo de la Unión Soviética y del súcubo de la China comunista».

De hecho, la restauración del Capitalismo en Europa del Este debilitó seriamente las numerosas luchas de liberación del Tercer Mundo que habían recibido ayuda de la Unión Soviética y engendró una nueva generación de gobiernos de derecha que ahora trabajaban mano a mano con los contrarrevolucionarios estadounidenses alrededor del mundo.

Además, la destrucción del Comunismo dio luz verde a los impulsos explotadores desenfrenados de los intereses corporativos occidentales. Una vez libres de la necesidad de convencer a sus trabajadores de que vivían mejor que sus contrapartes en Rusia, y sin las restricciones que impone tener un sistema competidor, la clase corporativa inició con el desmantelamiento de todas las conquistas que la clase

trabajadora había logrado en Occidente a lo largo de los años. Ahora que el libre mercado, en su forma más primitiva, emerge triunfante en Oriente, prevalecerá también en Occidente. El «Capitalismo con rostro humano» está siendo reemplazado por el «Capitalismo inhumano». Como dijo Richard Levins, «en la nueva agresividad exuberante que experimentados en el Capitalismo global podemos identificar lo que los comunistas y sus aliados habían mantenido a raya» (*Monthly Review*, 9/96).

Sin haber entendido nunca el papel que jugaron las potencias comunistas realmente existentes para moderar los peores impulsos del Capitalismo e Imperialismo occidentales, y habiendo percibido al Comunismo como nada más que un mal absoluto, los anticomunistas de izquierda no anticiparon las derrotas que estaban por venir. Algunos de ellos todavía no lo entienden.

CAPÍTULO IV

COMUNISMO DE FANTASÍA

Los diversos países comunistas experimentaron importantes deficiencias sistémicas. Si bien estos problemas internos se vieron gravemente exacerbados por la destrucción y la amenaza militar impuesta por las potencias capitalistas occidentales, hubo una serie de dificultades que parecían inherentes al propio sistema.

El premio a la ineficiencia

Todas las naciones comunistas cargaron el yugo de rígidos sistemas de control económico³⁹. La planificación centralizada fue útil e incluso necesaria en el período anterior al Socialismo de asedio para producir acero, trigo y tanques con el fin de construir una base industrial y resistir el ataque nazi. Pero después obstaculizó el desarrollo y crecimiento tecnológico, y demostró ser incapaz de suministrar una gama suficientemente amplia de bienes y servicios de consumo. No se pudo diseñar ningún sistema informático capaz de modelar con precisión una economía vasta e intrincada. Ningún sistema podría recopilar y procesar la inmensa variedad de información detallada necesaria para tomar decisiones correctas sobre millones de tareas de producción.

La planificación de arriba hacia abajo sofocó la iniciativa en todo el sistema. El estancamiento se evidenció en el fracaso del liderazgo industrial soviético para aplicar las innovaciones de la revolución científico-tecnológica de los años 1970 y 1980, incluido

³⁹ Si bien hablo del pasado, la siguiente discusión también se aplica a los pocos países comunistas que aún existen.

el uso de la tecnología informática. Aunque los soviéticos produjeron muchos de los mejores matemáticos, físicos y otros científicos del mundo, poco de su trabajo encontró una aplicación concreta. Como dijo con amargura Mikhail Gorbachev ante el 28º Congreso del Partido Comunista en 1990, «ya no podemos tolerar el sistema gerencial que rechaza el progreso científico y tecnológico y las nuevas tecnologías, tan caracterizado por la ineficacia de costos, el despilfarro y el desperdicio».

No basta con denunciar la ineptitud, también se debe tratar de explicar por qué persistió a pesar de las repetidas exhortaciones de los líderes –desde el mismo Stalin, que estaba enfurecido por los burócratas oportunistas. Una explicación del fracaso del sistema de gestión se puede encontrar en el propio sistema, que creó desincentivos para la innovación:

1. Los gerentes evitaban aquellos atajos tecnológicos que pudiesen conducir a su propia obsolescencia. Muchos de ellos no eran competentes en las nuevas tecnologías y habría sido necesario reemplazarlos.
2. Los gerentes no recibían recompensas por tomar riesgos. Mantuvieron sus puestos sin importar si se desarrollaba tecnología innovadora; lo mismo aplicó a sus superiores y planificadores centrales.
3. Los suministros necesarios para el cambio tecnológico no estaban disponibles con facilidad. Dado que los insumos estaban fijados por el plan y todos los materiales y la mano de obra estaban totalmente comprometidos, era difícil desviar los recursos hacia la innovación. Además, la experimentación aumentaba el riesgo de no cumplir con las cuotas.
4. No había ningún incentivo para producir mejores máquinas para otras empresas, ya que eso no generaba recompensas para la propia empresa. Muy por el contrario, bajo la presión de obtener resultados cuantitativos, los gerentes a menudo reducían la calidad.

5. Había escasez de piezas de repuesto tanto para la producción industrial como para los bienes de consumo de uso duradero. Debido a que los principales planificadores fijaban precios tan bajos artificialmente para las piezas de repuesto, rara vez era rentable para las fábricas producirlas.
6. Debido a que los productores no pagaban el precio real de las materias primas, el combustible y otros insumos, las empresas a menudo los usaban de manera ineficiente.
7. La capacidad productiva estaba subutilizada. Los problemas de distribución llevaron a un exceso de inventario. Debido a los envíos irregulares, había una tendencia a acaparar más de lo que se podía poner en producción, lo que empeoraba la escasez.
8. Las mejoras en la producción resultaban en el aumento de las cuotas. En efecto, las fábricas bien administradas fueron castigadas con mayores cargas de trabajo. Los de bajo rendimiento fueron recompensados con cuotas más bajas y subsidios estatales.

La irresponsabilidad gerencial era un problema tanto en la agricultura como en la industria. El comentario de un organizador agrícola vietnamita podría describir la situación en la mayoría de los otros países comunistas: «La dolorosa lección de la cooperatización [agrícola] fue que la gerencia no tenía incentivos para tener éxito o producir». En todo caso, la administración de la granja a menudo estaba motivada para proporcionar un producto deficiente. Por ejemplo, dado que los compradores estatales de carne prestaban más atención a la cantidad que a la calidad, los granjeros maximizaban las ganancias produciendo animales más gordos. Puede que a los consumidores no les interese comer carne grasosa, pero ese era su problema. Solo un agricultor tonto o demasiado benigno trabajaría más duro para producir carne de mejor calidad por el privilegio de recibir un pago menor.

Como en todos los países, la burocracia tendió a convertirse en un animal que se alimentaba a sí mismo. El personal administrativo aumentó a un ritmo más rápido que los trabajadores productivos. En algunas empresas, el personal administrativo constituía la mitad del número total de trabajadores. Una fábrica con 11.000 trabajadores de producción podría tener un personal administrativo de 5.000, una carga considerable para la productividad.

El modo de operación altamente burocrático no permitía una retroalimentación crítica y autocorrectiva. Hubo una escasez generalizada de discusiones que pudiesen responsabilizar a los planificadores y gerentes frente al público. El destino de los soplones era similar en los países comunistas y el nuestro. Aquellos que denunciaron el despilfarro, la incompetencia y la corrupción tenían más probabilidades de correr riesgos que de recibir recompensas.

Nadie quiere cuidar el quiosco

Se nos ha enseñado que las personas que viven bajo el Comunismo sufren «un control totalitario sobre todos los aspectos de la vida», como todavía nos dice la revista *Time* (27/5/96). Al momento de hablar con las personas [que efectivamente viven o vivieron en sociedades comunistas] uno se da cuenta de que no se quejaban tanto del control autoritario, sino de la *ausencia* de un control responsable. El personal de mantenimiento no estaba en capacidad de realizar las reparaciones necesarias. Los residentes de un nuevo proyecto de vivienda podrían negarse a pagar el alquiler y nadie se molestaría en cobrarlo. Debido a la pésima gestión en la cosecha, el almacenamiento y el transporte, hasta el 30% de todos los productos se perdía entre el campo y la tienda y miles de toneladas de carne se echaban a perder. La gente se quejaba de

los baños rotos, los techos con goteras, los vendedores groseros, los productos de mala calidad, el retraso de los trenes, los servicios hospitalarios deficientes y los burócratas corruptos e irresponsables.

La corrupción y el favoritismo eran pan de cada día. Estaba el gerente que regularmente robaba la caja; los trabajadores que sustraían alimentos y bienes de las tiendas estatales o suministros de las fábricas para brindar servicios a los hogares privados, para su beneficio personal; los campesinos de las granjas colectivas que deshuesaban partes de los tractores para venderlas en el mercado negro; el director que aceptaba sobornos para colocar personas en la parte superior de una lista de espera para comprar automóviles; y los campesinos que acaparaban ganado para venderlo a la gente del pueblo a tres veces el precio fijado por el Estado. Difícilmente podríamos decir que todo esto era el comportamiento de un pueblo temeroso de un terrible régimen totalitario.

El sistema como tal premiaba la evasión y el incumplimiento. Así, cuanto peor era el desempeño de la granja colectiva, más sustancial es el subsidio y se le exigían menos cuotas de trabajo. Cuanto peor era el desempeño de los plomeros y mecánicos, se les agobiaba menos con solicitudes y cuotas. Cuanto peor era el servicio del restaurante, menor era el número de clientes y más comida sobraba para llevarse a casa o vender en el mercado negro. Lo último que quería el personal del restaurante eran clientes satisfechos que regresaran a cenar a los precios bajos fijados por el Gobierno.

La disciplina en el trabajo dejaba mucho que desear, esto no nos debería sorprender demasiado. Estaban el empleado que charlaba interminablemente con un amigo por teléfono mientras una larga fila de personas esperaban el servicio con molestia, los dos trabajadores que tardaron tres días en pintar la pared de un hotel que debería haber tardado unas cuantas horas, los muchos que salían de sus trabajos para ir de compras. Ese desempeño

deficiente en sí mismo contribuyó a la baja productividad y al ciclo de escasez. En 1979, el líder cubano Raúl Castro listó los siguientes abusos:

[La] falta de disciplina, las ausencias injustificadas al trabajo, las pausas deliberadas para no sobrepasar las cuotas –que ya son bajas y bastante pobres en la práctica– para que no se modifiquen. (...) A diferencia del Capitalismo, donde la gente en el campo trabajaba una jornada agotadora de 12 horas, e incluso más, hay muchos casos hoy, especialmente en la agricultura, de personas (...) que trabajan no más de cuatro o seis horas, con la excepción de los cortadores de caña y posiblemente un puñado de trabajos más. Sabemos que en muchos casos los jefes de brigada y capataces hacen un trato con los trabajadores para cumplir la cuota en medio día y luego se van a trabajar para la otra mitad para algún pequeño agricultor [privado] cercano [para obtener un ingreso extra]; o para ir despacio para cumplir la cuota en siete u ocho horas; o cubrir dos o tres cuotas en un día y reportarlas como otros días de trabajo a los cuales faltarán (...).

Todos estos «truquillos» presentes en el agro también se encuentran en la industria, los servicios de transporte, los talleres de reparación y muchos otros lugares donde existe compañerismo desenfrenado, lugares donde «tú me haces un favor y yo te lo hago», y donde se hurta a escondidas. (*Cuba Update*, 3/80).

Si era despedido, un individuo tenía una garantía constitucional para conseguir otro trabajo y rara vez tenía alguna dificultad para encontrar uno. El mercado laboral tenía un exceso de demanda. Los trabajadores no temían perder sus trabajos, pero los gerentes temían perder a sus mejores trabajadores y, a veces, les pagaban en exceso para evitar que se fueran. Sin embargo, con demasiada frecuencia, ni las recompensas monetarias ni el empleo en sí estaban vinculados al desempeño. El empleado dedicado generalmente no ganaba más que el irresponsable. Los holgazanes y ladrones generaban un efecto desmoralizador en aquellos que querían trabajar en serio.

El pleno empleo consiguió empleando una miríada de personas que tenían relativamente poco que hacer. Esto se sumó a la escasez de mano de obra, la baja productividad, la falta de disciplina laboral y la falta de implementación de tecnologías que permitiesen ahorrar mano de obra para maximizar la producción.

Los comunistas asumieron que una vez que el Capitalismo y los abusos económicos que lo acompañaban fuesen eliminados, y una vez que la producción social fuese comunalizada y la gente contara con cierta medida de seguridad y prosperidad, estarían contentos de cumplir su rol en [la división social del] trabajo. Esto a menudo no resultó ser así.

Las economías comunistas operaban con precios fantásticos que rara vez guardaban alguna relación con el costo o el valor real. Muchos servicios costosos se proporcionaron casi en su totalidad de forma gratuita, como la educación, la atención médica y la mayoría de los eventos recreativos, deportivos y culturales. La vivienda, el transporte, los servicios públicos y los alimentos básicos estaban fuertemente subsidiados. Mucha gente tenía dinero, pero no lo suficiente como para comprar con él. Los artículos de lujo y de calidad eran difíciles de conseguir debido a sus elevados precios. Todo esto a su vez afectó el desempeño laboral. ¿Por qué trabajar duro para ganar más cuando no había tanto para comprar?

Los aumentos salariales, cuya función era atraer trabajadores a trabajos desagradables o de bajo prestigio, o servir de incentivos a la producción, solo aumentaron la disparidad entre el poder adquisitivo y la oferta de bienes. Los precios se mantuvieron bajos artificialmente, primero por su dedicación a los principios igualitarios, pero también porque los intentos de reajustarlos provocaron manifestaciones obreras en Polonia, Alemania del Este y la URSS. Debido a eso en la Unión Soviética y Polonia el Estado se negó a aumentar el precio del pan, cuyo precio era de unos pocos centavos por barra, aunque costaba menos que el alimento para animales. El resultado: los

agricultores de ambos países compraron el pan para alimentar a sus cerdos. La inflación invisible, un enorme mercado negro e interminables filas para comprar acompañaron a los rigurosos controles de precios.

Se esperaba que los ciudadanos siguieran las reglas y no se aprovecharan del sistema, incluso cuando el sistema como tal invitaba inadvertidamente a que lo hicieran. Se esperaba que desecharan el comportamiento egoísta cuando, de hecho, no había recompensas, sino desventajas al hacer eso. El «brutal régimen totalitario» era en realidad un abrevadero gigante del que muchos tomaban lo que podían.

Había un fuerte descontento por la escasez de productos: las interminables filas para comprar, la espera de diez años por un automóvil nuevo, la escasez de vivienda que obligaba a las personas solteras a vivir en casa o casarse para calificar para un departamento propio, y los cinco años de espera por ese apartamento. El hacinamiento y la dependencia financiera a los padres a menudo resultaba en divorcio. Estos y otros problemas similares afectaron el compromiso de la gente con el Socialismo.

«¡Lo queremos todo!»

Escuché a un amigo de Alemania Oriental quejarse de los pésimos servicios y los productos inferiores; el sistema no funcionó, concluyó. Pero, ¿qué pasa con los numerosos beneficios sociales que tanto faltan en gran parte del mundo, pregunté, no vale la pena tomarlos en consideración? Su respuesta fue reveladora: «Oh, nadie habla nunca de eso». La gente daba por sentado lo que tenía en cuanto a servicios humanos y derechos mientras ansiaba los bienes de consumo que flotaban en su imaginación.

No debemos desestimar la capacidad humana para el descontento. La gente no puede vivir sólo del salario social. Una vez que nuestras necesidades están satisfechas, nuestros deseos tienden a aumentar y nuestros deseos se convierten en nuestras necesidades. Un aumento en los niveles de vida a menudo incita a un aumento aún mayor en las expectativas. A medida que las personas son mejor tratadas, quieren más de las cosas buenas y no están necesariamente agradecidas por lo que ya tienen. Los profesionales destacados que habían alcanzado un nivel de vida relativamente bueno querían vestirse mejor, viajar al extranjero y disfrutar de los estilos de vida más abundantes disponibles para las personas acaudaladas del mundo capitalista.

No fue tanto la búsqueda de libertad política, sino el deseo de mayor riqueza lo que motivó a la mayoría de los que emigraron a Occidente. Las necesidades materiales se mencionaron con mucha más frecuencia que la falta de democracia. Los migrantes que huyeron de Vietnam en 1989 no eran disidentes políticos perseguidos. Por lo general, eran artesanos relativamente prósperos, pequeños empresarios, ingenieros, arquitectos e intelectuales bien educados que buscaban mayores oportunidades. Para citar uno: «No creo que mi vida aquí en Vietnam sea muy mala. De hecho, estoy muy bien. Pero la naturaleza humana incita a querer siempre algo mejor». Otro testificó: «Teníamos dos tiendas y nuestros ingresos eran decentes, pero queríamos una vida mejor». Y otro: «Se fueron por las mismas razones que nosotros. Querían ser más ricos, como nosotros»⁴⁰. Hoy en día, la manía de «hacerse rico» se está extendiendo por gran parte de Vietnam, a medida que esa nación se tambalea hacia una economía de mercado (New York Times, 4/5/96).

Asimismo, lo que se demandaba en la República Democrática Alemana (RDA) fue viajes, electrodomésticos

⁴⁰ Todas vitas de *Washington Post*, 4/12/89.

nuevos y apartamentos más grandes (Washington Post, 28/8/89). El New York Times (13/3/90) describió a Alemania Oriental como un «país de 16 millones [que] parecen paralizados por un tema: ¿cuán pronto pueden volverse tan prósperos como Alemania Occidental?» Una encuesta nacional realizada en China informó que el 68% eligió como meta «vivir bien y hacerse rico» (informe de PBS-TV, 6/96).

En 1989, le pregunté al embajador de la RDA en Washington D.C. por qué su país fabricaba autos de dos cilindros tan terribles. Dijo que el objetivo era desarrollar un buen transporte público y desalentar el uso de costosos vehículos privados. Pero cuando se les pidió que eligieran entre un sistema de transporte masivo racional, eficiente, económicamente sólido y ecológicamente sano o un automóvil que brindase movilidad instantánea, estatus especial, privacidad y empoderamiento personal, los alemanes orientales optaron por lo último, al igual que la mayoría de las personas en el mundo. El embajador agregó con tristeza: «Pensamos que construir una buena sociedad generaría buenas personas. Estábamos algo equivocados». Fuera o no una buena sociedad, al menos estaba reconociendo tardíamente la discrepancia entre la ideología estatal y el deseo privado.

Hoy, en Cuba, muchos jóvenes no ven ningún valor en unirse al Partido Comunista y piensan que Fidel Castro ha pasado a la historia y debería hacerse a un lado. Los logros revolucionarios en educación y atención médica son algo que dan por sentado y no les causa emoción. Generalmente están más preocupados por su propio futuro personal que por el Socialismo. Los cursos universitarios sobre Marxismo y cursos sobre la Revolución Cubana, una vez superados, ahora tienen escasa asistencia, mientras que los estudiantes se amontonan en las clases sobre mercados globales y leyes de propiedad (*Newsday*, 12/4/96).

Con el embargo estadounidense y la pérdida de la ayuda soviética, la promesa de abundancia se desvaneció en Cuba y la

cornucopia del Norte se mostraba cada vez más atractiva. Muchos jóvenes cubanos idealizan la vida en Estados Unidos y añoran sus estilos y música más actuales. Al igual que los europeos del Este, creen que el Capitalismo les entregará los bienes sin un costo especial. Cuando se les dice que los jóvenes en los Estados Unidos enfrentan serios obstáculos, responden con toda la certeza de la inexperiencia: «Sabemos que mucha gente en los Estados Unidos es pobre y que muchos son ricos. Sin embargo, si trabajas duro te irá bien. Es la tierra de las oportunidades» (*Monthly Review*, 4/96).

Para la segunda o tercera generación, quedan relativamente pocas personas vivas que puedan contrastar favorablemente sus vidas bajo el Socialismo con las grandes penurias e injusticias de los días prerrevolucionarios. Como dice un joven cubano que no tiene memoria de la vida antes de la revolución: «Estamos cansados de las consignas. Eso estuvo bien para nuestros padres, pero la revolución es historia» (*San Francisco Chronicle*, 25/8/95).

En una sociedad con expectativas que crecían rápidamente, y a veces eran poco realistas, aquellos a los que no les iba bien, que no podían encontrar un empleo acorde con su formación o que estaban atrapados en un trabajo pesado, estaban especialmente inclinados a querer un cambio. Incluso en la mejor de las sociedades, gran parte del trabajo tiene un valor instrumental pero no una gratificación inherente. Cuanto antes se complete una tarea tediosa, antes habrá otra por hacer, entonces, ¿por qué flagelarte? Si «construir la Revolución» y «dar la lucha en la producción» significa realizar tareas esenciales pero rutinarias para el resto de tu vida, es comprensible que la revolución pierda su brillo. A menudo no hay suficiente trabajo interesante y creativo para todos los que se consideran personas interesantes y creativas.

Con el tiempo, la revolución sufre la rutinización del carisma. La gente común no puede sostener en la vida cotidiana un nivel de intensa dedicación a ideales abstractos, aunque

hermosos. ¿Por qué luchar por una vida mejor si ahora no se puede lograr? Y si se puede disfrutar ahora, entonces olvídate del sacrificio revolucionario.

La reacción a flor de piel

Durante años escuché sobre las manipulaciones endiabladamente astutas de la propaganda comunista. Más tarde, me sorprendió descubrir que los medios de comunicación en los países comunistas solían ser mediocres y laboriosos. Las naciones capitalistas occidentales están inmersas en una cultura publicitaria, con miles de millones gastados en marketing y manipulación de imágenes. Los países comunistas no tenían nada comparable. Su cobertura mediática generalmente consistía en aburridas visitas de protocolo y pronunciamientos oficiales, junto con informes elogiosos sobre la economía y la sociedad, tan elogiosos que la gente se quejaba de no saber lo que estaba pasando en su propio país. Podían leer sobre abusos de poder, accidentes industriales, protestas de trabajadores y terremotos que ocurrían en todos los países menos en el suyo. E incluso cuando la prensa expuso los abusos internos, por lo general no se llegaron a corregir.

Los informes de los medios a veces estaban tan en conflicto con la experiencia diaria [de las personas] que no se creía a la prensa oficial incluso cuando decía la verdad, como cuando informaba sobre la pobreza y la represión en el mundo capitalista. En todo caso, muchos intelectuales de las naciones comunistas estaban absolutamente ilusionados con el mundo capitalista y no estaban dispuestos a mirar su lado más sórdido. Con una oposición feroz al sistema socialista, su anticomunismo los llevaba a ser aduladores fanáticos de la reacción occidental. Cuanto más rabiosas era las posiciones «*edgys* y reaccionarias», más atractivo tenían para la intelectualidad.

Con fervor casi religioso, los intelectuales sostuvieron que el Occidente capitalista, especialmente Estados Unidos, era un paraíso de libre mercado de superabundancia y oportunidades casi ilimitadas. Tampoco podían creer nada que refutase tal afirmación. Con total certeza, los intelectuales moscovitas⁴¹ bien alimentados y con educación universitaria, sentados en sus modestos pero cómodos apartamentos, les decían a los visitantes estadounidenses: «Los más pobres entre ustedes viven mejor que nosotros».

Un subdirector conservador del *Wall Street Journal*, David Brooks, ofrece este perfil del intelectual moscovita:

Es el maestro del desprecio y siente que vive en un mundo gobernado por imbéciles. Él no tiene inseguridad, ni busca las respuestas correctas. Las respuestas inmediatas son obvias: «Democracia y Capitalismo». Su tarea autoimpuesta es aplastar a los idiotas que se interponen en el camino. (...) No tiene los gestos rococó de nuestros intelectuales, pero valora la franqueza, la rudeza y la arrogancia. (...) [Estos] intelectuales demócratas [aman] a Ronald Reagan, los Marlboro y a los confederados estadounidenses. (*National Review*, 3/2/92).

Tomemos de ejemplo a Andréi Sájarov, un niño mimado de la prensa estadounidense, quien regularmente elogió al Capitalismo corporativo mientras menospreciaba los avances logrados por el pueblo soviético. Criticó al movimiento pacifista estadounidense por su oposición a la guerra de Vietnam y acusó a los soviéticos de ser expansionistas militares y los únicos culpables de la carrera armamentista. Sájarov apoyó todas las intervenciones armadas de los EEUU en el extranjero como una defensa de la democracia y describió a los nuevos sistemas armamentísticos de Estados Unidos, tales como la bomba de

⁴¹ Moscovita: adj. Natural de Moscú, capital de Rusia (N. del Ed.).

neutrones, como algo «principalmente defensivo». Pese a ser descrito por los líderes estadounidenses y los medios de comunicación como un «defensor de los derechos humanos», nunca soltó una palabra en contra de las violaciones de los derechos humanos perpetradas por los regímenes fascistas de los fieles estados clientelares a los Estados Unidos, incluidos el Chile de Pinochet y la Indonesia de Suharto, y dirigió comentarios sarcásticos hacia quienes lo hacían. Atacó con regularidad a todos los occidentales que disentían de la ortodoxia anticomunista y se oponían al intervencionismo estadounidense en el exterior. Al igual que con muchos otros intelectuales de Europa del Este, la militancia disidente de Sájarov no se extendió a aquellas opiniones alineadas a su propia izquierda⁴².

La tolerancia hacia el imperialismo occidental se propagó incluso a los altos mandos del propio gobierno soviético, como se refleja en un comentario hecho en 1989 por un alto funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores soviético, Andrey Kozyrev, quien afirmó que los países del Tercer Mundo «no sufren tanto de Capitalismo, sino de su carencia». Ya fuese intencionalmente o por estupidez, confundió el capital (del que

⁴² Véase Andrei Sakharov, *My Country and the World* (Nueva York: Vintage Books, 1975), especialmente los capítulos 3, 4 y 5. Tuve una experiencia memorable con el destacado periodista I. F. Stone, en Washington por el año 1987. Izzy (como se le llamaba) acababa de dar una charla en el Institute for Policy Studies elogiando a Sájarov como un valiente campeón de la democracia, una descripción que parecía estar muy en deuda con la imagen que los medios estadounidenses tienen de Sájarov. Al encontrarme con Stone en la calle después del evento, le dije que deberíamos distinguir entre el derecho a hablar de Sájarov, que apoyé, y el contenido reaccionario y dominado por la CIA de su discurso, que no estábamos obligados a elogiar. Me detuvo en medio de una oración y gritó: «¡Estoy harto y cansado de la gente que le limpia el trasero a la Unión Soviética!». Luego se alejó pateando. Izzy Stone era normalmente un hombre educado, pero como muchos izquierdistas estadounidenses desechaban la cortesía y el raciocinio cuando afloraba su antisovietismo. En ocasiones posteriores me habló de la manera más amistosa, pero ni una sola vez pensó en disculparse por ese arrebató.

carecen esas naciones) con el Capitalismo (del que tienen más que suficiente). También afirmó que «ninguno de los principales [grupos burgueses] en Estados Unidos está conectado con el militarismo». Pensarlos como imperialistas que saquean países del Tercer Mundo era un «estereotipo» que debía ser descartado (*New York Times*, 7/1/89).

Como método de análisis que se ocupa principalmente del Capitalismo [realmente] existente, el Marxismo tiene relativamente poco que decir sobre el desarrollo de las sociedades socialistas. En los países comunistas, el Marxismo se enseñó como el catecismo. Su crítica del Capitalismo no tenía vitalidad ni significado para quienes vivían en una sociedad no capitalista. En cambio, la mayoría de los intelectuales encontraron entusiasmo en el fruto prohibido de la ideología burguesa occidental. Al mirar hacia Occidente, no estaban interesados en ampliar sus horizontes ideológicos —un objetivo deseable—, sino en reemplazar la visión dominante con una ortodoxia anticomunista de derecha. No buscaban el fin de la ideología sino la sustitución de una ideología por otra. Sin dudarlo, sumaron sus voces al coro cantando las glorias del paraíso del libre mercado.

La *intelligentsia* de derecha, gracias a la potente financiación que recibía de Occidente, produjo publicaciones como *Moscow News* y *Argumenty i Fakti*, que emitieron un mensaje virulentamente procapitalista y proimperialista. Una de esas publicaciones, *Literaturnaya Gazeta* (marzo de 1990), exaltó a Reagan y a Bush, llamándolos «estadistas» y «arquitectos de la paz». Cuestionó la necesidad de un Ministerio de Cultura en la URSS, incluso cuando estaba encabezado por un anticomunista: «No existe tal ministerio en los Estados Unidos y, sin embargo, parece que no hay nada de malo en la cultura estadounidense». ¿Y quién dijo que los rusos no tienen sentido del humor?

Con el declive del poder comunista en Europa del Este, la peor escoria política comenzó a aflorar a la superficie, simpatizantes pronazis y grupos de odio de todo tipo, aunque no

eran los únicos proveedores de intolerancia. En 1990, nada menos que el líder de Solidaridad⁴³, Lech Wałęsa, declaró que «una pandilla de judíos se había apoderado del abrevadero y está empeñada en destruirnos». Más tarde sostuvo que el comentario no se aplicaba a todos los judíos, sino sólo a aquellos «que se cuidaban a sí mismos sin importarles un carajo los demás» (*Nation*, 10/9/90). Al año siguiente, en las elecciones presidenciales postcomunistas de Polonia, varios candidatos (incluido Wałęsa) competían para ver quién realizaba más alusiones antisemitas. En 1996, en una ceremonia nacional, el jefe de Solidaridad, Zygmunt Wrzodak, recurrió a vituperios antisemitas mientras criticaba al anterior régimen comunista (*New York Times*, 9/7/96).

Romantizando al Capitalismo

En 1990, en Washington, el embajador húngaro realizó una conferencia de prensa para anunciar que su país estaba descartando su sistema socialista porque no funcionaba. Cuando le pregunté por qué no funcionó, dijo: «No lo sé». Aquí había alguien que confesaba no entender las deficiencias del proceso socioeconómico de su país, a pesar de que él era uno de los encargados de ese proceso. Los líderes que solo hablan entre ellos pronto pierden el contacto con la realidad.

Los políticos de aquellos estados comunistas mostraban, sorprendentemente, una comprensión no-marxista de los problemas a los que se enfrentaban. Hubo denuncias y advertencias en abundancia, pero poco análisis sistémico de por qué y cómo las cosas habían llegado a tal callejón sin salida. En cambio, había mucha admiración por lo que se consideraba el conocimiento capitalista occidental y poquísima comprensión

⁴³ Solidaridad (Polonia) es una federación sindical polaca de raíces cristianas fundada en 1980 (N. del T.).

del lado más crudo del Capitalismo y cómo este impactaba en el mundo.

En la URSS, la glásnost (el uso del debate crítico para invitar a la innovación y la reforma) abrió los medios soviéticos a la penetración occidental y aceleró el mismo desapego que pretendía rectificar. Los líderes de Polonia y Hungría, y eventualmente la Unión Soviética y otras naciones comunistas europeas, decidieron abrir sus economías a la inversión occidental a fines de la década de 1980. Se pronosticó que la propiedad estatal coexistiría con las cooperativas, los inversores extranjeros y los empresarios nacionales (*Washington Post*, 17/4/89). Lo que en realidad pasó fue que todo el sector público se puso en riesgo y finalmente se vio socavado. Los líderes comunistas tenían incluso menos comprensión del sistema capitalista que del suyo propio.

La mayoría de las personas que vivían bajo el Socialismo tenían poca comprensión de cómo funcionaba el Capitalismo en la práctica. Los trabajadores entrevistados en Polonia creían que si su fábrica era cerrada en la transición al libre mercado, «el Estado los reubicaría en otro trabajo» (*New Yorker*, 13/11/89). Pensaron que tendrían ambas cosas. En la Unión Soviética, muchos de los que abogaban por la privatización también esperaban que el Gobierno continuara brindándoles beneficios y subsidios sociales. Un agricultor escéptico dio en el blanco: «Algunas personas quieren ser capitalistas, pero esperan que el Socialismo les siga beneficiando» (*Guardian*, 23/10/91).

En ocasiones la realidad cae como un baldazo de agua helada. En 1990, durante el período de la glásnost, cuando el gobierno soviético anunció que el precio del papel periódico se incrementaría en un 300% para que se igualara a su costo real, los nuevos medios de comunicación procapitalistas se quejaron amargamente. Estaban molestos porque el Socialismo estatal ya no subvencionaría su crítica despiadada al Socialismo estatal. Ahora estaban sujetos a las mismas realidades de libre mercado

que añoraban con tanto entusiasmo para todos los demás, y no les gustaba.

No todos idealizaron al Capitalismo. Muchos de los emigrantes soviéticos y de Europa del Este que habían salido a los Estados Unidos durante las décadas de 1970 y 1980 resaltaban los deficientes servicios sociales, el crimen, las duras condiciones de trabajo, la falta de espíritu comunitario, las vulgares campañas electorales, los pésimos estándares educativos y la sorprendente ignorancia que tenían los estadounidenses en materia histórica.

Descubrieron que ya no podían dejar sus trabajos durante el día para ir de compras, que sus empleadores no les proporcionaban un médico de la empresa cuando se enfermaban en el trabajo, que estaban sujetos a severas reprimendas cuando llegaban tarde, que no podían caminar por las calles y parques a altas horas de la noche sin temor, que no podrían pagar los servicios médicos para su familia o la matrícula universitaria de sus hijos, y que no tenían garantizado un trabajo y podrían quedar desempleados en cualquier momento.

Entre los que nunca emigraron había algunos que no se hacían ilusiones sobre el Capitalismo. De hecho, numerosos trabajadores, campesinos y ancianos temían los cambios que se avecinaban y no se tragaban del todo la mitología del libre mercado. Una encuesta de 1989 en Checoslovaquia encontró que el 47% quería que su economía permaneciera controlada por el Estado, mientras que el 43% quería una economía mixta, y sólo el 3% dijo que estaba a favor del Capitalismo (*New York Times*, 1/12/89). En mayo de 1991, una encuesta realizada a rusos por parte de una organización de encuestas de EEUU encontró que el 54% prefirió alguna forma de Socialismo y solo el 20% quería una economía de libre mercado como la de Estados Unidos o Alemania. Otro 27% eligió «un Capitalismo diferente, parecido al de Suecia» (*Monthly Review*, 12/94).

Aun así, mucha gente, especialmente sectores de intelectuales y jóvenes –los dos grupos que creen saberlo todo– optaron por el paraíso del libre mercado, sin la menor consideración de los costos sociales que esto acarrearía. La realidad no es importante frente a las fantasías imaginarias. Frente al brillo de la ilusoria cornucopia occidental, la rutina, la escasez y las experiencias a menudo exasperantes de las sociedades comunistas no tuvieron oportunidad.

Parecería que el Comunismo creó una dinámica dialéctica que se socavó a sí misma. Tomó países semifeudales, devastados y subdesarrollados, y los industrializó con éxito, brindando una vida mejor para la mayoría. Pero este mismo proceso de modernización y mejora también creó expectativas que no pudieron cumplirse. Muchos esperaban mantener todas las seguridades del Socialismo, revestidas de consumismo capitalista. Como veremos en capítulos posteriores, se encontraron con algunas sorpresas dolorosas.

Una de las razones por las que el Socialismo de asedio no pudo hacer la transición al Socialismo de consumo es que el asedio nunca frenó. Como se señaló en el capítulo anterior, las deficiencias internas dentro de los sistemas comunistas se vieron exacerbadas por los implacables ataques externos y las amenazas de las potencias occidentales. Nacidas en un mundo capitalista extremadamente hostil, las naciones comunistas sufrieron guerras, invasiones y una carrera armamentista que agotó sus capacidades productivas y retrasó su desarrollo. La decisión de los líderes soviéticos de lograr la paridad militar con los Estados Unidos, mientras trabajaban desde una base industrial mucho más pequeña, ejerció una gran presión sobre toda la economía soviética.

El mismo Socialismo de asedio que permitió que la URSS sobreviviera dificultó que prosperara. La perestroika (la

reestructuración de las prácticas socioeconómicas para mejorar el desempeño) tenía como objetivo abrir y revitalizar la producción. En cambio, condujo al desmoronamiento de todo el tejido estatal socialista. Así, los medios pluralistas que iban a reemplazar a los medios monopolistas comunistas finalmente se convirtieron en un monopolio ideológico procapitalista. Lo mismo sucedió con otras instituciones socialistas. La intención era usar una inyección de Capitalismo para reforzar al Socialismo; la realidad era que el Socialismo se utilizó para subsidiar y construir un implacable Capitalismo.

Bajo las duras presiones ejercidas a lo largo de su historia por las poderosas fuerzas financieras, económicas y militares del Capitalismo global, el Socialismo estatal soportó una existencia perpetuamente tenue, solo para ser barrida cuando se abrieron las compuertas hacia Occidente.

CAPÍTULO V

LOS DEDOS DE STALIN

Entre 1989 y 1991, se produjeron notables transformaciones en Europa del Este y la Unión Soviética. Los gobiernos comunistas fueron derrocados, grandes porciones de sus economías de propiedad pública fueron desmanteladas y entregadas a propietarios privados a precios de remate. Y el gobierno de un solo partido fue reemplazado por sistemas parlamentarios multipartidistas. Para los líderes occidentales, que habían buscado incansablemente la reversión del Comunismo, fue un sueño hecho realidad.

Si el derrocamiento del Comunismo fue una victoria para la Democracia, como algunos dijeron, lo fue aún más para el Capitalismo de libre mercado y el anticomunismo conservador. Parte del crédito debería ir a la CIA y otras agencias de la Guerra Fría, como el Fondo Nacional para la Democracia, la AFL-CIO, la Fundación Ford, el Fondo de los Hermanos Rockefeller, Pew Charitable Trusts y varios grupos de derecha que financiaron organizaciones, medios de comunicación y políticos anticomunistas y libertarios en toda Europa del Este y la Unión Soviética, en lo que rápidamente se convirtió en la cadena de «revoluciones» mejor financiada de la historia.

Los levantamientos enfrentaron muy poca violencia. Como se jactó Lech Wałęsa en noviembre de 1989, Solidaridad derrocó al gobierno comunista sin romper una sola ventana. Esto nos dice mucho sobre el gobierno que fue derrocado y sobre los rebeldes. En lugar de actuar como lo harían los gobernantes apoyados por Estados Unidos en El Salvador, Colombia, Zaire o Indonesia, con terrorismo de Estado, escuadrones de la muerte y represión masiva, los comunistas renunciaron al poder casi sin disparar un tiro. Aquella transición relativamente pacífica no se ajusta al

estereotipo de totalitarios sin escrúpulos que no se detienen ante nada para mantener el poder sobre las poblaciones cautivas. ¿Por qué los despiadados rojos no actuaron más despiadadamente?⁴⁴

¿Cuántas víctimas?

Hemos oído hablar mucho de los despiadados rojos, comenzando con el reinado del terror y la represión perpetrados durante la dictadura de Joseph Stalin (1929-1953). Las estimaciones de cuántos perecieron bajo el gobierno de Stalin – basadas principalmente en las especulaciones de ciertos escritores que nunca revelan cómo llegaron a tales cifras – varían enormemente. Por ejemplo, Roy Medvedev sitúa las víctimas de Stalin entre 5 y 7 millones; Robert Conquest se decidió por 7 u 8 millones; Olga Shatunovskaia dice que 19,8 millones sólo en el período comprendido entre 1935 y 1940; Stephen Cohen dice que 9 millones en 1939, con 3 millones de ejecutados o muertos por malos tratos durante el período 1936-1939; y Arthur Koestler nos dice que fueron de 20 a 25 millones. Más recientemente, William Rusher, del Instituto Claremont, habla de los «100 millones de muertos asesinados arbitrariamente por dictadores comunistas desde la revolución bolchevique en 1917» (*Oakland Tribune*, 22/1/96), y Richard Lourie culpa a Stalin por «la muerte millones» (*New York Times*, 4/8/96).

Nos invitan a que pensemos que la suma total de personas encarceladas en los campos de trabajo en un período de veintidós años (teniendo en cuenta los altibajos que serían resultado de la

⁴⁴ A mediados de la década de 1980, la policía de la Polonia comunista disparó contra cuarenta y cuatro manifestantes en Gdansk y otras ciudades. En 1996, diez exoficiales de la policía y del ejército fueron juzgados por estos homicidios. En Rumania, según los informes, hubo decenas de muertos en los disturbios que precedieron al derrocamiento de Nicolae Ceaușescu, después de lo cual Ceaușescu y su esposa fueron ejecutados sin juicio. Los asesinatos en Polonia y Rumania son la suma total de muertes, que yo sepa.

muerte y la culminación de las condenas) habría aglomerado una porción significativa de la población soviética, sin presentar prácticamente ninguna documentación/prueba. El abastecimiento y supervisión de los gulags (todos los campos de trabajo, colonias y prisiones del sistema soviético) habría sido el proyecto más grande de la URSS.

En ausencia de pruebas fiables, nos alimentan de anécdotas, como la historia que cuenta Winston Churchill sobre la vez que le preguntó a Stalin cuántas personas murieron en la hambruna. Según Churchill, el líder soviético respondió levantando ambas manos, un gesto que puede haber significado una falta de voluntad para abordar el tema. Pero dado que Stalin tenía cinco dedos en cada mano, Churchill concluyó –sin la delicadeza realizar una pregunta aclaratoria– que Stalin estaba contando diez millones de víctimas. ¿El jefe de un Estado (especialmente Stalin, con lo reservado que era) admitiría tal cosa al jefe de otro? Hasta el día de hoy los escritores occidentales tratan a esta anécdota confusa como si se tratase de una confesión férrea de las enormes atrocidades [de las cuales se acusa a Stalin]⁴⁵.

Lo que sí sabemos de las purgas de Stalin es que muchas víctimas eran funcionarios del Partido Comunista, gerentes, oficiales militares y otras personas estratégicas a quienes el dictador consideró oportuno encarcelar o liquidar. Además, se seleccionó para la deportación interna a categorías enteras de personas a las que Stalin consideraba de lealtad poco fiable (cosacos, tártaros de Crimea y alemanes étnicos). Aunque nunca

⁴⁵ Stalin «le confirmó a Winston Churchill que fueron 10 millones»: Stephen Cohen, *Bukharin and the Bolshevik Revolution* (Nueva York: A.A. Knopf, 1973), pág. 463. Sin duda, las hambrunas que ocurrieron durante los años de la invasión occidental, la intervención contrarrevolucionaria, la guerra civil y la resistencia de los terratenientes a la colectivización se cobraron muchas víctimas.

vieron el interior de una prisión o campo de trabajo, fueron sujetos a reasentamiento sin custodia en Asia Central y Siberia.

Sin duda, en los países comunistas se cometieron crímenes de Estado y muchos presos políticos fueron injustamente internados e incluso ejecutados. Pero las cifras infladas que ofrecen los investigadores de la Guerra Fría simplemente ayudan a reforzar un miedo y un odio instintivos hacia los terribles rojos, y no buscan la veracidad histórica ni la justicia.

En 1993, por primera vez, varios historiadores obtuvieron acceso a los archivos secretos de la policía soviética y pudieron establecer estimaciones bien documentadas de los internos en prisiones y campos de trabajo. Descubrieron que la población total de todo el gulag en enero de 1939, cerca del final de la Gran Purga, era de 2'022.976⁴⁶. Casi durante el mismo período comenzó una purga de los purgadores, incluidos muchos funcionarios de la policía secreta y de inteligencia (NKVD) y miembros del poder judicial y otros comités de investigación, quienes repentinamente fueron considerados responsables de los excesos del terror a pesar de sus declaraciones de fidelidad al régimen⁴⁷.

Los campos de trabajo soviéticos no eran campos de exterminio como los que construyeron los nazis en toda Europa. No hubo exterminio sistemático de reclusos, ni cámaras de gas ni crematorios para disponer de millones de cuerpos. A pesar de las duras condiciones, la gran mayoría de los reclusos del gulag

⁴⁶ A modo de comparación, en 1995, según el Bureau of Justice Statistics, en los Estados Unidos había 1,6 millones de personas en prisión, 3 millones en *probation* y 700.000 en *parole*, dando un total de 5,3 millones en el sistema penitenciario (*San Francisco Chronicle*, 1/7/96). Otros millones han cumplido su condena, pero están conectados al sistema penitenciario de alguna manera.

⁴⁷ J. Arch Getty, Gabor Rittersporn, and Victor Zemskov, "Victims of the Soviet Penal System in the Pre-War Years: A First Approach on the Basis of Archival Evidence," *American Historical Review*, 98 (octubre de 1993) págs. 1017-1049.

sobrevivieron y finalmente regresaron a la sociedad cuando se les concedió la amnistía o cuando terminaron sus condenas. En un año determinado, entre el 20 y el 40 por ciento de los reclusos fueron puestos en libertad, según registros de archivo⁴⁸. Sin importar estos hechos, el corresponsal en Moscú del *New York Times* (31/7/96) continúa describiendo el gulag como «el mayor sistema de campos de exterminio en la historia moderna».

Casi un millón de prisioneros del gulag fueron liberados durante la Segunda Guerra Mundial para servir en el ejército. Los archivos revelan que más de la mitad de todas las muertes por gulag durante el período 1934-1953 ocurrieron durante los años de guerra (1941-1945), principalmente por desnutrición, cuando era toda la población soviética la experimentaba la severa austeridad. Alrededor de 22 millones de ciudadanos soviéticos perecieron en la guerra. En 1944, por ejemplo, la tasa de muertes en los campos de trabajo era de 92 por cada 1000. Para 1953, con la recuperación de la posguerra, las muertes en los campos habían disminuido a 3 por cada 1000⁴⁹.

¿Deberían todos los reclusos del gulag ser considerados víctimas inocentes de la represión roja? Contrariamente a lo que se nos ha hecho creer, los arrestados por delitos políticos («delitos contrarrevolucionarios») sumaban del 12 al 33 por ciento de la población carcelaria, variando de un año a otro. La gran mayoría de los reclusos fueron acusados de delitos no políticos: asesinato, asalto, robo, bandolerismo, contrabando, estafa y otras infracciones punibles en cualquier otra sociedad⁵⁰.

Las ejecuciones totales desde 1921 hasta 1953, un lapso de treinta y tres años, fueron de 799.455. Los investigadores no proporcionaron un desglose de esta cifra. Incluye a los que fueron culpables de delitos capitales no políticos, así como a los que

⁴⁸ Ibid.

⁴⁹ Ibid.

⁵⁰ Ibid.

colaboraron en la invasión capitalista occidental y las subsiguientes atrocidades del Ejército de la Guardia Blanca. También incluye algunos de los colaboradores pronazis durante la Segunda Guerra Mundial, y probablemente prisioneros de las SS alemanas. En cualquier caso, los asesinatos de opositores políticos no fueron de millones o decenas de millones, lo que no quiere decir que el número real fuera intrascendente o justificable.

Los tres historiadores que estudiaron los registros hasta ahora secretos del gulag concluyeron que el número de víctimas fue mucho menor de lo que se suele afirmar en Occidente. Este hallazgo es ridiculizado por el liberal anticomunista Adam Hochschild, quien prefiere repetir la historia de Churchill sobre los dedos de Stalin (*New York Times*, 8/5/96). Como muchos otros, Hochschild no tiene problemas para aceptar especulaciones no documentadas sobre el gulag, pero sí muchas dificultades para aceptar las cifras documentadas extraídas de los archivos de la NKVD.

¿A dónde fueron los gulags?

Algunos escritores anticomunistas rusos, como Solzhenitsyn y Sájarov, y muchos progres anticomunistas estadounidenses, sostienen que el gulag existió hasta los últimos días del Comunismo⁵¹. Si es así, ¿a dónde se fueron? Tras la

⁵¹ El término «gulag» se incorporó al idioma inglés en parte porque se hacían constantes referencias a su supuesta existencia. Un miembro senior de inclinaciones progresistas del Institute for Policy Studies, Robert Borsage, me envió una nota en diciembre de 1982 afirmando enfáticamente que «el gulag existe». Cuando di charlas en los campus universitarios durante la década de 1980 sobre las políticas de gasto interno del presidente Reagan, me encontré repetidamente con miembros de la facultad que, independientemente del tema en discusión, insistieron en que también hablara sobre el gulag que, según decían, todavía encerraba a muchos

muerte de Stalin en 1953, más de la mitad de los reclusos del gulag fueron liberados, según el estudio de los archivos de la NKVD citado anteriormente. Pero si tantos otros quedaron encarcelados, ¿por qué no se han materializado? Cuando los estados comunistas fueron derrocados, ¿dónde estaban las hordas medio hambrientas que salían de los campos de internamiento con sus anécdotas del martirio?

Uno de los últimos campos de trabajo soviéticos, Perm 35, fue visitado en 1989 por congresistas republicanos y nuevamente en 1990 por periodistas franceses (véase *Washington Post*, 28/11/89 y *National Geographic*, 3/90, respectivamente). Ambas partes encontraron solo unas pocas docenas de prisioneros, algunos de los cuales fueron identificados como auténticos espías. Otros eran «refuseniks» a quienes se les había negado el derecho a emigrar. Los presos trabajaban ocho horas al día, seis días a la semana, por 250 rublos (40 dólares) al mes.

¿Qué pasa con el supuesto gran número de presos políticos que se dice que existen en los otros «estados policiales comunistas y totalitarios» de Europa del Este? ¿Por qué no hay evidencia de su liberación masiva en la era postcomunista? ¿Y dónde está la masa de presos políticos en Cuba? Consultado al respecto, el profesor Alberto Prieto, de la Universidad de La Habana, señaló que incluso un reciente informe del Departamento de Estado sobre derechos humanos registraba cientos de personas siendo torturadas, asesinadas o «desaparecidas» en casi todos los países latinoamericanos, pero menciona solo seis presuntos presos políticos en referencia a Cuba (*People's Weekly World*, 26/2/94).

Si hubo atrocidades masivas hasta los últimos días del Comunismo, ¿por qué los regímenes anticomunistas recién instalados no aprovecharon la oportunidad para llevar ante la

millones de víctimas. Mi negativa a hacer una genuflexión ante esa ortodoxia molestó a varios de ellos.

justicia a los antiguos gobernantes comunistas? ¿Por qué no hay juicios públicos al estilo de Nuremberg que documenten las atrocidades generalizadas? ¿Por qué no se detuvo y juzgó a cientos de líderes del partido y funcionarios de seguridad y miles de guardias de campo por los millones que supuestamente exterminaron? Lo mejor que pudieron hacer los alemanes occidentales fue acusar al líder de Alemania Oriental, Erich Honecker, a varios otros funcionarios y a siete guardias fronterizos de disparar a las personas que intentaron escapar por el Muro de Berlín, un cargo grave pero difícilmente relacionado al gulag.

Las autoridades de la República Federal Alemana (RFA), capitalista y occidental, formularon un cargo de «traición» contra las personas que sirvieron como funcionarios, oficiales militares, soldados, jueces, abogados, etc. de la ahora desaparecida República Democrática Alemana (RDA), una nación soberana que una vez tuvo pleno derecho en las Naciones Unidas, y la mayoría de cuyos ciudadanos nunca habían sido súbditos de la RFA. Hasta 1996, se habían llevado a juicio más de trescientos casos de «traición», entre los cuales se hallaba un exjefe de inteligencia de la RDA, un ministro de defensa y seis generales, todos acusados de cumplir con sus deberes legales según la constitución y las leyes de la RDA, en algunos casos luchando contra el Fascismo y el sabotaje de la CIA. Muchos de los acusados fueron finalmente absueltos, pero algunos fueron condenados a prisión. Lo que presenciemos aquí son los juicios de Nuremberg al revés: los rojos son juzgados por sus esfuerzos antifascistas por los fiscales amigables al Fascismo de Alemania Occidental, utilizando una aplicación retroactiva de la ley penal de la RFA para los ciudadanos de la RDA. A principios de 1997, se esperaban varios miles de juicios más⁵².

⁵² El vicepresidente del tribunal supremo de la RDA era un hombre llamado Reinwarth, que los nazis habían puesto en un campo de concentración durante la guerra y que presidía juicios en los que se condenó a varios

En 1995, Miroslav Stephan, exsecretario del Partido Comunista de Praga, fue condenado a dos años y medio por ordenar a la policía checa que utilizara gases lacrimógenos y cañones de agua contra los manifestantes en 1988. ¿Este es el mejor ejemplo de la sanguinaria opresión roja que los restauradores del Capitalismo en Checoslovaquia pudieron encontrar? ¿Una acción que ni siquiera califica como delito en la mayoría de las naciones occidentales?

En 1996 en Polonia, doce policías veteranos de la época de Stalin fueron condenados a prisión por haber golpeado y maltratado a los prisioneros durante la toma del poder comunista después de la Segunda Guerra Mundial (hace más de cincuenta años) (*San Francisco Chronicle*, 9/3/96). Nuevamente, uno podría preguntarse por qué los líderes postcomunistas que buscan llevar a los tiranos comunistas ante la justicia no pudieron encontrar nada más serio para procesar que un caso de agresión policial de hace medio siglo.

La mayoría de los encarcelados en el gulag no eran presos políticos, y lo mismo parece ser cierto para los reclusos en los demás estados comunistas. En 1989, cuando el dramaturgo millonario Vaclav Havel se convirtió en presidente de

agentes de la CIA por sabotaje. Fue condenado en 1996 a tres años y medio. Helene Heymann, que había sido encarcelada durante el régimen de Hitler por sus actividades antinazis, más tarde fue jueza en la RDA, donde presidió juicios contra el sabotaje. Fue llevada a juicio en 1996. Cuando se leyó su condena, el juez señaló que un factor adicional en su contra era que había sido entrenada por un abogado judío que había sido abogado defensor de los comunistas y socialdemócratas. También fueron juzgados los soldados de la RDA que servían como guardias fronterizos. Más de veinte soldados de la RDA fueron asesinados a tiros desde el lado occidental en varios incidentes que no se informaron en la prensa occidental: Klaus Fiske, "Witchhunt Trials of East German Leaders Continue", *People's Weekly World*, 19/10/96. Estos juicios violan directamente el Tratado de Unificación de la RDA y la RDA, que establece que todo enjuiciamiento penal de actos cometidos en la RDA debe realizarse de conformidad con las leyes de la RDA vigentes en ese momento.

Checoslovaquia, otorgó amnistía a aproximadamente dos tercios de la población carcelaria del país, que no se contaba por millones sino por miles. Havel asumió que la mayoría de los encarcelados bajo el Comunismo eran víctimas de la represión política y por lo tanto merecían su liberación. Él y sus asociados quedaron consternados al descubrir que un buen número eran criminales experimentados que no tardaron en reincidir en sus desagradables actividades (*New York Times*, 18/12/91).

Crónicas de un mal desarrollo

En el capítulo dos analicé el papel de la revolución popular en la mejora de las condiciones de la humanidad. Ese análisis se aplicaría también a las revoluciones comunistas y vale la pena reiterarlo en el presente contexto. Escuchamos mucho sobre los crímenes del Comunismo, pero casi nada sobre sus logros. Los gobiernos comunistas heredaron sociedades cargadas con un antiguo legado de explotación económica y subdesarrollo. Gran parte de la Europa del Este precomunista, al igual que la Rusia y la China prerrevolucionarias, era en efecto una región del Tercer Mundo con una pobreza generalizada y una formación de capital casi inexistente. La mayor parte del transporte rural todavía se realizaba a caballo y en carreta.

La devastación de la Segunda Guerra Mundial empeoró la miseria en la región, reduciendo a escombros cientos de pueblos y muchas ciudades. Fueron los comunistas y sus aliados quienes reconstruyeron estas sociedades. Aunque fueron denunciados en la prensa estadounidense por dejar sus economías en mal estado, de hecho, los rojos dejaron la economía de Europa del Este en mucho mejores condiciones de las que la encontraron.

Lo mismo ocurrió con China. Henry Rosemont Jr. señala que cuando los comunistas liberaron a Shanghái del régimen reaccionario del Kuomintang apoyado por Estados Unidos en

1949, alrededor del 20% de la población de esa ciudad, aproximadamente 1,2 millones de personas, eran drogadictos. Cada mañana había cuadrillas especiales en las calles «cuya única tarea era recoger los cadáveres de los niños, adultos y ancianos que habían sido asesinados durante la noche, o habían sido abandonados y muertos por enfermedades, frío y/o hambre» (*Z Magazine*, octubre de 1995).

Durante los años del mandato de Stalin, la nación soviética logró avances dramáticos en alfabetización, salarios industriales, atención médica y derechos de las mujeres. Estos logros generalmente no se mencionan cuando se habla de la era estalinista. Decir que «el Socialismo no funciona» es pasar por alto el hecho de que efectivamente funcionó. En Europa del Este, Rusia, China, Mongolia, Corea del Norte y Cuba, el Comunismo revolucionario mejoró enormemente el estilo de vida del pueblo en contraste con la miserable existencia que habían soportado bajo señores feudales, jefes militares, colonizadores extranjeros y capitalistas occidentales. El resultado final fue una mejora dramática en las condiciones de vida de cientos de millones de personas en una escala nunca antes vista en la historia.

El Socialismo estatal transformó países desesperadamente pobres en sociedades modernizadas en las que todos tenían suficiente comida, ropa y vivienda; donde los ancianos tenían pensiones aseguradas; y donde todos los niños (y muchos adultos) iban a la escuela y a nadie se le negaba atención médica. Algunos de nosotros, de familias pobres que cargamos con las invisibles heridas de clase, estamos muy impresionados por estos logros y no estamos dispuestos a descartarlos como algo meramente «económico».

Pero, ¿y los derechos democráticos que les fueron negados a estos pueblos? De hecho, a excepción de Checoslovaquia, estos países habían experimentado poca democracia política en los días anteriores al Comunismo. Rusia era una autocracia zarista, Polonia una dictadura derechista con sus propios campos de

concentración, Albania un protectorado fascista italiano desde 1927, Cuba una dictadura patrocinada por Estados Unidos. Lituania, Hungría, Rumania y Bulgaria eran regímenes evidentemente fascistas aliados con la Alemania nazi en la Segunda Guerra Mundial.

Luego estaban los efectos distorsionadores que el incesante cerco capitalista impuso sobre la construcción del Socialismo. A lo largo de toda su historia de setenta y tres años de invasión contrarrevolucionaria, guerra civil, industrialización forzada, purgas y deportaciones estalinistas, conquista nazi, guerra fría y carrera armamentista nuclear, la Unión Soviética no experimentó un solo día de desarrollo pacífico. En el intento de mantener el mismo nivel militar con los Estados Unidos, los soviéticos asumieron costos de defensa aplastantes que agobiaron seriamente su economía civil. Además, enfrentaron boicot monetario, discriminación comercial y embargo tecnológico de Occidente. Las personas que vivieron bajo el Comunismo sufrieron escasez crónica, largas filas, bienes y servicios de mala calidad y muchos otros problemas. Querían una vida mejor, y ¿quién podría culparlos? Sin el cerco capitalista, habrían tenido mejores oportunidades de resolver la mayor parte de sus problemas internos.

Todo esto no es para negar las evidentes deficiencias de los sistemas comunistas. Lo que quiero señalar es que gran parte del crédito por la deformación y la decadencia del Comunismo debe recaer en las fuerzas occidentales que se dedicaron incansablemente a esa tarea, utilizando todos los medios posibles de agresión política, económica, militar y diplomática para lograr una victoria que seguirá costándole caro a la gente del mundo durante mucho tiempo.

CAPÍTULO VI

EL PARAÍSO DE LIBRE MERCADO SE DIRIGE HACIA EL ESTE (PARTE I)

La restauración del Capitalismo en los antiguos países comunistas ha tomado diferentes formas. En Europa del Este y la Unión Soviética implicó el derrocamiento de los gobiernos comunistas. En China, procedió dentro del marco de un sistema comunista, como parece estar sucediendo en Vietnam, y tal vez sucederá eventualmente en Corea del Norte y Cuba. Mientras el gobierno chino continúa bajo un liderazgo nominalmente comunista, el proceso de penetración de capital privado continúa más o menos sin obstáculos.

Reprimiendo a la izquierda

Los anticomunistas que tomaron el poder en Europa del Este y la Unión Soviética entre 1989 y 1991 se propusieron a imponer el dominio burgués sobre la vida política y cultural, purgando a los comunistas del gobierno, los medios de comunicación, las universidades, las profesiones y los tribunales. Si bien se presentaban como reformadores democráticos, pronto se impacientaron con la forma en que las formas democráticas de resistencia popular limitaban sus esfuerzos por instalar un Capitalismo de libre mercado sin restricciones.

En Rusia, colaboradores del presidente Boris Yeltsin hablaron de los «peligros de la democracia» y se quejaron de que «la mayoría de los órganos representativos se han convertido en un obstáculo para nuestras reformas [de mercado]». (*Nation*, 2/12/91 y 4/5/92). Aparentemente, el libre mercado, lo que para los «reformadores» era la base misma de la democracia política, no

pudo ser introducido a través de medios democráticos. En 1992 los presidentes de Polonia, Checoslovaquia y Rusia exigieron que se suspendieran sus parlamentos y se les permitiera gobernar por decreto presidencial, con medidas represivas contra los «extremistas» y los «nostálgicos» que se resistían a las «reformas» de libre mercado. Su objetivo no era regresar el poder al pueblo sino que los privilegiados volviesen a obtener ganancias.

Este proceso de democratización a través de la represión comenzó incluso antes de que tuviese lugar el derrocamiento del Comunismo como tal. En 1991, el presidente soviético Mijaíl Gorbachov, presionado por el presidente ruso Yeltsin, anunció que el Partido Comunista de la URSS ya no tenía estatus legal. Los fondos y los edificios de los miembros del partido fueron confiscados. Se prohibió a los trabajadores participar en cualquier tipo de actividad política en los lugares de trabajo. Se censuraron seis periódicos de izquierda, mientras que todos los demás medios, muchos de ellos abiertamente reaccionarios, disfrutaron de una distribución ininterrumpida. Los medios estadounidenses, e incluso muchos en la izquierda estadounidense, elogiaron estos actos de represión y los vieron como «un avance de las reformas democráticas».

Gorbachov luego exigió que el Congreso Soviético se aboliera. Se había resistido demasiado al cambio. En realidad, el Congreso no se opuso al debate democrático y a las elecciones multipartidistas; estas ya estaban en práctica. A lo que se resistía era a un Capitalismo de libre mercado desenfrenado, y por eso era necesario desecharlo. Gorbachov cortó reiteradamente los micrófonos durante el debate y amenazó con abolir el Congreso por decreto de emergencia. Forzó una votación tres veces hasta conseguir la ansiada abolición. Estos métodos tiránicos fueron reportados en los medios estadounidenses sin ningún comentario crítico.

Lo que sirvió de excusa a Yeltsin y a Gorbachov para ejercer toda esta represión fue un curioso incidente que tuvo lugar en

agosto de 1991, cuando un nervioso grupo de líderes, articulando frases vagas sobre el deterioro de la vida en la Unión Soviética, intentó un extraño «golpe de Estado» en contra del gobierno de Gorbachov, golpe que fue aplacado antes de convertirse en algo mayor. Semanas más tarde, el *Washington Post* (26/09/91) señaló con entusiasmo que la derrota del golpe fue un triunfo para la clase adinerada soviética. Entre los más férreos opositores del golpe se encontraban empresarios privados y miles de miembros de la bolsa de valores rusa, que ganaban por lo general veinte veces el salario promedio del ciudadano soviético. Se dirigieron a «las calles de Moscú para defender su derecho a comerciar. Fracásó el golpe, triunfó la democracia. (...) Los empresarios privados aportaron más de 15 millones de rublos para comprar alimentos y equipos para los defensores». A un corredor le llamó la atención la poca cantidad de trabajadores que respondieron al llamado de Yeltsin para defender la democracia.

A lo mejor existe otra explicación para la audaz respuesta de esta clase inversora al golpe armado. «En realidad no hubo ningún golpe», dice Boris Kagartlitsky, un crítico socialista del Comunismo. Los soldados estaban desarmados y confundidos, los tanques que se solicitó no tenían dirección alguna «y los líderes del llamado golpe no intentaron tomar el poder». El verdadero golpe, dice Kagarlitsky, se produjo después, cuando Boris Yeltsin utilizó el incidente para ir más allá de los límites de sus poderes constitucionales y desmantelar la propia Unión Soviética, haciendo que la República Rusa absorbiese todo. Mientras afirmaba estar deshaciendo el «viejo régimen», Yeltsin derrocó al nuevo gobierno democrático soviético de 1989-1991.

A fines de 1993, al enfrentar una fuerte resistencia popular a sus duras políticas de libre mercado, Yeltsin se pasó de la raya. Disolvió por la fuerza el parlamento ruso y todos los demás órganos representativos electos del país, incluidos los consejos municipales y regionales. Abolió el Tribunal Constitucional de Rusia y lanzó un ataque armado contra el edificio parlamentario,

matando a unos dos mil opositores y manifestantes. Miles más fueron encarcelados sin cargos ni juicio, y cientos de funcionarios electos fueron investigados.

Yeltsin prohibió las actividades políticas de todos los sindicatos, cerró varios periódicos, ejerció un control monopólico sobre todos los medios de difusión e ilegalizó permanentemente quince partidos políticos. Desechó unilateralmente la constitución y presentó al público una nueva que le otorgaba al presidente un poder casi absoluto sobre la política mientras que el parlamento elegido democráticamente prácticamente quedaba de adorno⁵³. Por todos estos crímenes fue aclamado como un defensor de la democracia por parte de líderes y medios estadounidenses. Lo que más les gustó de Yeltsin fue que «nunca vaciló en su apoyo a la privatización» (*San Francisco Chronicle*, 6/7/94)⁵⁴.

Yeltsin, el «demócrata», censuró dos veces la publicación del periódico del Partido Comunista, *Pravda*. Le cobró un alquiler exorbitante por el uso de sus propias instalaciones. Luego, en marzo de 1992, confiscó el edificio de doce pisos del periódico y su imprenta, y entregó todo a *Russiskaye Gazeta*, un periódico del gobierno (pro-Yeltsin).

Las tropas OMÓN de «élite» de Yeltsin reprimieron repetidamente las manifestaciones y piquetes realizados por la izquierda en Moscú y otras ciudades rusas. El diputado parlamentario Andrei Aidzerdzis, independiente, y el diputado

⁵³ Aparentemente, la nueva constitución habría sido aprobada en un referéndum realizado en diciembre de 1993. Sin embargo, una comisión nombrada por el mismo Yeltsin descubrió que sólo el 46% de los votantes había participado, en lugar del 50% requerido para ratificar una constitución (*Los Angeles Times*, 3/6/94). Prácticamente nadie dijo una palabra con respecto a que Yeltsin estuviese gobernando bajo una constitución ilegal.

⁵⁴ Para una descripción más detallada de la represión de Yeltsin y el encubrimiento que recibió en los medios estadounidenses, véase "Yeltsin's Coup and the Media's Alchemy", en Michael Parenti, *Dirty Truths* (San Francisco: City Lights Books, 1996).

Valentin Martemyanov, comunista, quienes se opusieron enérgicamente al gobierno de Yeltsin, fueron víctimas de asesinato político. En 1994, el periodista Dmitri Kholodov, que investigaba la corrupción en los altos cargos, también fue asesinado.

En 1996 Yeltsin ganó la reelección como presidente, superando por poco a su rival comunista. Su campaña recibió asesoría de equipos de asesores electorales de EEUU, quienes utilizaron sofisticadas técnicas de sondeo y grupos focales⁵⁵. Yeltsin también se benefició de donaciones multimillonarias de fuentes estadounidenses y un paquete de ayuda de 10 mil millones de dólares del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. Otro factor importante para su victoria fue el fraude electoral resultante del conteo fraudulento de las papeletas (algo que fue reportado de forma superficial en las noticias de la noche de ABC en julio de 1996).

Yeltsin ejercía un control monopólico sobre las cadenas de televisión de Rusia y disfrutaba de una cobertura de campaña que lo tenía al aire constantemente. Por otro lado, se invisibilizó a los candidatos de oposición, a los cuales se dio una cobertura fugaz,

⁵⁵ Estos asesores políticos estadounidenses operaron en estricto secreto para evitar que la gente pensara que interferían en los asuntos internos de Rusia —lo que de hecho hicieron. Aconsejaron a Yeltsin que no hiciera discursos extensos y le instaron, en cambio, a pronunciar pequeños eslóganes y a que se tomase fotografías. Identificaron problemas e imágenes que podría explotar y que debería evitar. El politólogo Larry Sabato, quien durante mucho tiempo se opuso a la participación de consultores estadounidenses en elecciones extranjeras, puntualizó que se puede despojar a los estadounidenses de su ciudadanía por votar en elecciones extranjeras. «¿Por qué, entonces, debería ser aceptable influir en la votación de millones de personas en el extranjero?». Además, indicó que ningún extranjero puede contribuir con dinero a los candidatos estadounidenses, o ser parte de su equipo de asesores de campaña. Pero los líderes estadounidenses pueden enviar grandes sumas de dinero y equipos secretos de asesores para manipular e influir en las elecciones extranjeras. Esto es solo otro ejemplo del doble rasero bajo el cual opera la política estadounidense.

si es que acaso recibieron alguna. La reelección de Yeltsin fue aclamada en Occidente como una victoria para la Democracia; en realidad, fue una victoria para el capital privado y los medios monopólicos, lo que no es sinónimo de democracia, aunque a menudo sea tratado como tal por los políticos y líderes de opinión estadounidenses.

Yeltsin estaba comprometido con el Capitalismo, no con la Democracia. En marzo de 1996, varios meses antes de las elecciones, cuando las encuestas señalaron que se encontraba prácticamente empatado al candidato comunista Gennadi Zyuganov, Yeltsin redactó decretos que harían posible «cancelar las elecciones, cerrar el parlamento y prohibir al Partido Comunista» (*New York Times*, 7 /2/96). Pero fue disuadido por sus asesores, que temían que las medidas incitaran demasiada resistencia. Aunque decidió no cancelar las elecciones, «Yeltsin estaba decidido a no entregar jamás el gobierno a un comunista si es que llegase a perder» (*San Francisco Chronicle*, 26/7/96).

Durante su campaña de 1996, Yeltsin y sus asociados anunciaron repetidamente que una victoria comunista resultaría en una «guerra civil». En efecto, estaban expresando su voluntad de desechar la Democracia y recurrir a la fuerza y la violencia si las elecciones no salían como esperaban. Sus amenazas fueron tomadas bastante en serio. Las encuestas mostraron que «alrededor de la mitad de la población creía que se produciría una guerra civil si ganaban los comunistas» (*Sacramento Bee*, 9/7/96).

(...) Yeltsin recibió un potente apoyo de la Casa Blanca y los medios estadounidenses. Un editor de *The Nation* (17/6/96) preguntaba: ¿Qué pasaría si un presidente comunista elegido popularmente en Rusia hubiera seguido las duras políticas de privatización de Yeltsin, hundiendo a su país en la pobreza, entregando la mayoría de sus activos más importantes a un pequeño segmento de antiguos funcionarios comunistas, reprimiendo a los disidentes, utilizando tanques para disolver un parlamento, elegido por el pueblo, que se oponía a sus políticas,

reescribiendo la constitución para otorgarse un poder casi dictatorial y haciendo todas las demás cosas que ha hecho Yeltsin? ¿Los políticos estadounidenses estarían entusiasmados por la reelección de este «comunista», y guardarían silencio sobre todas sus transgresiones?

Se trata de una pregunta retórica; el editor de *The Nation* supone que la respuesta es no. Yo, por otro lado, respondería: Sí, por supuesto. Los líderes estadounidenses no tendrían problemas para apoyar a este presidente «comunista», ya que sería comunista solo de nombre. En realidad se trataría de un devoto agente de la restauración capitalista. Basta con mirar cómo las sucesivas administraciones en Washington han cultivado relaciones amistosas con los actuales líderes comunistas en China, pasando por alto e incluso justificando sus crímenes. A medida que los líderes de China abren su país a la inversión privada y a la creciente desigualdad económica, ofrecen una fuerza laboral desposeída lista para trabajar horas de dos dígitos por un salario de subsistencia, lo cual brindaría sustanciosas ganancias a las multinacionales. Los líderes político-económicos de EEUU saben lo que están haciendo, incluso si algunos editores en este país no lo saben. Su mirada está en el dinero, no en el color del maletín en que se entrega.

Desde la caída del Comunismo, en varios países de Europa del Este las fuerzas derechistas de libre mercado disfrutaron de una importante ayuda financiera y organizativa brindada por agencias estadounidenses, como National Endowment for Democracy, el Free Trade Union Institute de la AFL-CIO (un grupo íntimamente ligado a la CIA), y la Free Congress Foundation, organización de ideología religiosa anticomunista y conservadora⁵⁶.

⁵⁶ A lo mejor el lector tendría interés en consultar los últimos trabajos de Sean Gervasi, dos estudios a profundidad de la desestabilización orquestada por Occidente a la Unión Soviética: *CovertAction Quarterly*, otoño de 1990 e invierno de 1991-1992.

Los comunistas y los marxistas tuvieron que soportar la represión política en toda Europa del Este. En Alemania Oriental se embargó las propiedades y oficinas del Partido del Socialismo Democrático (las cuales estaban financiadas por los propios miembros del partido) en un intento por llevarla a la bancarrota. En Letonia el activista comunista Alfrēds Rubiks, que protestó en contra de las injusticias de la «reforma» de libre mercado, lleva años en prisión sin derecho a juicio⁵⁷. En Lituania, los líderes comunistas fueron torturados y luego encarcelados por largos periodos de tiempo. El presidente anticomunista de Georgia, Zviad Gamsakhurdia, encarceló a opositores de unos setenta grupos políticos sin derecho a juicio (*San Francisco Chronicle*, 17/4/91).

Estonia celebró «elecciones libres» en las que se prohibió votar al 42% de la población debido a sus raíces rusas, ucranianas o bielorrusas. Los rusos y otras minorías fueron excluidos de muchos trabajos y enfrentaron discriminación en la vivienda y la educación. Letonia también privó de sus derechos a los rusos y otros ciudadanos no letones, muchos de los cuales habían vivido en el país durante casi medio siglo. Qué curioso es el florecimiento de la Democracia⁵⁸.

⁵⁷ Rubiks fue puesto en libertad por buen comportamiento en noviembre de 1997 (N. del Ed.).

⁵⁸ Aquí nos enfocamos principalmente en los antiguos países comunistas de Europa del Este y Rusia, pero se han llevado a cabo represiones similares y más sangrientas contra los revolucionarios de izquierda depuestos en Afganistán y Yemen del Sur. En 1995, en Etiopía, tres mil exmiembros del gobierno socialista de Mengitsu Haile Mariam fueron juzgados por ejecutar al emperador Haile Selassie, el déspota feudal que alguna vez gobernó ese país.

Democracia unidireccional

Más importante que el gobierno democrático fue la «reforma» de libre mercado, un eufemismo para la restauración del Capitalismo. La democracia fue el estandarte de las fuerzas de la reacción en tanto pudiese utilizarse para desestabilizar al gobierno comunista unipartidista. Pero cuando la democracia obstaculizó la restauración del libre mercado se la dejó a un lado.

En 1990, en Bulgaria, la restauración capitalista no salió según lo planeado. A pesar de la generosa asistencia financiera y organizativa de fuentes estadounidenses, incluida la Free Congress Foundation, los conservadores búlgaros terminaron en segundo lugar, por detrás de los comunistas, en lo que los observadores de Europa occidental consideraron una elección justa y abierta. Lo que siguió fue una serie coordinada de huelgas, manifestaciones, presión económica, actos de sabotaje y otros disturbios que recuerdan las campañas orquestadas por la CIA contra los gobiernos de izquierda en Chile, Jamaica, Nicaragua y la Guayana Británica. En cinco meses los opositores obligaron al gobierno comunista elegido democráticamente a dimitir. Los comunistas búlgaros «se quejaron de que Estados Unidos había violado los principios democráticos al trabajar contra funcionarios elegidos libremente»⁵⁹.

El mismo patrón tuvo lugar en Albania, donde el gobierno comunista elegido democráticamente obtuvo una abrumadora victoria en las urnas, solo para enfrentar manifestaciones, una huelga general, presión económica del exterior y campañas de disrupción financiadas por National Endowment for Democracy y otras organizaciones estadounidenses. Después de dos meses el gobierno comunista se derrumbó. Una vez que la derecha tomó

⁵⁹ Para informarse más sobre Bulgaria, véase el reporte de William Blum en *CovertAction Quarterly*, invierno de 1994-1995.

el poder, se aprobó una nueva ley que negaba a los comunistas albaneses y otros opositores a la restauración capitalista el derecho a votar o participar en actividades políticas. Como recompensa por haber extendido los derechos democráticos a todos los ciudadanos, los comunistas albaneses y todos los exempleados estatales y jueces fueron despojados de sus derechos civiles.

En las elecciones albanesas de 1996, los socialistas y otros partidos de la oposición —a los que según algunos pronósticos les iría bien— se retiraron de las elecciones horas antes de que cerraran las urnas en protesta por el «descarado fraude» electoral. Los veedores electorales de la Unión Europea y Estados Unidos dijeron que presenciaron numerosos casos de intimidación policial y el relleno de urnas. Al Partido Socialista se le prohibió su último mitin de campaña y se prohibió que varios líderes destacados se postularan para cargos públicos debido a sus pasadas afiliaciones comunistas (*New York Times*, 28/5/96). Cuando los socialistas y sus aliados intentaron realizar manifestaciones, fueron atacados por las fuerzas de seguridad albanesas que golpearon e hirieron gravemente a decenas de manifestantes (*People's Weekly World*, 11/5/96 y 1/6/96).

Surgieron grupos abiertamente antisemitas, partidos criptofascistas y campañas de odio en Rusia, Polonia, Hungría, Ucrania, Bielorrusia, Checoslovaquia y Rumania. Se cerraron los museos que conmemoraban la heroica resistencia antifascista y se desmantelaron los monumentos a la lucha contra el nazismo. En países como Lituania se dio amnistía a los excriminales de guerra nazis, algunos incluso fueron indemnizados por los años que habían pasado en la cárcel. Los cementerios judíos fueron profanados y aumentaron los ataques xenófobos contra los extranjeros. Una vez desaparecieron los comunistas, se culpó a judíos y extranjeros por los bajos precios de las cosechas, la inflación, el crimen y otros males sociales.

El 11 de junio de 1995, el párroco personal de Lech Wałęsa, el padre Henryk Jankowski, declaró durante una misa en Varsovia que la «Estrella de David era la culpable tanto de la esvástica como de la hoz y el martillo» y que la «agresividad diabólica de los judíos fue responsable del surgimiento del Comunismo» y de la Segunda Guerra Mundial. El sacerdote agregó que los polacos no deberían tolerar gobiernos formados por personas relacionadas financieramente con los judíos. Wałęsa, quien estuvo presente durante el sermón, declaró que su amigo Jankowski no era antisemita sino simplemente «se lo había malinterpretado». En lugar de retractarse de sus comentarios, Jankowski arrojó la misma bilis en una entrevista posterior en la televisión. Casi por esas fechas se pudieron ver carteles que decían «¡Lleven a los judíos a las cámaras de gas!» y «¡Abajo la conspiración judío-comunista!» en una manifestación de Solidaridad que aglutinó a 10.000 personas en Varsovia. Ni la iglesia ni el Estado se pronunciaron al respecto (*Nation*, 8/7/95).

Las políticas económicas del régimen fascista de Pinochet en Chile fueron admiradas abiertamente por el gobierno capitalista recién instalado en Hungría. En 1991 asistieron a un seminario sobre economía chilena en Santiago destacados políticos y economistas de la —próximamente abolida— URSS, y disfrutaron de un cordial encuentro con el General Pinochet. El dictador chileno también recibió una amistosa entrevista en *Literaturnaya Gazeta*, un importante periódico ruso. El exjefe de seguridad de Yeltsin, Aleksandr Lebed, es un admirador de Pinochet.

En lugar de transformarse en estados capitalistas, algunas naciones comunistas fueron completamente destruidas. Además de la Unión Soviética está la República Democrática Alemana, o Alemania Oriental, que fue absorbida por la República Federal de Alemania; Yemen del Sur, que fue atacada y aplastada por Yemen del Norte; Etiopía, fue ocupada por fuerzas de Tigre y Eritrea que encarcelaron a un gran número de etíopes sin derecho juicio,

expropiaron sus bienes, suprimieron su educación, negocios, y medios de comunicación, e impusieron una «aplicación sistemática del tribalismo en la organización política y la educación» (Tilahun Yilma, correspondencia, *New York Times*, 24/4/96).

Una aplicación sistemática del tribalismo en la organización política bien podría describir el destino de Yugoslavia, una nación que fue fragmentada por la fuerza de las armas en una serie de pequeñas repúblicas conservadoras bajo el manto de las potencias occidentales. Con ese desmembramiento vino una serie de guerras, represiones y atrocidades cometidas por todos los contendientes.

Una de las primeras repúblicas que se separó de Yugoslavia fue Croacia, que en 1990 fue tomada por un grupo derechista, entre los que se encontraban algunos antiguos colaboradores nazis, respaldados por el poderío armado de la Guardia Nacional Croata, un grupo protofascista, bajo una constitución que convertía a serbios, judíos, gitanos y musulmanes en ciudadanos de segunda clase. Los serbios fueron expulsados del servicio civil y la policía, desalojados de sus hogares, les quitaron sus negocios y fueron sujetos a impuestos especiales sobre la propiedad. Se censuraron los periódicos serbios en Croacia. Muchos serbios fueron expulsados de la tierra que habían habitado durante tres siglos. Aun así, desde occidente se celebraba el nacimiento de una nueva democracia.

En 1996 el presidente de Bielorrusia, Aleksandr Lukashenko, un autoproclamado admirador de las habilidades organizativas de Adolfo Hitler, cerró los periódicos y estaciones de radio independientes y decretó la extinción del parlamento de la oposición. Lukashenko obtuvo el poder absoluto en un referéndum bastante dudoso en el que supuestamente se inflaron los resultados, sin que nadie tuviese certeza de cuántas papeletas se imprimieron ni de qué manera se contaron. Algunos líderes de la oposición huyeron para salvar sus vidas. Bielorrusia, «que

alguna vez fue una rica república soviética donde se producían tractores y televisores, ahora es un caso perdido», donde un tercio de la población vive «en pobreza extrema» (*San Francisco Bay Guardian*, 12/4/96).

¿Deberíamos rendir honores a Václav Havel?

Entre los restauradores del Capitalismo en el Este ninguno ha recibido más elogios de los funcionarios estadounidenses, los comunicólogos y los académicos que Václav Havel, un dramaturgo que se convirtió en el primer presidente de la Checoslovaquia postcomunista y luego en el presidente de República Checa. Todas las personas de tendencia izquierdista que también admiran a Havel parecen haber pasado por alto algunas cosas sobre él: su oscurantismo religioso reaccionario, la represión antidemocrática de los opositores de izquierda y su profunda dedicación a la desigualdad económica y al Capitalismo de libre mercado sin restricciones.

Havel, hijo de una familia adinerada y fervientemente anticomunista, criado por institutrices y choferes, se opuso al «culto a la objetividad y al promedio estadístico» de la Democracia y a la idea de que los esfuerzos sociales racionales y colectivos deben aplicarse para resolver la crisis ambiental. Hizo un llamado a una nueva generación de líderes políticos que confiaran menos en el «pensamiento racional y cognitivo» y mostraran «humildad frente al misterioso orden del Ser», y a que «confiasen en su propia subjetividad como su vínculo principal con la subjetividad del mundo». Aparentemente esta nueva camada de líderes estaría compuesta por superiores pensadores elitistas, no muy diferentes del «rey filósofo» de Platón, que estarían dotados de «un sentido de responsabilidad

trascendental» y «sabiduría arquetípica»⁶⁰. Havel nunca explicó cómo esta sabiduría arquetípica trascendente se traduciría en decisiones políticas reales, en beneficio de quién y a expensas de quién.

Havel pidió que la gente perseverara en la preservación de la familia cristiana en la nación cristiana. Pese a que vendía la imagen de hombre de paz, y de haber afirmado que nunca vendería armas a regímenes opresores, vendió armas a Filipinas y al régimen fascista de Tailandia. En junio de 1994 se informó que el general Pinochet, el hombre que masacró la democracia chilena, estaba comprando armas en Checoslovaquia –sin que Havel dijese una palabra al respecto.

Havel se unió con decisión a la Guerra del Golfo llevada a cabo por George Bush, una empresa que mató a más de 100.000 civiles iraquíes. En 1991, junto con otros líderes procapitalistas de Europa del Este, Havel votó junto a Estados Unidos para condenar las violaciones de los derechos humanos en Cuba. Pero nunca pronunció una palabra de condena de las violaciones de derechos en El Salvador, Colombia, Indonesia o cualquier otro estado clientelar a Estados Unidos.

En 1992 el presidente de Checoslovaquia, el gran demócrata Václav Havel, exigió que se suspendiera el parlamento y se le permitiera gobernar por decreto, para impulsar mejor las «reformas» de libre mercado. Ese mismo año, firmó una ley que convertía a la apología del Comunismo en un grave delito con una pena de hasta ocho años de prisión. Afirmó que la constitución checa le exigía que la firmara. De hecho, como él sabía, la ley violaba la Carta de Derechos Humanos que estaba incorporada en la Constitución checoslovaca. En cualquier caso, no requería su firma para convertirse en ley. En 1995, apoyó y

⁶⁰ Véase la ridícula entrada escrita por Havel para el *New York Times* (3/1/92); causó silencioso estupor entre sus admiradores estadounidenses.

firmó otra ley antidemocrática que prohibía a los comunistas y excomunistas trabajar en entidades públicas.

La propagación del anticomunismo sigue siendo una de las principales prioridades de Havel. Dirigió «una frenética campaña internacional» (*San Francisco Chronicle*, 17/2/95) para mantener en funcionamiento dos estaciones de radio que Estados Unidos había financiado durante la Guerra Fría, Radio Free Europe y Radio Liberty, para que pudieran continuar saturando Europa del Este con su propaganda anticomunista.

Bajo el gobierno de Havel se aprobó una ley que tipificaba como delito propagar el odio nacional, religioso y de clase. En efecto, las críticas a los intereses de la gran burguesía ahora eran ilegales y se agrupaban injustificadamente con la intolerancia étnica y religiosa. El gobierno de Havel advirtió a los sindicatos que no se involucraran en política. A algunos sindicatos militantes se les confiscaron sus bienes para luego entregarlos a sindicatos amarillos.

En 1995 Havel dijo que la «revolución» contra el Comunismo no estaría completa hasta que todo fuese privatizado. El gobierno de Havel remató las propiedades de la Unión Socialista de la Juventud —que contaba con campamentos, salas de recreación e instalaciones culturales y científicas para niños—, y puso las propiedades bajo la administración de cinco sociedades anónimas, a expensas de los jóvenes a los que se echó a deambular por las calles.

Gracias a los programas checos de privatización y «restitución», las fábricas, las tiendas, las haciendas, las casas y gran parte de las tierras públicas se vendieron a precios de gallina robada a capitalistas extranjeros y nacionales. En las repúblicas checa y eslovaca, a los antiguos aristócratas o sus herederos se les estaban devolviendo todas las tierras que sus familias habían tenido antes de 1918 bajo el imperio austrohúngaro, despojando a los ocupantes anteriores y

enviando a muchos de ellos a la indigencia. El mismo Havel tomó posesión personal de las propiedades públicas que habían pertenecido a su familia cuarenta años antes. Si bien aparentaba ser un filántropo en busca del bien común, en realidad lo que buscaba era servirse a sí mismo. Por todo esto algunos de nosotros no tenemos cálidos y bondadosos sentimientos hacia Václav Havel.

La colonización del Este

Una vez que los restauradores del Capitalismo en Europa del Este y la antigua Unión Soviética tomaron el poder estatal, trabajaron duro para asegurarse de que el nuevo orden de saqueo corporativo, codicia individual, bajos salarios, cultura pop sin sentido y democracia electoral limitada se afianzara. Se propusieron a desmantelar las unidades productivas públicas y toda la red de programas sociales que alguna vez sirvieron al pueblo. Integraron a los antiguos países comunistas en el sistema capitalista global mediante la expropiación de sus tierras, mano de obra, recursos naturales y mercados, transformándolos rápidamente en naciones empobrecidas del Tercer Mundo. Todo esto fue aclamado en la prensa corporativa estadounidense como un gran avance para la humanidad.

Las antiguas naciones comunistas están siendo recolonizadas por el capital occidental. La mayor parte de su comercio exterior ahora está controlado por corporaciones multinacionales. Al igual que los países del Tercer Mundo, se ven privadas cada vez más de los mercados de los demás. El comercio, que alguna vez fue significativo y mutuamente beneficioso entre ellas, se ha reducido drásticamente, ya que sus economías se vinculan a las necesidades de inversión y extracción del Capitalismo global. En lugar de un desarrollo

mutuo, ahora están experimentando el mal desarrollo impuesto por el capital monopolista global.

Las corporaciones multinacionales se están mudando a Rusia para explotar vastas reservas de petróleo y gas natural, además de ricos depósitos minerales que les pueden brindar enormes ganancias, y que no benefician al pueblo ruso. A pesar de las protestas de ambientalistas estadounidenses y rusos, los intereses madereros estadounidenses, con el apoyo financiero de un fondo de riesgo patrocinado por el Pentágono, se preparan para talar los espesos bosques de Siberia, una región que posee una quinta parte de los bosques del planeta y es el hábitat de muchas especies raras (*New York Times*, 30/1/96).

Toda la ayuda a los antiguos países comunistas se canaliza al sector privado. Como se señaló en *The Guardian* (19/11/94), «los cientos de millones de dólares generados por los programas de ayuda occidentales han beneficiado principalmente a las empresas occidentales que se dirigieron al este para aprovecharse de las mimas». Cuando Rumania inauguró un mercado extrabursátil para negociar acciones de privatización, los 20 millones de dólares en «costos iniciales fueron cubiertos en gran parte por la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional» (*Wall St. Journal*, 17/9/96).

En 1996, el Fondo Monetario Internacional otorgó un préstamo de 10.200 millones de dólares a Rusia, con términos que exigían la privatización de la agricultura y otros activos estatales, y la eliminación de los subsidios a los combustibles y los servicios sociales. La ayuda estadounidense se utiliza para ayudar a los inversores privados a comprar propiedades públicas y extraer materias primas de propiedad pública de los países de Europa del Este en las condiciones de inversión más favorables.

Con el advenimiento de la inversión privada en el Este, la producción no creció como se prometió, sino que se redujo drásticamente. Cientos de las empresas estatales más atractivas

y solventes han sido privatizadas, a menudo regaladas a precios ridículos a inversionistas extranjeros, mientras que otras empresas estatales han sido descapitalizadas o llevadas a la bancarrota. Entre 1989 y 1995, en lo que ahora es la República Checa, casi el 80% de todas las empresas fueron privatizadas y la producción industrial se contrajo en dos tercios. La privatización en Polonia hizo que la producción se redujera en un tercio entre 1989 y 1992. Grandes complejos electrónicos y de alta tecnología en Alemania Oriental, que emplean a decenas de miles de trabajadores, han sido absorbidos por gigantescas empresas de Alemania Occidental, y luego cerrados. Con la privatización, gran parte de la infraestructura científica y técnica de la antigua Unión Soviética se está desintegrando, junto con sus instalaciones.

Desde que pasó a ser privada, ZIL, la enorme planta [productora de camiones y vehículos pesados] de Moscú, vio caer su producción de camiones de 150.000 a 13.000 unidades al año, sumado al despido de cerca del 40% de la fuerza laboral⁶¹. En abril de 1996 los trabajadores restantes solicitaron al gobierno ruso que recuperara el control de ZIL. En el pasado, los trabajadores de ZIL y sus familiares «tenían trabajos inquebrantablemente seguros» en la fábrica. Vivían en apartamentos y asistían a escuelas proporcionadas por ZIL. Cuando eran bebés, pasaban sus días en la guardería de ZIL y, cuando estaban enfermos, los médicos de ZIL los atendían. «Me crié en un país que se preocupaba por sus trabajadores», dijo un maquinista, que ahora lamentaba haberse opuesto a ese sistema (*New York Times*, 8/5/94).

En Macedonia, una de las repúblicas que se separaron de Yugoslavia, un representante sindical señaló: «La privatización parece significar la destrucción de nuestras empresas». Los macedonios parecían más preocupados por las dificultades

⁶¹ ZIL siguió estando en situación crítica hasta el año 2000, cuando se decidió su cierre, y para el año 2013 se desocuparon sus instalaciones para su posterior demolición en el año 2015 (N. del Ed.).

económicas del libre mercado que por las tan publicitadas rivalidades étnicas. Se quejaron de cómo el trabajo se ha apoderado de sus vidas: «Uno no tiene tiempo para preocuparse por los demás; no hay tiempo ni siquiera para uno mismo, sólo tiempo para hacer dinero» (informe de PBS-TV, 16/1/95).

La producción agrícola de cereales, maíz, ganado y otros productos se desplomó en los antiguos países comunistas, ya que miles de cooperativas agrícolas fueron disueltas a la fuerza. Los nuevos agricultores privados tienen pequeñas parcelas, y a menudo no pueden obtener préstamos, semillas, fertilizantes o maquinaria, y están perdiendo rápidamente sus propiedades o volviendo a la agricultura de subsistencia. Las cooperativas agrícolas de Hungría habían sido un sector de la economía socialista que se desempeñó bastante bien. Pero con la privatización, la producción agrícola cayó un 40% en 1993 (*Los Angeles Times*, 29/1/94).

Se produjo un drástico deterioro de la producción agrícola en Bulgaria, una vez considerada el granero de Europa del Este, lo que provocó una grave escasez de pan en 1996. Bulgaria también sufría una inflación mensual del 20% y se hundía en ese ciclo, tan conocido, de deuda externa: recortaban los servicios para calificar a los préstamos del FMI, pidiendo prestado para pagar el endeudamiento pasado. «El gobierno [búlgaro] debe imponer más medidas de austeridad de libre mercado para obtener los préstamos internacionales necesarios para pagar parte de su deuda externa, que suma cerca de 9.4 mil millones de dólares» (*San Francisco Chronicle*, 18/7/96).

En 1992, el gobierno lituano decretó que los antiguos propietarios y sus descendientes podían reclamar las propiedades confiscadas durante la era socialista. Como resultado, decenas de miles de familias campesinas, alrededor del 70% de la población rural, fueron desalojadas de las tierras que habían trabajado durante más de medio siglo, destruyendo la base agrícola del país en el proceso.

Se desmanteló gran parte de la producción en Alemania Oriental para evitar la competencia con las empresas de Alemania Occidental. Esto fue especialmente evidente cuando se disolvió la agricultura colectiva para proteger las granjas privadas fuertemente subsidiadas y menos productivas de Alemania Occidental ⁶² . Sin pagar compensaciones, los capitalistas de Alemania Occidental se apoderaron de casi toda la propiedad socializada en la RDA, incluyendo fábricas, molinos, granjas, apartamentos y otros bienes inmuebles, y el sistema de atención médica —activos valuados en aproximadamente 2 billones de dólares— en lo que representa la expropiación más grande de riqueza pública por parte del capital privado en la historia europea.

El resultado final de toda esta privatización de libre mercado en Alemania Oriental es que los arriendos, que antes consumían apenas el 5% de los ingresos, han subido hasta dos tercios; del mismo modo, los costos de transporte, cuidado de niños, atención médica y educación superior se han disparado más allá del alcance de muchos.

Los alemanes orientales de diversas tendencias políticas tienen una serie de quejas: (a) el flujo neto de dinero ha sido de este a oeste, lo que equivale a una colonización del este; (b) el libre mercado es un mito, la economía de Alemania Occidental está fuertemente subvencionada y totalmente regulada, pero en contra de los intereses del Este; (c) la policía de Alemania Occidental es mucho más brutal que la policía de Alemania Oriental; (d) si hubiese tenido lugar en Alemania Occidental una desnazificación tan severa como la desocialización de Alemania Oriental, sería un país totalmente diferente (*Z Magazine*, 7/92).

En ese último punto, cabe señalar que los funcionarios alemanes están presentando cargos penales contra quienes

⁶² Véase el artículo de Robert McIntyre en *Monthly Review*, 12/93.

«colaboraron» con la RDA ejerciendo cualquier cargo público, incluyendo incluso a profesores y pequeños administradores⁶³.

Los emigrados de estados comunistas están asombrados por la cantidad de burocracia que encuentran en Occidente. Dos inmigrantes soviéticos en Canadá se quejaron, independientemente el uno del otro, de que «la burocracia aquí era incluso peor que en la Unión Soviética» (*Monthly Review*, 5/88). Los alemanes orientales que vivían en el oeste quedaron asombrados por la avalancha de formularios complicados que tenían que completar para impuestos, seguro médico, seguro de vida, compensación por desempleo, readiestramiento laboral, subsidios de alquiler y cuentas bancarias. Además, «debido al tipo de información personal que tenían que dar, se sentían más observados y espiados que por la Stasi [la policía de seguridad de la RDA]» (*Z Magazine*, 7/92).

Los judíos soviéticos que emigraron a Israel durante la Guerra Fría experimentaron una desilusión similar con las dificultades de la vida y la falta de idealismo. Las cartas desalentadoras que enviaron a casa se consideraron un factor preponderante en la caída de la migración de la URSS a Israel.

Con la restauración capitalista en pleno apogeo, los pueblos de las antiguas naciones comunistas han tenido la gran oportunidad de aprender cómo era la vida en el paraíso del libre mercado. Sus experiencias se detallan en el próximo capítulo.

⁶³ Varios miles de antiguos funcionarios de la RDA tales como jueces, oficiales, entre otros, han sido encarcelado o corren el riesgo de ir a prisión bajo cargos de «traición». Véase la discusión al respecto en el capítulo cinco.

CAPÍTULO VII

EL PARAÍSO DE LIBRE MERCADO SE DIRIGE HACIA EL ESTE (PARTE II)

Los propagandistas del libre mercado en los antiguos países comunistas afirmaban que, a medida que el capital fuera privatizado y acumulado en unas pocas manos, se estimularía la producción y la prosperidad estaría en la punta de los dedos. Pero primero habría un «período difícil» por el que se debía pasar. El período difícil está demostrando ser mucho más severo y prolongado de lo previsto, y bien puede convertirse en la normalidad de este Capitalismo restaurado.

Para víboras y sanguijuelas

En 1990, mientras la Unión Soviética se preparaba para su caída fatal en el paraíso del libre mercado, Bruce Gelb, jefe de la Agencia de Información de los Estados Unidos, le dijo a un reportero que los soviéticos se beneficiarían económicamente de la educación empresarial estadounidense porque «las víboras, las sanguijuelas, los intermediarios... —eso que hay que rehabilitar en la Unión Soviética — ¡Es lo que hace que países como el nuestro se lleven bien!» (*Washington Post*, 11/6/90).

Hoy, los antiguos países comunistas y China se están relacionando bastante bien con víboras y sanguijuelas. Miles de autos de lujo han aparecido en las calles de Moscú y Praga. Los alquileres y los precios del mercado inmobiliario se han disparado. Han surgido numerosas bolsas de valores en China y Europa del Este, dieciséis solo en la antigua URSS. Y una nueva clase de inversionistas, especuladores y mafiosos se están revolcando en la riqueza. El objetivo manifiesto ya no es

proporcionar una vida mejor a todos los ciudadanos, sino maximizar las oportunidades para que las personas acumulen fortunas personales.

La acumulación de riqueza de unos pocos empobrece a los muchos. Como dijo una joven periodista en Rusia: «Cada vez que alguien se vuelve más rico, yo me empobrezco» (*New York Times*, 15/10/95). En Rusia, el nivel de vida de la familia media se ha reducido casi a la mitad desde que se implantaron las «reformas» del mercado (*New York Times*, 16/6/96). Un informe de Hungría señala lo mismo: «Mientras los “nuevos ricos” viven en villas con un Mercedes estacionado en un garaje, el número de personas pobres ha ido en aumento» (*New York Times*, 27/2/90).

A medida que el Vietnam socialista se abre a la inversión extranjera y al libre mercado «la brecha entre ricos y pobres (...) se ha ensanchado con rapidez» y «la calidad de la educación y la atención médica para los pobres se ha deteriorado» (*New York Times*, 4/8/96). La prosperidad ha llegado «solo a unos pocos privilegiados en Vietnam», lo que lleva a «una estructura de clase emergente que está en desacuerdo con los ideales igualitarios profesados en el país» (*AP report*, 28/10/96).

En el emergente paraíso del libre mercado de Rusia y Europa del Este, la desregulación de precios no produjo precios competitivos sino precios establecidos por monopolios privados, lo que se sumó a la inflación galopante. Mendigos, proxenetas, traficantes de drogas y otros estafadores ejercen sus oficios como nunca antes. Y ha habido un aumento dramático en el desempleo, la falta de vivienda, la contaminación del aire y el agua, la prostitución, la violencia conyugal, el abuso infantil y casi todos los demás males sociales⁶⁴.

⁶⁴ Vladimir Bilenkin, “Russian Workers Under the Yeltsin Regime: Notes on a Class in Defeat,” *Monthly Review*, 11/96, págs. 1-12.

En países como Rusia y Hungría, como se reportó en la prensa estadounidense, la tasa de suicidios aumentó un 50% en unos pocos años. La reducción [en el consumo] de combustible, provocada por el aumento de los precios y las facturas impagas, ha provocado un número cada vez mayor de muertes o enfermedades graves entre los pobres y los ancianos durante los crudos inviernos.

En Rusia, los médicos y las enfermeras de las clínicas públicas ahora están muy mal remunerados. Las clínicas de salud gratuitas están cerrando. Más que nunca, los hospitales sufren condiciones insalubres y escasez de jeringas desechables, agujas, vacunas y equipos modernos. Muchos hospitales ahora no tienen agua caliente, algunos no tienen agua en absoluto⁶⁵. El deterioro de los programas de inmunización y los estándares de salud ha permitido que la poliomielitis retorne gravemente, junto con la tuberculosis, el cólera, la difteria, la disentería y las enfermedades de transmisión sexual. La adicción a las drogas ha aumentado considerablemente. «Los hospitales de Rusia están luchando para tratar a un número cada vez mayor de adictos con niveles decrecientes de financiación» (informe de noticias de CNN, 2/2/92).

Ha habido una disminución en los niveles nutricionales y un fuerte aumento en el estrés y la enfermedad. Sin embargo, el número de visitas a los médicos se ha reducido a la mitad debido a que las tarifas son muy costosas en los sistemas de atención médica recién privatizados. Como resultado, muchas enfermedades no se detectan ni se tratan hasta que se vuelven críticas. Los oficiales militares rusos describen la salud de los reclutas como «catastrófica». Dentro de las fuerzas armadas, los suicidios han aumentado drásticamente y las muertes por

⁶⁵ Véase Emeanor Randdolph, *Walking the Tempests: Ordinary Life in the New Russia* (New York: Simon & Schuster, 1996).

sobredosis de drogas han subido un 80% en los últimos años. (*Toronto Star*, 5/11/95).

El derrocamiento del Comunismo provocó un aumento de la mortalidad infantil y tasas de mortalidad vertiginosas en Rusia, Bulgaria, Hungría, Letonia, Moldavia, Rumania, Ucrania, Mongolia y Alemania Oriental. Un tercio de los hombres rusos no podrán llegar a los sesenta años. En 1992 la tasa de natalidad de Rusia cayó por debajo de su tasa de mortalidad por primera vez desde la Segunda Guerra Mundial. En 1992 y 1993 los alemanes orientales enterraron a dos personas por cada bebé nacido. La tasa de mortalidad aumentó casi un 20% para las mujeres de Alemania Oriental de treinta y tantos años, y casi un 30% para los hombres de la misma edad (*New York Times*, 6/4/94).

Se estima que debido al fin del subsidio a los alquileres las personas sin hogar solo en Moscú llegan a 300.000. La pérdida de los permisos de residencia priva a las personas sin hogar de atención médica y otros beneficios estatales, sean como sean. Vestidos con harapos y victimizados tanto por la mafia como por las milicias gubernamentales, miles de indigentes mueren de frío y hambre en las calles de varias ciudades. En Rumania, miles de niños sin hogar viven en alcantarillas y estaciones de tren, inhalando pegamento para adormecer su hambre, mendigando y siendo presa de los acosadores (noticias de la National Public Radio, 21/7/96).

En Mongolia, cientos de niños sin hogar viven en las alcantarillas de Ulaanbaatar. Antes de 1990, Mongolia era una nación próspera que se había beneficiado de la ayuda financiera y técnica de la Unión Soviética y de Europa del Este. Sus nuevos centros industriales producían artículos de cuero, productos de lana, textiles, cemento, carne, granos y madera. «La era comunista mejoró drásticamente la calidad de vida de la gente (...) logrando niveles encomiables de desarrollo social a través de medidas de bienestar social patrocinadas por el Estado», pero la privatización y la desindustrialización del libre mercado han

traído desempleo, pobreza masiva y desnutrición generalizada a Mongolia⁶⁶.

Terapia de shock para las mayorías

Las tasas de desempleo han aumentado hasta un 30% en países que alguna vez conocieron el pleno empleo bajo el Comunismo. Una trabajadora polaca afirma que los desempleados prácticamente no pueden encontrar trabajo después de los 40 años. Las mujeres polacas dicen que la desaparición económica llega antes para ellas, ya que para conseguir un trabajo, como dice una de ellas, «debes ser joven, no tener hijos y tener un gran pecho» (*Nation*, 7/12/92). La seguridad ocupacional ahora es casi inexistente y las lesiones y muertes en el lugar de trabajo han aumentado drásticamente.

Los trabajadores ahora trabajan más duro y durante más tiempo por menos salarios, a menudo en condiciones de explotación. Maestros, científicos, trabajadores de fábricas y muchos otros luchan durante meses sin pago ya que sus empleadores se quedan sin fondos (*Los Angeles Times*, 17/1/96). Las oleadas de huelgas y paros laborales en Rusia y Europa del Este reciben un tratamiento antipático en la prensa de esos países.

Incluso en los pocos países restantes en los que los gobiernos comunistas mantienen el control, como China, Vietnam y Cuba, la apertura a la inversión privada ha contribuido a una creciente desigualdad. En Cuba, la economía del dólar ha traído consigo un crecimiento de la prostitución (incluyendo a niñas de once y doce años), mendigos sin techo y tratos en el mercado negro con turistas (Avi Chomsky, *Cuba Update*, 9/96).

⁶⁶ K. L. Abeywickrama, "The Marketization of Mongolia", *Monthly Review*, 3/96, págs. 25-33 y los reports citados en ese trabajo.

En China, hay trabajadores que ahora trabajan de doce a dieciséis horas al día con salarios de subsistencia, sin tener un día libre. Aquellos que protestan contra las malas condiciones de seguridad y salud corren el riesgo de ser despedidos o encarcelados. Las reformas de mercado en China también han traído un retorno del trabajo infantil (*San Francisco Chronicle*, 14/8/90). «Creo que esto es lo que sucede cuando tienes empresas privadas», dice la Sra. Peng, una joven migrante que tiene dudas sobre la nueva China. «En las empresas privadas, ya sabes, los trabajadores no tienen derechos» (*Wall St. Journal*, 19/5/94).

En toda Europa del Este los sindicatos se han debilitado o han desaparecido. La licencia por enfermedad, la licencia por maternidad, las vacaciones pagadas y otros beneficios laborales que antes se daban por sentados bajo el Comunismo han sido recortados o abolidos. Los sanatorios de trabajadores, centros de vacaciones, clínicas de salud, centros deportivos y culturales, guarderías infantiles, escuelas y otras características que hicieron de las empresas comunistas algo más que lugares de trabajo, casi han desaparecido. Las casas de descanso que antes estaban reservadas para los trabajadores han sido privatizadas y convertidas en casinos, clubes nocturnos y restaurantes para los nuevos ricos⁶⁷.

Los ingresos reales se han reducido entre un 30 y un 40% en los países excomunistas. Solo en 1992, Rusia vio caer su gasto de consumo en un 38%. (En comparación, durante la Gran Depresión, el gasto de los consumidores en los Estados Unidos cayó un 21% en cuatro años). Tanto en Polonia como en Bulgaria se estima que

⁶⁷ Un negocio en auge son las fuerzas de seguridad empresarial y los ejércitos privados, que solo en la [antigua] Unión Soviética reúnen a unos 800.000 hombres. «Otro empleador elegido por la juventud de la clase trabajadora es el inmenso aparato estatal de represión que ahora es más formidable que el del período soviético. Hoy, este aparato es numéricamente superior a las Fuerzas Armadas, mejor pagado y mejor equipado. Después de todo, el verdadero enemigo del régimen está adentro»: Bilenkin, "Russian Workers Under the Yeltsin Regime", *Monthly Review*, 11/96, pág. 7.

el 70% de la población vive ahora por debajo o justo por encima del umbral de la pobreza. En Rusia, es del 75 al 85 por ciento, con un tercio de la población que apenas subsiste en absoluta desesperación económica. En Hungría, que ha recibido la mayor parte de la inversión de Occidente en Europa del Este, más de un tercio de sus ciudadanos viven en la más absoluta pobreza, y el 70% de los hombres tienen dos o más trabajos, trabajando hasta 14 horas al día, según el Ministerio de Trabajo.

Después de meses sin que les pagaran, los mineros del carbón en el lejano oriente de Rusia comenzaban a pasar hambre. Para agosto de 1996, 10.000 de ellos habían dejado de trabajar simplemente porque estaban demasiado débiles por el hambre. Como no se extraía carbón, las centrales eléctricas de la región comenzaron a cerrar, amenazando con un apagón que dañaría aún más la industria y el comercio de la costa del Pacífico de la nación (*Los Angeles Times*, 3/8/96).

Los europeos orientales son testigos de escenas «que son bastante comunes en Occidente, pero que todavía son desgarradoras aquí: el anciano hurgando en los barriles de basura en busca de artículos desechados, la anciana rebuscando en una caja de huesos en un mercado de carne en busca de uno con suficiente cartílago para hacer un caldo» (*Los Angeles Times*, 10/3/90). Con sus ahorros y pensiones tragados por la inflación, los ancianos jubilados llenan las aceras de Moscú vendiendo sus prendas de vestir y otras mercancías patéticas, mientras soportan el acoso de la policía y los matones (*Washington Post*, 1/1/96). Un anciano ruso se refiere a «esta pobreza, de la que solo unos pocos han escapado» mientras que algunos «se han vuelto extremadamente ricos». (*Modern Maturity*, septiembre/octubre de 1994).

Crimen y corrupción

Con la ética socialista dando paso a la codicia privada, la corrupción asumió formas nuevas y virulentas en las naciones postcomunistas. Funcionarios de alto y bajo rango están al acecho, incluyendo a la policía. El ministro de seguridad ruso calculó que un tercio del petróleo ruso y la mitad del níquel ruso enviado fuera del país fue robado. Entre los que disfrutaron de las «asombrosas ganancias» de este saqueo se encontraban Shell Oil y British Petroleum (*Washington Post*, 2/2/93). En abril de 1992, el presidente del banco central de Rusia admitió que al menos 20 mil millones de dólares habían sido sacados ilegalmente del país y depositados en bancos occidentales (*Nation*, 19/4/93).

Jugosas instalaciones públicas se venden en silencio a precio de remate a cambio de pagos a los funcionarios que presiden las ventas. Los funcionarios gubernamentales compran bienes de contratistas privados al doble del precio normal a cambio de sobornos. Los directores de las fábricas venden productos elaborados por el Estado a precios estatales bajos a sus propias empresas privadas, para que luego los revendan a precios de mercado para obtener una enorme ganancia. Un miembro del Ayuntamiento de Moscú estimó que la corrupción ascendía a cientos de miles de millones de dólares. Si estos fondos fueran a las arcas estatales en lugar de a los bolsillos privados, «podríamos alcanzar nuestro presupuesto tres o cuatro veces» (*Los Angeles Times*, 10/7/92).

Junto con la corrupción, hay un recrudecimiento del crimen organizado. En Rusia más de cien mafias ahora extorsionan al 80% de todas las empresas. De 1992 a 1995, a medida que se intensificaba la competencia por el botín de la «reforma», cuarenta y seis de los empresarios más prominentes de Rusia fueron asesinados por sicarios. En 1994 hubo más de 2.500 asesinatos a sueldo, casi todos sin resolver. «El sicariato se ha vuelto algo regular en Rusia, y ocurre sin previo aviso» (*San*

Francisco Chronicle, 17/11/95). La policía dice que carece de los fondos, el personal y el equipo de detección de delitos necesarios para cualquier campaña real en contra de las pandillas.

La delincuencia callejera también ha aumentado considerablemente (*New York Times*, 7/5/96). En la antigua Unión Soviética, las mujeres y los ancianos que alguna vez se sintieron libres para sentarse en los parques a altas horas de la noche ahora no se atreven a salir después del anochecer. Desde el derrocamiento del Comunismo en Hungría, los robos y otros delitos casi se han triplicado y ha habido un aumento del 50% en los homicidios (NPR, 24/2/92). La fuerza policial en Praga hoy en día es mucho mayor de lo que era bajo el Comunismo, cuando «se necesitaban relativamente pocos policías» (*New York Times*, 18/12/91). Qué curioso que se necesitara menos policía en el temible Comunismo estatista que en el paraíso del libre mercado.

En la República de Georgia la violencia ha generado una espiral caótica que nadie se hubiese imaginado bajo el Comunismo. Las bandas criminales controlan gran parte del comercio y los grupos paramilitares controlan la mayoría de las redes criminales. Incapaz ya de vender sus productos en el mercado soviético, pero incapaz de competir en el mercado internacional, la industria georgiana ha experimentado un declive masivo y, como en la mayoría de los países del Este, la deuda pública se ha disparado mientras que los salarios reales se han reducido (*San Francisco Chronicle*, 20/7/93).

Decadencia cultural

La vida cultural ha disminuido drásticamente en los antiguos países comunistas. Los teatros tienen poca concurrencia porque los boletos ahora son prohibitivamente caros. Las industrias cinematográficas de propiedad pública en países como Rusia, Polonia, Checoslovaquia y la República

Democrática Alemana, que produjeron una serie de películas valiosas, han sido desfinanciadas o compradas por empresarios occidentales y ahora hacen dibujos animados, comerciales y videos musicales. Las cadenas corporativas se han apoderado de los cines y ofrecen muchas de las mismas películas basura de Hollywood que tenemos la libertad de ver.

Los subsidios para las artes y la literatura se han recortado severamente. Las orquestas sinfónicas se han disuelto o han comenzado a tocar en fiestas de barrio y otros pequeños eventos. Los países comunistas solían producir ediciones baratas, pero de calidad, de autores y poetas clásicos y contemporáneos, incluidos los de América Latina, Asia y África. Ahora se publican obras occidentales de segunda categoría. Durante la era comunista, tres de cada cinco libros del mundo se producían en la Unión Soviética. Hoy, a medida que el costo de los libros, diarios y periódicos se ha disparado y la educación ha disminuido, el número de lectores se ha reducido casi a los niveles del Tercer Mundo.

Los libros de una perspectiva de izquierda marxista o crítica han sido retirados de librerías y bibliotecas. En Alemania Oriental, la asociación de escritores informó de un caso en el que 50.000 toneladas de libros, algunos nuevos, fueron enterrados en un vertedero. Las autoridades alemanas que se deshicieron de los libros aparentemente no sentían la suficiente libertad como para quemarlos.

La educación, que alguna vez fue gratuita, ahora es accesible solo para aquellos que pueden pagar las costosas tasas de matrícula. Los planes de estudios han sido «despolitizados», lo que significa que una perspectiva de izquierda crítica con el Imperialismo y el Capitalismo ha sido reemplazada por una conservadora que apoya o al menos no critica estas fuerzas.

Desfilan por las sociedades infelices de Europa del Este y Rusia los hare krishnas, los mormones, los moonies, los testigos

de Jehová, los bahaíes, los evangélicos cristianos derechistas, los vendedores ambulantes de superación personal, los vendedores ambulantes de éxito instantáneo y otros carroñeros espiritualistas que se aprovechan de los desposeídos y los pobres desesperados, ofreciendo consuelo en el próximo mundo o la promesa de riqueza y éxito en este.

El presidente de una de las empresas de construcción más grandes de Rusia lo resumió: «Todo el bienestar material que tenía la gente, lo perdió en una hora. Prácticamente ya no hay atención médica gratuita, educación superior accesible, no hay derecho al trabajo ni al descanso. Las casas de cultura, bibliotecas, estadios, jardines de infancia y guarderías, campamentos de pioneros, escuelas, hospitales y tiendas están cerrando. El costo de la vivienda, los servicios comunales y el transporte ya no son asequibles para la mayoría de las familias» (*People's Weekly World*, 6/4/96).

En respuesta a las privatizaciones forzosas, los noticieros y medios de entretenimiento han tenido que buscar financiamiento de propietarios ricos, publicidad, fondos de fundaciones conservadores o agencias gubernamentales de los nuevos gobiernos procapitalistas. Se ha sacado del aire a los programas de radio y televisión que tenían una perspectiva de izquierda, incluidos algunos programas juveniles populares. Todos los medios han sido purgados de izquierdistas y se los ha reemplazado por personas con orientaciones ideológicas funcionales al sistema. Este proceso de avance hacia un monopolio procapitalista de la comunicación ha sido descrito en los medios occidentales como «democratización». Las vallas publicitarias y los comerciales de televisión que promocionan cigarrillos, automóviles y otros productos estadounidenses — muchos de ellos inalcanzables al ciudadano promedio— ahora se pueden ver en todas partes.

Mujeres y niños al último

La desaparición del Comunismo ha traído consigo un fuerte aumento de la desigualdad de género. La nueva constitución adoptada en Rusia elimina las disposiciones que garantizaban a las mujeres el derecho a la licencia de maternidad paga, la seguridad laboral durante el embarazo, la atención prenatal y las guarderías⁶⁸. Sin la antigua ley comunista que hacía que las mujeres ocupasen al menos un tercio de los escaños en cualquier legislatura, la representación política femenina se ha reducido al 5% en algunos países.

En todos los países comunistas alrededor del 90% de las mujeres tenían trabajo en lo que era una economía de pleno empleo. Hoy, las mujeres componen más de dos tercios de los desempleados. Aquellas que trabajan están siendo canalizadas hacia puestos que no requieren calificación y en los que se pagan bajos salarios. Las mujeres están siendo expulsadas de las profesiones en cantidades desproporcionadas y se les desaconseja obtener formación profesional. Más del 30% de las mujeres desempleadas son trabajadoras calificadas y profesionales que anteriormente ganaban salarios más altos que la norma nacional. La pérdida de las prestaciones de maternidad y de los servicios de guardería ha creado obstáculos aún mayores para el empleo femenino.

En todas las naciones de Europa del Este se ha socavado la independencia legal, financiera y psicológica de la que disfrutaban las mujeres bajo el Socialismo. El divorcio, el aborto y el control de la natalidad son más difíciles de obtener. Liberada del «yugo soviético», la región autónoma de Ingushetia

⁶⁸ Según la ley soviética, a las mujeres se les concedía cuatro meses libres con goce de sueldo completo para dar a luz y un año de goce parcial si decidían quedarse en casa con el niño. Además, se les permitió una licencia de hasta tres años con la garantía de que se mantendrían sus puestos de trabajo.

despenalizó la poligamia y legalizó la venta de mujeres para matrimonio. Los casos de acoso sexual y violencia contra las mujeres han aumentado considerablemente. En Rusia, el número de mujeres asesinadas anualmente —principalmente por maridos y novios— se disparó de 5.300 a 15.000 en los primeros tres años del paraíso del libre mercado. En 1994, otras 57.000 mujeres resultaron gravemente heridas en tales agresiones. Estas cifras oficiales subestiman el nivel de violencia. Los comités del Partido Comunista que intervenían en los casos de violencia doméstica ya no existen.

Las mujeres también están siendo reclutadas en cantidades sin precedentes para la floreciente industria de la prostitución que atiende a hombres de negocios nacionales y extranjeros. Incapaces de encontrar empleo en las profesiones para las que originalmente fueron capacitadas, muchas mujeres rusas y de Europa del Este, con educación excepcional, se van al extranjero para trabajar como prostitutas. Las mujeres no son las únicas que se canalizan hacia el mercado del sexo. Como se reportó en *Newsweek* (9/2/96):

Praga y Budapest ahora compiten con Bangkok y Manila en tanto centros para la recolección de niños destinados a turistas pedófilos. El año pasado, un investigador se sorprendió al encontrar montones de pornografía infantil en las salas de recepción del Parlamento de Estonia y su departamento de bienestar social. «El amor libre se considera una de las nuevas “libertades” que puede ofrecer la economía de mercado», escribió. «Simultáneamente, el sexo en la economía de mercado también se ha convertido en una mercancía rentable». En algunos casos, «los niños son secuestrados y retenidos como esclavos», dice [Thomas] Kattau [especialista del Consejo de Europa]. «Esto es algo que está creciendo cada vez más. Es crimen organizado».

Las condiciones de vida de los niños se han deteriorado mucho en todo el mundo excomunista. Los campamentos de verano gratuitos han sido cerrados. Los almuerzos escolares, antes gratuitos o de bajo costo, ahora son demasiado caros para muchos alumnos. El hambre infantil ahora se constituye como un grave problema escolar. Podemos encontrar a niños vendiendo licor o mendigando en las calles en lugar de asistir a clases. Tanto el crimen como la prostitución están en auge entre los jóvenes, mientras que los fondos para los servicios de rehabilitación juvenil se reducen (*Los Angeles Times*, 15/7/94).

«No sabíamos lo que teníamos»

Si bien muchos intelectuales de Europa del Este siguen siendo fervientes adalides del paraíso del libre mercado, la mayoría de los trabajadores y campesinos ya no romantizan al Capitalismo después de haber sentido su implacable flagelo. Se escucha con regularidad que «no sabíamos lo que teníamos». «Las últimas encuestas de opinión pública muestran que muchos rusos consideran que se vivía mejor durante la era de Brézhnev e incluso la era de Stalin, al menos en lo que se refiere a las condiciones económicas y la seguridad personal» (*New York Times*, 15/10/95). Un chiste que circulaba en Rusia en 1992 decía así: ¿Qué logró el Capitalismo en un año que el Comunismo no pudo en setenta? Hacer que el Comunismo se vea bien.

A lo largo de Europa del Este y la antigua URSS muchas personas han admitido a regañadientes que las condiciones eran mejores bajo el Comunismo (*New York Times*, 30/3/95). Angela Stent, anticapitalista de la Universidad de Georgetown, reconoce que «la mayoría de la gente está peor que bajo el Comunismo. (...) La calidad de vida se ha deteriorado con la propagación del crimen y la desaparición de la red de seguridad social» (*New York Times*, 20/12/93). Se cita a un trabajador siderúrgico de Alemania

Oriental diciendo: «No sé si hay un futuro para mí, y no tengo muchas esperanzas. El hecho es que viví mejor bajo el Comunismo» (*New York Times*, 3/3/91). Una anciana polaca, que ahora satisface su hambre pidiendo comida en la Cruz Roja dice: «No soy roja, pero debo admitir que antes la vida de la gente pobre era mejor. (...) Ahora las cosas son buenas solo para los empresarios, pero no para nosotros los pobres» (*New York Times*, 17/3/91). Una mujer de Alemania Oriental comentó que el movimiento de mujeres de Alemania Occidental apenas comenzaba a luchar por «lo que ya teníamos aquí. (...) Lo dimos por sentado debido al sistema socialista. Ahora nos damos cuenta de lo que [perdimos]» (*Los Angeles Times*, 6/8/91).

Los disidentes anticomunistas que trabajaron arduamente para derrocar a la RDA pronto expresaron su decepción por la reunificación alemana. Un destacado clérigo luterano comentó: «Caímos en la tiranía del dinero. La forma en que se distribuye la riqueza en esta sociedad [la Alemania capitalista] es algo que encuentro muy difícil de aceptar». Otro pastor luterano dijo: «Nosotros, los alemanes orientales, no teníamos una idea real de cómo era la vida en Occidente. No teníamos idea de lo competitivo que sería. (...) La codicia descarada y el poder económico son las palancas que mueven esta sociedad. Los valores espirituales, que son esenciales para la felicidad humana, se están perdiendo o parecen triviales. Todo es comprar, ganar, vender» (*New York Times*, 26/5/96).

Maureen Orth le preguntó a la primera mujer que encontró en un mercado si su vida había cambiado en los últimos dos años, y la mujer se echó a llorar. Tenía 58 años, había trabajado cuarenta años en una fábrica de papas y ahora no podía pagar la mayoría de los alimentos en el mercado: «No es vida, solo estamos sobreviviendo», dijo (*Vanity Fair*, 9/94). Orth entrevistó al jefe del departamento de un hospital en Moscú, quien dijo: «La vida era diferente hace dos años, yo era un ser humano». Ahora tenía que hacer de chofer para obtener ingresos adicionales. ¿Y

qué hay de las nuevas libertades? «¿*Libertad para qué?*» el respondió. «¿Libertad para comprar una revista pornográfica?».

Yendo por la misma línea, el exministro de Defensa de la RDA, Heinz Kessler, comentó: «Claro, escuché sobre la nueva libertad que la gente está disfrutando en Europa del Este. Pero, ¿cómo se define la libertad? Se ha librado a millones de personas en Europa del empleo, de la seguridad en las calles, de la atención médica y de la seguridad social» (*New York Times*, 20/7/96).

¿La gente en el Este quiere el libre mercado? Las encuestas de opinión realizadas a fines de 1993 en Rusia mostraron que solo el 27% de todos los encuestados apoyaba una economía de mercado. Por amplias mayorías, la gente creía que el control estatal sobre los precios y sobre los negocios privados es «útil» y que «el Estado debería proporcionar trabajo a todos, y nunca tolerar el desempleo». En Polonia, el 92% quería mantener el sistema estatal de asistencia social, y una aplastante mayoría quería conservar la vivienda y los alimentos subvencionados, y volver al pleno empleo (*Monthly Review*, 12/94). «Aquí la mayoría de la gente», informa un corresponsal del *New York Times* en Moscú (23/6/96), «tiene dudas sobre la propiedad privada, se pregunta qué tiene de malo un sistema que brinda atención médica a bajo costo desde el nacimiento hasta la muerte, y tiene el deseo de que el Estado regule los precios nuevamente».

Se reporta que en Rusia hay «un pueblo amargado que piensa que la vida bajo el gobierno de un demócrata [¡refiriéndose a Yeltsin!] es peor que bajo los ahora desaparecidos comunistas» (*New York Times*, 18/12/91). Un informe de Varsovia se refiere a la «transformación económica de libre mercado que la mayoría de los polacos ya no apoyan» (*Washington Post*, 15/12/91). Los mayores temores de la gente son la inflación, el desempleo, el crimen y la contaminación.

El Socialismo estatista, «el sistema que no funcionó», proporcionó a todos cierta medida de seguridad. El Capitalismo

de libre mercado, «el sistema que funciona», trajo una economía en caída libre, saqueo financiero, deterioro de las condiciones sociales y el sufrimiento de las masas.

En reacción, los votantes de Europa del Este han devuelto el poder a los comunistas –para que solucionen la ruina y devastación de las naciones. Para 1996 los excomunistas y sus aliados habían obtenido victorias significativas en Rusia, Bulgaria, Polonia, Hungría, Lituania y Estonia, y en ocasiones emergieron como los bloques más fuertes en sus respectivos parlamentos. Esto se logró pese a las intimidaciones, hostigamientos policiales, desventajas monetarias, acceso restringido a las boletas, cierre de los medios y conteos de votos fraudulentos que enfrentan los partidos de izquierda en la mayoría de los países capitalistas «democráticos».

Cuando comenzaron los primeros levantamientos anticomunistas en Europa del Este en 1989 había ciertos izquierdistas que decían que si la gente de esos países descubría que no les gustaba el sistema de libre mercado siempre podrían volver a alguna forma de Socialismo. Como dije en aquel momento: esa no es una perspectiva realista. El Capitalismo no es sólo un sistema económico, sino todo un orden social. Una vez que se arraiga no se lo puede descartar por simple elección de socialistas o comunistas. Pueden ejercer el poder político, pero la riqueza de la nación, las relaciones básicas de propiedad, la ley orgánica, el sistema financiero y la estructura de la deuda, además de los medios de comunicación nacionales, el poder policial y las instituciones estatales se habrán reestructurado hasta sus bases. Los recursos necesarios para los programas sociales y el pleno empleo han sido desfalcados o completamente desaparecidos, al igual que las reservas monetarias, los mercados y los recursos naturales. Unos pocos años de libre mercado desenfrenado ha llevado a estas naciones a un punto de no retorno, al menos en el futuro próximo.

Los «reformadores» del libre mercado esperan que creamos que la transición del Socialismo al Capitalismo solo puede hacerse a través de una vasta acumulación privada de capital. Se supone que las dificultades que impone tal privatización son temporales. La realidad es que las naciones quedan atrapadas en esa etapa «temporal» durante siglos. Basta con mirar a América Latina.

Al igual que otras naciones del Tercer Mundo, es probable que los antiguos países comunistas permanezcan en la pobreza indefinidamente, de modo que unos pocos privilegiados sigan disfrutando de una opulencia cada vez mayor a expensas de la mayoría. Para conservar tales condiciones, la clase empresarial recurrirá a todas las manipulaciones y represiones conocidas contra el resurgimiento democrático. Para esto contarán con la ayuda del capital internacional, de la CIA y de otras agencias que reproducen la dominación capitalista.

Según Noam Chomsky el Comunismo «era una monstruosidad» y «el colapso de la tiranía» en Europa del Este y Rusia debería ser «motivo de regocijo para cualquiera que valore la libertad y la dignidad humana»⁶⁹. Atesoro la libertad y la dignidad humana, pero no encuentro razones para regocijarme. Lo que vemos en las sociedades postcomunistas no es el triunfo de tales valores. En todo caso, la ruptura de los estados comunistas ha resultado en una victoria colosal para el Capitalismo global y el Imperialismo, mientras aumenta al mismo tiempo la miseria humana, y se asienta como un revés histórico para las luchas revolucionarias de liberación en todas partes. Vendrán tiempos incluso más difíciles para los gobiernos nacionalistas que den cabida a una pizca de reformismo, como podemos ver ya en naciones como Panamá e Irak. Este momento histórico también significó la pérdida del pluralismo global y la

⁶⁹ Noam Chomsky, *Powers and Prospects* (Boston: South End Press, 1996), pág. 83.

intensificación de la desigualdad socioeconómica en todo el mundo⁷⁰.

Los pueblos de Europa del Este creían que iban a mantener todas las conquistas sociales que habían disfrutado bajo el Comunismo mientras disfrutaban del consumismo occidental. Muchas de sus quejas sobre el Socialismo realmente existente estaban justificadas, pero no así su imagen romántica del Occidente capitalista. Tuvieron que aprender de la peor manera. Añoraban subir el escalón y pasar del Segundo Mundo al Primer Mundo, pero se los echó a patadas hacia el Tercer Mundo. Ahora se parecen más a Indonesia, México, Zaire y Turquía, países capitalistas. Lo querían todo, y se han quedado con casi nada.

⁷⁰ Cabe resaltar que la desaparición del Comunismo no significa el fin de la maquinaria militar global de Estados Unidos. Por el contrario, se siguen gastando enormes sumas de dinero y se siguen desarrollando nuevos sistemas de armas y métodos de matar de alta tecnología para que quienes lo poseen mantengan un control estricto sobre el mundo.

CAPÍTULO VIII

¿EL FIN DEL MARXISMO?

Algunas personas dicen que el Marxismo es una ciencia y otras dicen que es un dogma, un conjunto de afirmaciones reduccionistas y acientíficas. Yo diría que el Marxismo no es una ciencia en el sentido positivista, que formula hipótesis y prueba su previsibilidad, sino más exactamente una ciencia social, una que nos enseña a conceptualizar de manera sistemática y sistémica, pasando de las apariencias superficiales a características más amplias y profundas, de modo que nos permite comprender mejor tanto lo específico como lo general, y la relación entre ambos.

El Marxismo tiene un poder explicativo que es superior a las ciencias sociales burguesas mainstream, porque se ocupa de los imperativos del poder de clase y la economía política, las fuerzas motoras de la sociedad y la historia. La base de clase de la economía política no es tomada a consideración por las ciencias sociales mainstream, pues no la comprenden o la toleran⁷¹. En 1915 Lenin escribió que «esta ciencia [burguesa] no quiere ni oír hablar del Marxismo, declarándolo refutado y destruido; tanto los hombres de ciencia jóvenes, que hacen carrera refutando al Socialismo, como los ancianos caducos, que guardan el legado de toda clase de anticuados “sistemas”»⁷².

Más de ochenta años después, los académicos arribistas siguen declarando que el Marxismo ha demostrado estar equivocado de una vez por todas. Como dijo el escritor progresista anticomunista Irving Howe: «Las fórmulas simplistas de los

⁷¹ Esta aversión a reconocer las realidades del poder de clase existe incluso entre muchos que se consideran de izquierda; véase la discusión sobre los teóricos que rehúyen de la «clase» en el próximo capítulo.

⁷² Illich, V. (1961). “Marxismo y Revisionismo”, *Obras Escogidas (Tomo 1)*. Moscú: Progreso. Pág. 34.

libros de texto, incluidos los marxistas, ya no se sostienen. Es por eso que algunos de nosotros (...) no nos consideramos marxistas» (*Newsday*, 21/4/86). En este capítulo deseo argumentar que el Marxismo no está superado ni es simplista, sino sólo la imagen que de él tienen los antimarxistas como Howe.

Algunas cuestiones básicas

Después del derrocamiento de los gobiernos comunistas en Europa del Este y la Unión Soviética brotaron con renovado vigor las voces que denunciaban la naturaleza moribunda del «dogma marxista». Pero la obra principal de Marx fue *El Capital*, un estudio no del «Socialismo realmente existente», que en realidad no existía en su época, sino del Capitalismo, un tema que sigue siendo relevante para nuestras vidas. Tendría más sentido declarar obsoleto al Marxismo una vez se haya abolido el Capitalismo (...). Deseo argumentar no solo que Marx sigue siendo relevante, sino que es más relevante hoy que en el siglo XIX, que las fuerzas del movimiento y desarrollo capitalista están operando con mayor influencia que cuando las estudió por primera vez.

Esto no quiere decir que todo lo que Marx y Engels anticiparon se haya hecho realidad. Su obra no fue una profecía perfecta sino una ciencia imperfecta, incompleta (como todas las ciencias), cuyo objetivo era comprender al Capitalismo, un sistema que hoy más que nunca avanza dejando huellas repletas de sangre. Algunos de los postulados básicos del Marxismo son los siguientes:

Para poder vivir, el ser humano debe producir. La gente no puede vivir solo de pan, pero tampoco puede vivir sin pan. Esto no significa que toda actividad humana pueda reducirse a motivos materiales, sino que toda actividad está ligada a una base material. Una obra de arte puede no tener un motivo

económico directo, pero su creación sería imposible si no existieran las condiciones materiales que permitieron al artista crear y exponer la obra a una audiencia que tiene tiempo e interés por el arte.

Lo que la gente necesita para sobrevivir se encuentra en la naturaleza, pero rara vez en forma adecuada para el consumo inmediato. El trabajo se convierte así en una condición indispensable para la existencia humana. Pero el trabajo es más que una forma de proveer para la supervivencia. Es uno de los medios por los cuales las personas desarrollan su vida material y cultural, adquiriendo conocimientos y nuevos modos de organización social. Los intereses de clase en conflicto que se desarrollan en torno a las fuerzas productivas dan forma al desarrollo de un sistema social. Cuando hablamos de las primeras sociedades agrícolas, o de sociedades esclavistas, feudales, mercantiles, o capitalistas, estamos reconociendo cómo las relaciones económicas básicas dejan un sello definitorio en un orden social dado.

Los teóricos capitalistas presentan al capital como una fuerza creadora providencial. Dicen que el capital da forma y oportunidad al trabajo; el capital crea producción, empleos, nuevas tecnologías y una prosperidad generalizada. Los marxistas le dan la vuelta a la ecuación. Argumentan que, por sí mismo, el capital no puede producir nada; lo que en realidad produce es el trabajo. Sólo el trabajo humano puede crear la granja y la fábrica, la máquina y la computadora. Y en una sociedad de clases, la riqueza así producida por muchos se acumula en manos de unos pocos que pronto traducen su poder económico en poder político y cultural para asegurar mejor el orden social explotador que tanto los favorece.

La teoría estándar del «goteo» dice que la acumulación de riqueza en la parte superior eventualmente trae más prosperidad al resto de nosotros abajo; el crecimiento de la marea eleva a todos los barcos. Yo argumento, en cambio, que en una sociedad

de clases la acumulación de riqueza fomenta la expansión de la pobreza. Un pequeño número de ricos vive sobre las espaldas de los muchos empobrecidos. No puede haber esclavistas ricos que vivan en la ociosidad sin una masa de paupérrimos esclavos que sostengan su lujoso estilo de vida, ni señores feudales que vivan en la opulencia sin una masa de siervos empobrecidos, sin tierra, que cultivasen las tierras de los señores desde el amanecer hasta el anochecer. Así también bajo el Capitalismo: no puede haber magnates financieros e industriales sin que millones de empleados reciban bajos salarios y trabajen en exceso.

La explotación se manifiesta solamente en salarios míseros, sino en la disparidad entre la riqueza creada por el trabajador y el salario que recibe. Por lo tanto, algunos atletas profesionales reciben salarios dramáticamente más altos que la mayoría de las personas, pero en comparación con la enorme riqueza que producen para sus dueños, y teniendo en cuenta la dificultad y relativa brevedad de sus carreras, las lesiones y la falta de beneficios de por vida, se puede decir que son explotados a un ritmo mucho más alto que la mayoría de los trabajadores.

Los ideólogos conservadores defienden al Capitalismo porque aseguran que preserva la cultura, los valores tradicionales, la familia y la comunidad. Los marxistas responderían que el Capitalismo ha hecho más para socavar esas cosas que cualquier otro sistema en la historia de la humanidad, debido a sus guerras, colonizaciones y migraciones forzadas, sus cercamientos, desalojos, salarios de pobreza, trabajo infantil, falta de vivienda, subempleo, crimen, drogadicción y miseria urbana⁷³.

⁷³ Sin tener en cuenta los efectos que tiene la occidentalización anglocentrista y la globalización sobre las culturas y modos de vida de otros pueblos. El consumo transgresor importado de los Estados Unidos, como desarrolla Michel Clouscard en su libro *Neofascismo e Ideología del Deseo*, es la base de la destrucción de los «valores tradicionales» que desean mantener y preservar los conservadores (N. del Ed.).

En todo el mundo, la comunidad en el sentido más amplio –la *Gemeinschaft* con sus relaciones sociales orgánicas y sus fuertes lazos recíprocos de comunidad y parentesco– está siendo transformada a la fuerza por el capital global en sociedades comercializadas, atomizadas, de mercado. En el *Manifiesto Comunista*, Marx y Engels se refirieron al impulso implacable del Capitalismo de «recorrer el mundo entero», forjando «un mundo a su imagen y semejanza»⁷⁴. Ningún sistema en la historia ha sido más implacable en derribar culturas antiguas y frágiles, pulverizar prácticas centenarias en cuestión de años, devorar los recursos de regiones enteras y estandarizar las variedades de la experiencia humana.

El gran capital no tiene ningún compromiso con nada más que la acumulación de capital, sin lealtad a ninguna nación, cultura o pueblo. Se mueve inexorablemente de acuerdo con su imperativo interno de acumular al mayor ritmo posible sin preocuparse por los costos humanos y ambientales. La primera ley del mercado es obtener el mayor beneficio posible del trabajo de otras personas. La condición determinante de la inversión privada no son las necesidades humanas, sino la rentabilidad. Prevalece una sistematización racional del quehacer humano en pos de un fin *socialmente* irracional: «acumular, acumular, acumular».

Más aciertos que errores

Quienes rechazan a Marx sostienen con frecuencia que sus predicciones sobre la revolución del proletariado han resultado erróneas. A partir de esto, concluyen que su análisis de la naturaleza del Capitalismo y el Imperialismo también debe estar equivocado. Pero debemos distinguir entre el Marx milenarista,

⁷⁴ Engels, F. & Marx, K. *Manifiesto del Partido Comunista*. México: Centro de Estudios Socialistas Carlos Marx. Págs. 35-36

que hizo predicciones grandilocuentemente optimistas sobre el florecimiento de la condición humana, y Marx, el economista y científico social que nos proporcionó ideas fundamentales sobre la sociedad capitalista que siguen vigentes hasta el día de hoy. Este último Marx ha sido tergiversado regularmente por escritores antimarxistas. Considere las siguientes predicciones:

Ciclos económicos y tendencia a la crisis. Marx señaló que además de la búsqueda del beneficio personal había otros factores involucrados en la búsqueda incesante de ganancias del capitalista. Dadas las presiones de la competencia y el aumento de los salarios, los capitalistas deben realizar innovaciones tecnológicas para aumentar su productividad y disminuir sus costos laborales. Esto genera otros propios problemas. Cuantos más bienes de capital (como maquinaria, plantas, tecnologías, combustibles) se necesiten para la producción, mayores serán los costos fijos y mayor será la presión para aumentar la productividad a fin de mantener los márgenes de ganancia⁷⁵.

Marx señaló que dado que a los trabajadores no se les paga lo suficiente para volver a comprar los bienes y servicios que producen siempre existe el problema de la disparidad entre la producción en masa y la demanda agregada. Si la demanda disminuye, los propietarios reducen la producción y la inversión. Incluso cuando hay una amplia demanda, se sienten tentados a reducir la fuerza laboral e intensificar la tasa de explotación de los empleados restantes, aprovechando cualquier oportunidad

⁷⁵ A medida que una industria se vuelve más intensiva en capital, se debe invertir proporcionalmente más dinero para generar una determinada cantidad de puestos de trabajo. Pero el objetivo final de la empresa no es crear puestos de trabajo. De hecho, los capitalistas están constantemente ideando formas de reducir el tamaño de la fuerza laboral. De 1980 a 1990, el número neto de puestos de trabajo creados por las corporaciones más grandes de los Estados Unidos, las «Fortune 500», fue cero. Los nuevos puestos de trabajo de ese período provinieron principalmente de empresas más pequeñas menos intensivas en capital, la industria ligera, la industria de servicios y el sector público.

para reducir los beneficios y salarios. La caída en el poder adquisitivo de la fuerza laboral conduce a una mayor disminución de la demanda y a recesiones comerciales que infligen el daño más intenso a quienes tienen menos activos.

Marx previó esta tendencia a la caída de las ganancias y a las recesiones prolongadas y la inestabilidad económica. Como señaló el economista Robert Heilbroner, esta fue una predicción extraordinaria, ya que en la época de Marx los economistas no reconocían los ciclos económicos de auge y caída como si fuesen algo inherente al sistema capitalista. Pero hoy sabemos que las recesiones son una condición endémica y, como también predijo Marx, han adquirido un alcance internacional.

Concentración de Capitales. Cuando apareció por primera vez el *Manifiesto Comunista* en 1848, las grandes empresas eran más la excepción que la norma. Sin embargo, Marx predijo que las grandes empresas expulsarían o absorberían a sus adversarios más pequeños y dominarían cada vez más el mundo de los negocios, lo que resultaría en que el capital se concentraría cada vez más. En aquellos días esto no era un conocimiento establecido, y pudo sonar improbable para aquellos que llegaron a escuchar acerca del fenómeno. Pero ha llegado a pasar. De hecho, la tasa de fusiones y adquisiciones ha sido mayor en los años 80 y 90 que en cualquier otro momento de la historia del Capitalismo.

Crecimiento del Proletariado. Otra de las predicciones de Marx fue que el proletariado (trabajadores que no tienen herramientas propias y deben trabajar por sueldos o salarios, vendiendo su trabajo a otros) se convertiría en un porcentaje cada vez mayor de la fuerza de trabajo. En 1820, alrededor del 75% de los estadounidenses trabajaban por su cuenta en granjas o en pequeñas empresas y artesanías. Para 1940, ese número se había reducido al 21,6%. Hoy, menos del 10% de la fuerza laboral trabaja por cuenta propia.

El mismo cambio en la fuerza de trabajo se puede observar en el Tercer Mundo. De 1970 a 1980, el número de trabajadores asalariados en Asia y África aumentó en casi dos tercios, de 72 millones a 120 millones. La tendencia es hacia el crecimiento constante de la clase trabajadora, tanto en la industria como en los servicios, y, como predijo Marx, esto está ocurriendo a nivel mundial, en todos los países sobre los que se ha extendido el Capitalismo.

Revolución Proletaria. A medida que se desarrolle el Capitalismo, también lo hará el proletariado, predijo Marx. Hemos visto que eso es cierto. Sin embargo, fue más allá: con la creciente miseria y polarización, las masas eventualmente se levantarían y derrocarían a la burguesía y pondrían los medios de producción bajo propiedad pública para el beneficio de todos. La revolución vendría en los países capitalistas más industrializados, que tenían clases trabajadoras grandes y desarrolladas.

Lo que llamó la atención de Marx sobre la clase obrera fue su nivel de organización y conciencia. A diferencia de las clases anteriormente oprimidas, el proletariado, fuertemente concentrado en las áreas urbanas, parecía capaz de un nivel de desarrollo político sin precedentes. No solo se rebelaría contra sus opresores como lo habían hecho los esclavos y los siervos, sino que crearía un orden social igualitario y no explotador como nunca antes se había visto en la historia. En su día, Marx vio surgir un sistema alternativo en los clubes, sociedades de ayuda mutua, organizaciones políticas y periódicos de una clase obrera británica en rápido crecimiento. Por primera vez, la historia la harían las masas de manera consciente, una clase para sí misma. La rebelión esporádica sería reemplazada por una revolución con conciencia de clase. En lugar de quemar la mansión, los trabajadores la expropiarían y la utilizarían para el beneficio colectivo de la gente común, quienes la construyeron en primer lugar.

Ciertamente, las predicciones de Marx sobre la revolución no se han materializado. No ha tenido lugar una revolución proletaria exitosa en una sociedad capitalista avanzada. A medida que se desarrolló la clase obrera, también lo hizo el Estado capitalista, cuya función ha sido proteger a la clase capitalista, con sus mecanismos de represión policial y su hegemonía informativa y cultural.

Por sí misma, la lucha de clases no resulta en una inevitable victoria proletaria, y mucho menos en un levantamiento proletario. Puede que las condiciones sociales se vuelvan tan crudas que clamen por revolución, pero eso no significa que la revolución vaya a darse. Este punto todavía no es entendido por algunos izquierdistas actuales. En sus últimos años, el mismo Marx comenzó a albergar dudas sobre la inevitabilidad de la victoria de una revolución obrera. Hasta ahora, la fuerza predominante no ha sido la revolución sino la contrarrevolución, la destrucción diabólica que los estados capitalistas infligen a las luchas populares, costando millones de vidas.

Marx también subestimó hasta qué punto los Estados capitalistas avanzados podrían hacer uso de su riqueza y poder para crear una variedad de instituciones que retardasen y alienasen la conciencia popular, o atenuasen el descontento a través de programas de reforma. Contrario a lo que se esperaba, ocurrieron revoluciones exitosas en sociedades menos desarrolladas, sobre todo campesinas, como Rusia, China, Cuba, Vietnam —aunque los proletarios de esos países participaron y, a veces, como en el caso de Rusia en 1917, incluso encabezaron la insurgencia.

Aunque las predicciones de Marx sobre la revolución no se han materializado como él las imaginó, en los últimos años ha habido ejemplos impresionantes de militancia de la clase trabajadora en Corea del Sur, Sudáfrica, Argentina, Italia, Francia, Alemania, Gran Bretaña y docenas de otros países, incluyendo incluso a los Estados Unidos. Tales luchas populares

generalmente no se reportan en los medios de comunicación privados. Entre 1984 y 1985, en Gran Bretaña, una huelga que llegó a extenderse a un año resultó en el arresto de unos 10.500 mineros del carbón, 6.500 heridos o maltratados y once asesinados. Para los mineros británicos atrapados en ese conflicto la lucha de clases era algo más que un concepto obsoleto y pintoresco.

Así también en otros países. En Nicaragua, un levantamiento popular derrocó a la odiosa dictadura de Somoza. En Brasil, entre 1980 y 1983, como observa Peter Worsley, «la clase obrera brasileña (...) ha desempeñado precisamente el papel que le asignaba la teoría marxista del siglo XIX, paralizando a Sao Paulo en una sucesión de multitudinarias huelgas que en un principio fueron incitadas por problemas comunes como el precio de la mantequilla y del pan, para después evolucionar y obligar a los militares a hacer importantes concesiones políticas, en particular la restauración del multipartidismo». Las revoluciones son sucesos relativamente raros, pero la lucha popular es un fenómeno generalizado y constante.

Más riqueza, más pobreza

Marx creía que a medida que la riqueza se concentra cada vez más, la pobreza se generalizaría y la situación de los trabajadores será cada vez más desastrosa. Según sus críticos, esta predicción ha errado. Señalan que escribió durante una época de crudo industrialismo, la época de los barones ladrones y la jornada laboral de catorce horas. A través de una lucha persistente, la clase obrera mejoró sus condiciones de vida desde mediados del siglo XIX hasta mediados del siglo XX. Hoy en día, los portavoces mainstream retratan a Estados Unidos como una sociedad clasemediera próspera.

Sin embargo... me viene una duda. Durante las presidencias de Reagan, Bush y Clinton, de 1981 a 1996, la parte del ingreso

nacional que terminó en manos de quienes trabajaban para ganarse la vida se redujo en más del 12%. La parte que se destinó a quienes viven de las inversiones aumentó casi un 35%. Menos del 1% de la población posee casi el 50% de la riqueza de la nación. Las familias más adineradas son cientos de veces más ricas que el hogar promedio en el 90% inferior de la población. La brecha entre los ricos y los pobres de Estados Unidos es mayor de lo que ha sido en más de medio siglo y es cada vez mayor. Así, entre 1977 y 1989, el 1% superior vio crecer sus ingresos en más del 100%, mientras que los tres quintiles más bajos promediaron una caída del 3 al 10 por ciento en el ingreso real⁷⁶.

El *New York Times* (20/6/96) reportó que la disparidad de ingresos en 1995 «era mayor de lo que ha sido desde el final de la Segunda Guerra Mundial». El ingreso promedio del 20% superior aumentó un 44%, de \$73.754 a \$105.945, entre 1968 y 1994, mientras que el 20% inferior tuvo un aumento del 7%, de \$7.202 a \$7.762, o solo \$560 a precios constantes. Pero estas cifras subestiman el problema. La nota del *Times* se basa en un estudio realizado por el Census Bureau que no considera los ingresos de los más ricos. Durante años se reportó los ingresos de las personas poniendo un límite en \$300.000 anuales. En 1994, la oficina elevó el límite a \$1 millón. Esto todavía deja fuera al 1% más rico, a los billonarios y a miles de multimillonarios que ganan mucho más que \$1 millón al año. El dinero se concentra en grandes cantidades en una porción tan minúscula de la población que se considera estadísticamente insignificante. Pero a pesar de ser tan pocos la cantidad de riqueza que controlan es enorme y denota una disparidad de ingresos mil veces mayor que la distribución reportada por el Census Bureau. Por lo tanto, la diferencia entre un multimillonario que podría ganar 100 millones de dólares al año y un conserje que gana 8.000 no es de 14 a 1 (la diferencia que se reporta generalmente), sino más de

⁷⁶ Paul Krugman, *Peddling Prosperity* (New York: W.W. Norton:1994), págs. 134-135.

14.000 a 1. Sin embargo, no se reportan ni se consideran los ingresos más altos. En otras palabras, este tipo de estudios no nos dan una idea clara de cuán ricos son realmente los más ricos⁷⁷.

El número de personas que vivían por debajo del umbral de pobreza en los Estados Unidos aumentó de 24 millones en 1977 a más de 35 millones en 1995. Las personas se volvían pobres de forma más dramática que en épocas anteriores, y les resultaba cada vez más difícil salir de ella. Además, varias enfermedades relacionadas con el hambre y la pobreza han ido en aumento⁷⁸.

Ha tenido lugar un resquebrajamiento generalizado de la fuerza laboral. El empleo regular está siendo reemplazado por mano de obra tercerizada o temporal, lo que resulta en salarios más bajos con menos o ningún beneficio. Muchos sindicatos han sido destruidos o seriamente debilitados. Las regulaciones gubernamentales proteccionistas se están revirtiendo o no se aplican, y ha habido un aumento en los acelerones, las lesiones y otros abusos en el lugar de trabajo.

Para la década de 1990 el aumento de la pobreza de las clases media y trabajadora, incluidos los pequeños productores

⁷⁷ Cuando mi asistente de investigación le preguntó a un funcionario del Census Bureau acerca de la metodología empleada, este le respondió que las computadoras de la oficina no podían manejar cantidades mayores. Esta excusa me parece muy poco probable, debido a que cuando tuvo que elevar el límite superior, el Census Bureau lo hizo sin dificultad alguna. Otra razón que dio fue la confidencialidad. Debido a que también brinda información geográfica se podría [minar la base de datos para] identificar a las personas con ingresos muy altos. Además, los encuestados de altos ingresos subestiman sus ingresos. Las ganancias de intereses y dividendos que informan son solo alrededor del 50 al 60% de los rendimientos reales de la inversión. Y debido a que son tan pocos no es tan probable que aparezcan en una muestra aleatoria a nivel nacional. Al designar al 20% superior como los «más ricos», el Census Bureau agrupa a profesionales de nivel medio-alto y otras personas que ganan \$70.000 o más, personas que son cualquier cosa menos las «más ricas».

⁷⁸ Para más información véase mi ensayo "Hidden Holocaust, USA" en Michael Parenti, *Dirty Truths* (San Francisco: City Lights Books, 1996).

independientes, se estaba volviendo evidente en varios países. En veinte años, más de la mitad de los agricultores de los países industrializados, unos 22 millones, se arruinaron. Mientras tanto, como se señaló en los dos capítulos anteriores, las «reformas» de libre mercado han traído un aumento dramático en la pobreza, el hambre, el crimen y la mala salud, junto con el crecimiento de grandes fortunas para unos pocos privilegiados en los países excomunistas.

El Tercer Mundo ha soportado un empobrecimiento cada vez mayor durante el último medio siglo. A medida que ha aumentado la inversión extranjera, también lo ha hecho la miseria de la gente común que es expulsada de sus tierras. Aquellos que logran encontrar empleo en las ciudades se ven obligados a trabajar por salarios de subsistencia. Parecería similar a cómo las leyes de cercamiento de finales del siglo XVIII en Inglaterra cercaron las tierras comunales y llevaron al campesinado a los infiernos industriales de Manchester y Londres, transformándolos en mendigos o en trabajadores fabriles medio muertos de hambre. El cercamiento continúa en todo el Tercer Mundo, desplazando a decenas de millones de personas.

En países como Argentina, Venezuela y Perú, el ingreso per cápita era más bajo en 1990 que veinte años antes. En México, los trabajadores ganaban en 1995 un 50% menos que en 1980. Un tercio de la población de América Latina, unos 130 millones de personas, viven en la miseria total, mientras que decenas de millones más apenas se las arreglan. En Brasil el poder adquisitivo de los grupos con menos ingresos se redujo en un 50% entre 1940 y 1990, y al menos la mitad de la población sufría diversos grados de desnutrición.

En gran parte de África, la miseria y el hambre han adquirido proporciones apocalípticas. En Zaire, el 80% de la población vive en la miseria absoluta. En Asia y África, más del 40% de la población permanece al nivel de la inanición. Marx

predijo que un Capitalismo en expansión traería mayor riqueza para unos pocos y una creciente miseria para la mayoría. Eso parece ser lo que está sucediendo –y a escala mundial.

Una ciencia holística

El Marxismo, al que se ha descartado en repetidas ocasiones llamándolo una «doctrina» obsoleta, sigue siendo relevante en la actualidad debido a que no se trata de un cuerpo de postulados fijos, sino de un método que permite ver más allá de las apariencias inmediatas para identificar las cualidades internas y las fuerzas en movimiento que dan forma a las relaciones sociales y a gran parte de la historia como tal. Como señaló Marx: «Toda ciencia sería superflua si la forma de manifestación y la esencia de las cosas coincidiesen directamente»⁷⁹. De hecho, quizás la razón por la que gran parte de la ciencia social moderna parezca superflua es porque se dedica al tedioso rastreo de las apariencias externas.

Para entender el Capitalismo, primero hay que despojarse de las apariencias que presenta su ideología. A diferencia de la mayoría de los teóricos burgueses, Marx se dio cuenta de que lo que el Capitalismo dice ser y lo que realmente es son dos cosas diferentes. Lo que es único en el Capitalismo es la expropiación sistemática del trabajo con el único propósito de la acumulación. El capital se anexiona el trabajo vivo para acumular más capital. El propósito final del trabajo no es prestar servicios a los consumidores o sostener la vida y la sociedad, sino generar cada vez más ingresos para el inversionista, independientemente de los costos humanos y ambientales.

⁷⁹ Marx, K. "La Fórmula Trinitaria". *El Capital. Crítica de la Economía Política*. Libro tercero, vol. 7. México: Siglo XXI Editores. Pág. 1041.

Un punto esencial del análisis marxista es que la estructura social y el orden de clases prefiguran nuestro comportamiento de muchas maneras. El Capitalismo se mueve en todas las áreas del trabajo y la comunidad, aprovechando toda la vida social en su búsqueda de ganancias. Convierte la naturaleza, el trabajo, la ciencia, el arte, la música y la medicina en mercancías, y las mercancías en capital. Transforma la tierra en bienes inmuebles, la cultura popular en cultura de masas y a los ciudadanos en trabajadores y consumidores endeudados.

Los marxistas entienden que una sociedad de clases no es solo una sociedad dividida, sino una gobernada por el poder de una clase, en la que el Estado desempeña un papel crucial en el mantenimiento de la estructura de clases existente. El Marxismo podría considerarse una ciencia «holística» en el sentido de que reconoce los vínculos entre varios componentes del sistema social. El Capitalismo no es sólo un sistema económico sino también político y cultural, todo un orden social. Cuando estudiamos cualquier parte de ese orden, ya sean las noticias o los medios de entretenimiento, la justicia penal, el Congreso, los gastos de defensa, la intervención militar en el extranjero, las agencias de inteligencia, el financiamiento de campañas, la ciencia y la tecnología, la educación, la atención médica, los impuestos, el transporte, la vivienda, o lo que sea, veremos cómo la parte particular refleja la naturaleza del todo. Su dinámica particular a menudo apuntala y está moldeada por el sistema social —particularmente la necesidad del sistema de favorecer los intereses de la clase corporativa.

Cumpliendo su rol en la reproducción del sistema los más grandes medios de comunicación presentan la realidad como una dispersión de eventos y fenómenos que guardan poca relación entre ellos, o que no están conectados a relaciones sociales más amplias. Tomemos, por ejemplo, al fenómeno del racismo. El racismo se presenta en esencia como un montón de actitudes reprochables llevadas a cabo por los [individuos]

racistas. Hay pocos análisis que identifiquen qué es lo que hace que sea tan funcional para un sistema de clases. (...) La raza y la clase se tratan como conceptos mutuamente excluyentes que compiten entre sí. Pero aquellos que comprenden el poder de clase saben que a medida que las contradicciones de clase se profundizan y pasan a primer plano, el racismo se vuelve un factor cada vez más importante en la lucha de clases. En resumen, es probable que la raza y la clase sean importantes áreas de conflicto al mismo tiempo.

Los marxistas sostienen que el racismo implica no solamente una actitud individual, sino también una estructura institucional y un poder sistémico. Señalan que las organizaciones y los sentimientos racistas a menudo son propagados por fuerzas reaccionarias bien financiadas que buscan dividir a la población trabajadora contra sí misma, dividiéndola en enclaves étnicos antagónicos.

Los marxistas también resaltan cómo el racismo es utilizado para mantener los salarios a la baja, pues hace que un segmento de la fuerza laboral sea vulnerable a la superexplotación. Ver cómo el racismo se configura en la sociedad corporativa permite ir más allá de una queja progre y aterrizar a un análisis más radical. En lugar de pensar que el racismo es un resultado irracional de un sistema racional y benigno, deberíamos ver que es un resultado racional de un sistema irracional e injusto. Por «racional» me refiero a intencional y funcional a la reproducción del sistema que lo nutre.

Al carecer de un enfoque holístico de la sociedad, las ciencias sociales convencionales tienden a compartimentar la experiencia social. Así que se nos pide que reflexionemos sobre si este o aquel fenómeno es cultural, económico o psicológico, cuando por lo general es una configuración de todas estas cosas. Por ejemplo: un automóvil es inequívocamente un artefacto económico, pero también tiene un componente cultural y

psicológico, e incluso una dimensión estética. Es necesario que comprendamos de mejor manera cómo fenómenos analíticamente distintos pueden estar empíricamente interrelacionados y de hecho adquirir fuerza y definición unos de otros.

Los marxistas no aceptan aquella perspectiva ortodoxa que ve a las instituciones como algo que «simplemente está ahí», tan natural y solemne como las montañas –especialmente las instituciones formales más articuladas como la iglesia, el ejército, la policía, las fuerzas armadas, la universidad, los medios de comunicación, la medicina y similares. Las instituciones están moldeadas por los intereses de clase y el poder de clase. Lejos de ser bastiones neutrales e independientes, las principales instituciones de la sociedad están ligadas a la clase capitalista. Los grandes empresarios ejercen poder de decisión directamente a través del control de las juntas directivas y directorios. Las élites empresariales suelen controlar los presupuestos de varias instituciones e incluso tienen propiedad sobre ellas, un control inscrito en la ley a través de estatutos corporativos y reforzado por el monopolio de la violencia del Estado. Tienen poder para escoger gerentes, para decidir políticas y sobre las actividades de los empleados.

Las ciencias sociales convencionales se dedican a ignorar las relaciones entre la acción social y las demandas sistémicas del Capitalismo, evitando cualquier perspectiva del poder en su dimensión de clase, y cualquier perspectiva de la clase como una relación de poder. Para los investigadores convencionales el poder es algo fragmentado y fluido, y la clase no es otra cosa que una etiqueta o categoría de ingresos que puede ser correlacionada a los hábitos electorales, los estilos de consumo o cualquier otra cosa, evitando verla como una relación entre aquellos que tienen posesiones y aquellos que trabajan para ellos.

Desde el punto de vista marxista no puede existir una clase como tal, una entidad social en sí misma. No puede haber señores

sin siervos, ni amos sin esclavos, ni capitalistas sin trabajadores. Más que una categoría sociológica, la clase es una relación con los medios de producción y con el poder social y estatal. Esta idea, tan fundamental para la comprensión de las políticas públicas es evitada por los científicos sociales convencionales que prefieren concentrarse en todo lo demás menos en las realidades del poder de clase⁸⁰.

Es curioso, por ejemplo, que algunos politólogos han estudiado a la presidencia y al Congreso durante décadas sin pronunciar una palabra sobre el Capitalismo, sin ni siquiera mirar de soslayo cómo los imperativos de un orden político-económico capitalista desempeñan un papel tan crucial en prefigurar la agenda política. Las ciencias sociales están repletas de «estudios de poder comunitario» que tratan a las comunidades y a sus problemas como entidades autónomas aisladas. Tales investigaciones generalmente se limitan a la interacción inmediata de los actores políticos, y se dice poco sobre cómo los problemas se vinculan con de intereses sociales más amplios.

Los preconceptos ideológicos conservadores influyen con regularidad en las estrategias de investigación de la mayoría de los científicos sociales y analistas. En ciencia política, por ejemplo:

(1) Las relaciones entre las naciones capitalistas industriales y las naciones del Tercer Mundo se describen como (a) «dependencia» e «interdependencia», y fomentan un desarrollo de beneficio mutuo, en lugar de (b) un imperialismo que explota la tierra, el trabajo y los recursos de las naciones más débiles en beneficio de las clases favorecidas tanto en el mundo industrial como en el menos desarrollado.

(2) Se dice que Estados Unidos y otras sociedades «capitalistas democráticas» se mantienen unidas por (a) valores

⁸⁰ Véase la discusión sobre la clase en el siguiente capítulo.

comunes que reflejan el interés común, y no por (b) poder y dominación de clase.

(3) La fragmentación del poder en el proceso político es, supuestamente, un indicador de (a) fluidez y democratización del pluralismo de los grupos de interés, en lugar de (b) la usurpación y transformación del poder de manera irresponsable y antidemocrática.

(4) La propagación masiva de creencias políticas ortodoxas se describe como (a) «socialización» política y «educación para la ciudadanía», y se trata como un proceso cívico deseable, en lugar de (b) un adoctrinamiento que distorsiona el flujo de información y deforma la percepción crítica del pueblo.

En cada uno de estos casos los académicos mainstream ofrecen la versión *a* no como un hallazgo de investigación, sino como una suposición *a priori* que no requiere un análisis crítico y sobre la cual se construye la investigación. Al mismo tiempo, desestiman toda evidencia e investigación que respalde la versión *b*.

Al ignorar las condiciones de clase que ejercen una influencia tan importante sobre el comportamiento social, las ciencias sociales convencionales se asientan sobre hechos superficiales, tratando de explicar las acciones inmediatas en términos exclusivamente inmediatos. Tal enfoque otorga una alta prioridad a las explicaciones epifenoménicas e idiosincrásicas, las peculiaridades de determinadas personalidades y situaciones específicas. Lo que habitualmente se pasa por alto en tales investigaciones (y en nuestros noticieros, nuestras observaciones diarias y, a menudo, incluso en nuestras luchas políticas) es la forma en que fuerzas aparentemente remotas pueden prefigurar nuestras experiencias.

Aprendiendo a preguntar: ¿Por qué?

Cuando no analizamos [la realidad] a través del lente marxista, es decir, cuando ignoramos los intereses de clase y el poder de clase, rara vez nos preguntamos por qué suceden ciertos fenómenos. Los noticieros informan de muchas cosas, pero pocas veces las explican. Poco se dice sobre cómo se organiza el orden social y cómo prevalecen ciertos intereses. Desprovistos de un marco que explique por qué suceden las cosas, no nos queda otra cosa que ver el mundo como lo ven los expertos en los medios de comunicación mainstream: como un flujo de eventos, un montón de desarrollos particulares e individuales que no se vinculan a relaciones sociales más generales. Una perspectiva centrada en la casualidad, la circunstancia, las malas intenciones y la ambición individual, nunca en los intereses de clase. Lo curioso es que todo aquello produce efectos que por lo general favorecen precisamente a aquellos intereses de clase [de los poderosos].

Así, no logramos asociar los problemas sociales con las fuerzas socioeconómicas que los crean y aprendemos a truncar nuestro propio pensamiento crítico. Imagínense si intentáramos algo diferente: por ejemplo, si tratáramos de explicar que la riqueza y la pobreza existen juntas no en una yuxtaposición accidental, sino porque la riqueza causa pobreza, un resultado inevitable de la explotación económica tanto en el país como en el extranjero. ¿Tal análisis tendría cabida en los medios de comunicación capitalistas o en la vida política mainstream?

Supongamos que deseamos, en un primer momento, exponer cómo las corporaciones multinacionales utilizan trabajo infantil en Indonesia pagando sueldos que apenas sirven para no morir de hambre. Esta información probablemente pasará desapercibida en los medios de derecha, pero en 1996 aparecerá —luego de décadas de esfuerzos por parte de algunos activistas— en la prensa centrista mainstream. ¿Qué tal si vamos más allá y decimos que estas relaciones de explotación asalariada fueron

impulsadas por todo el poderío del gobierno militar de Indonesia? Muy pocos medios reportarían esta historia, pero todavía podríamos encontrar algunas menciones dentro de las páginas del *New York Times* o el *Washington Post*.

Entonces, supongamos que cruzamos otra línea y decimos que estas condiciones de explotación no podrían prevalecer de no ser por la generosa ayuda militar de los Estados Unidos, y que durante casi treinta años el ejército indonesio ha sido financiado, armado, asesorado y entrenado por el gobierno estadounidense. Es mucho menos probable que esta historia aparezca en la prensa progresista, pero todavía se trata de un problema específico y prescinde de cualquier análisis de clase, por lo que todavía podría aparecer en las columnas de opinión de medios de comunicación izquierdistas como *Nation* y el *Progressive*.

Supongamos ahora que resaltamos que las condiciones de Indonesia (la despiadada explotación económica, la brutal represión militar y el generoso apoyo de los Estados Unidos) existen en muchos otros países. Supongamos que nos pasamos de la raya completamente y en lugar de solamente deplorar este hecho preguntamos: *¿Por qué* las sucesivas administraciones de los Estados Unidos se involucran en actividades tan desagradables en todo el mundo? Uno podría preguntarse qué pasaría si tratásemos de explicar que todo este fenómeno es el resultado lógico del compromiso de los Estados Unidos de hacer del mundo un lugar seguro para el libre mercado y las gigantescas corporaciones multinacionales, y que los objetivos que persigue son (a) maximizar las oportunidades de acumular riqueza manteniendo a la baja los salarios de los trabajadores en todo el mundo, y evitar que se organicen en nombre de sus propios intereses, y (b) proteger al sistema global de acumulación de capital, de libre mercado.

Entonces, ¿qué pasaría si, de todo esto, concluyéramos que la política exterior de los EEUU no es cobarde, como dicen los conservadores, ni incongruente, como dicen los progresistas,

sino que tiene un éxito notable en hacer retroceder a casi todos los gobiernos y movimientos sociales que intentan poner las necesidades del pueblo por encima de la codicia de las empresas privadas?

Semejante análisis, esbozado aquí apresuradamente, requeriría cierto esfuerzo y equivaldría a una crítica marxista – una crítica correcta – del imperialismo capitalista. Aunque los marxistas no son los únicos que podrían llegar a aquella conclusión, es casi seguro que no sería publicada en ninguna parte excepto en un medio marxista. Nos hemos excedido demasiado. Debido a que intentamos explicar la situación particular (trabajo infantil) en términos de un conjunto más amplio de relaciones sociales (poder de clase corporativo), nuestra presentación sería rechazada de plano como «ideológica». Los tabúes de percepción impuestos por los poderes dominantes enseñan a la gente a evitar pensar críticamente sobre tales poderes. Por el contrario, el marxismo nos acostumbra a preguntar por qué, a ver el vínculo entre los acontecimientos políticos y el poder de clase.

Un método común de devaluar al Marxismo es tergiversar lo que realmente dice y luego atacar dicha tergiversación. Esto sucede con bastante facilidad ya que la mayoría de los críticos antimarxistas y sus audiencias tienen poca familiaridad con la literatura marxista y confían en cambio en sus propias nociones caricaturizadas. Por ejemplo, la *Carta Pastoral Sobre el Comunismo Marxista* rechaza la afirmación de que «la revolución estructural [léase, de clase] puede curar por completo una enfermedad que es el hombre mismo», ni puede proporcionar «la solución de todo el sufrimiento humano»⁸¹. Pero, ¿quién hace tal afirmación? No se puede negar que la revolución no cura por completo todo el sufrimiento humano. Pero, ¿por qué se usa esa afirmación como una refutación del Marxismo? La mayoría de

⁸¹ National Conference of Catholic Bishops (NCCB). (1980). *Pastoral Letter on Marxist Communism*. NCCB: Washington, D.C. Pág. 9.

los marxistas no son milenaristas ni utópicos. No sueñan con una sociedad perfecta, sino con una vida mejor y más justa. No pretenden eliminar todo el sufrimiento y reconocen que incluso en la mejor de las sociedades es inevitable la desgracia, la muerte y otras vulnerabilidades de la vida. Y ciertamente en cualquier sociedad hay algunas personas que, por la razón que sea, son dadas a actos ilícitos y comportamientos egoístas. La imperfectísima naturaleza de los seres humanos debería impulsarnos con más vigor a evitar que el poder y la riqueza se acumulen en las manos de un pequeño grupo que no rinde cuentas a nadie, que es hacia donde se dirige el Capitalismo.

El Capitalismo y sus diversas instituciones afectan las dimensiones más personales de la vida cotidiana en formas que no son evidentes. Un enfoque marxista nos ayuda a ver conexiones que antes nos eran invisibles, a relacionar los efectos con las causas y a reemplazar lo arbitrario y misterioso con lo regular y lo necesario. Una perspectiva marxista nos ayuda a ver la injusticia como algo que está arraigado en causas sistémicas que van más allá de la elección individual, y a ver el desarrollo de los acontecimientos no como sucesos neutrales sino como las consecuencias premeditadas del poder y el interés de clase. El Marxismo también muestra cómo incluso las consecuencias *no deseadas* pueden ser utilizadas por aquellos con que dispongan de los suficientes recursos para servir a sus intereses.

¿Marx sigue siendo relevante a día hoy? Solo si usted quiere saber por qué los medios distorsionan las noticias para alinearlas a un discurso mainstream; por qué más y más personas en el país y en el extranjero enfrentan adversidades económicas mientras el dinero continúa acumulándose en manos de unos pocos; por qué hay tanta riqueza y tanta pobreza en este país y en otros lugares; por qué las fuerzas estadounidenses sienten que tienen el deber de intervenir en tantas regiones del mundo; por qué una economía rica y productiva produce crónicas recesiones, subempleo y descuido de las necesidades sociales; y por qué

muchos funcionarios políticos no quieren o no pueden servir al interés público⁸².

Algunos teóricos marxistas han ascendido tanto a las alturas adormecedoras de la reflexión abstracta que rara vez tocan las realidades políticas [concretas] aquí en la tierra. Pasan su tiempo hablando entre ellos en código autorreferencial, un ritual escolástico del que Doug Dowd hizo mofa: «¿Cuántos marxistas pueden bailar sobre la cabeza de una plusvalía?»⁸³. Afortunadamente hay otros que no sólo nos hablan de la teoría marxista, sino que demuestran su utilidad aplicándola a las realidades políticas. Saben cómo establecer conexiones entre la experiencia inmediata y las fuerzas estructurales más grandes que dan forma a esa experiencia. Cruzan la línea prohibida y hablan del poder de clase.

Es por eso que, a pesar de toda la tergiversación y la represión, la academia marxista sobrevive. Si bien no tiene todas las respuestas, tiene un poder explicativo superior, sacando a la luz aspectos de la realidad que la academia burguesa se esmera en mantener oculto. El Marxismo ofrece el tipo de verdades subversivas que causan miedo y temblor entre la élite y los poderosos, aquellos que viven en la cima de una montaña de mentiras.

⁸² Para indagar con más profundidad en estas preguntas invito al lector o lectora a revisar algunos de mis trabajos: *Democracy for the Few*, 6ta edición, (Nueva York: St. Martin's Press, 1995); *Against Empire* (San Francisco: City Lights Books, 1995); y *Dirty Truths* (San Francisco: City Lights Books, 1996).

⁸³ Referencia a lo que se conoce como «discusión bizantina», una discusión inútil en la cual ninguna de las partes está en capacidad de probar sus aseveraciones, como, por ejemplo, «¿cuántos ángeles pueden bailar en la cabeza de un alfiler?» (N. del Ed.).

CAPÍTULO IX

LO QUE SEA, MENOS LA CLASE: EVITANDO LA PALABRA CON C

«Clase» es un concepto que tanto los escritores mainstream como muchos izquierdistas evitan enérgicamente. Cuando ciertas palabras son eliminadas del discurso público, también lo son ciertos pensamientos. Las ideas disidentes se vuelven más difíciles de expresar cuando no hay palabras para expresarlas. La «clase» generalmente se descarta como una noción marxista superada, sin relevancia para la sociedad contemporánea. Es un concepto que ha recibido el mismo trato que las palabras vulgares.

Cuando se saca del camino a la palabra con c es fácil deshacerse de otros conceptos políticamente inaceptables como el privilegio de clase, el poder de clase, la explotación de clase, el interés de clase y la lucha de clases. Estos también son considerados como algo que ya no es relevante, si es que alguna vez lo llegaron a ser, en una sociedad que supuestamente se basa en el intercambio pluralista de diversos grupos.

La negación de la clase

Aquellos que forman parte de la élite, los ricos y poderosos, son muy conscientes de sus propios intereses. Si bien a veces difieren seriamente entre sí en temas específicos, exhiben una cohesión impresionante cuando se trata de proteger el sistema de clases existente, la propiedad, el privilegio y las ganancias.

Al mismo tiempo, tienen cuidado de que el público no se percate del poder de clase que ejercen. Evitan la palabra con c, especialmente cuando se usa en referencia a ellos mismos: «clase

propietaria», «clase alta» o «clase capitalista». Y no les gusta para nada cuando se llama «clase dominante» a los miembros de la clase propietaria.

La clase dominante en este país se ha esforzado mucho para dejar la impresión de que no existe, que no posee la mayor parte de casi todo y que no ejerce una influencia desproporcionada sobre los asuntos de la nación. Tales precauciones son en sí mismas síntomas de una aguda conciencia de los intereses de clase.

Sin embargo, los miembros de la clase dominante están lejos de ser invisibles. Sus posiciones de liderazgo en el mundo empresarial, su control de las finanzas y la industria internacionales, su propiedad de los principales medios de comunicación y su influencia sobre el poder estatal y el proceso político son, hasta cierto punto, asuntos de dominio público⁸⁴. Si bien parecería una cuestión simple aplicar la palabra con c a aquellos que ocupan las cúpulas de la élite, la ideología de la clase dominante descarta tal aplicación como si uno se hubiese sumergido en la «teoría de la conspiración».

La palabra con c también es tabú cuando se aplica a los millones de trabajadores de una sociedad que por lo general reciben salarios de miseria, la «clase trabajadora», un término que se descarta porque se trataría de jerga marxista. Y está prohibido referirse a las «clases explotadoras y explotadas», porque entonces uno está hablando de la esencia misma del sistema capitalista, la acumulación de riqueza corporativa a expensas del trabajo.

La palabra con c es un término aceptable cuando le precede la palabra «media». Todos los políticos, publicistas y expertos se vuelven locos por la clase *media*, el objeto de su sincera

⁸⁴ Para una descripción más detallada de los recursos y la influencia de la clase dominante, véase *Democracy for the Few*, 6ta edición, (Nueva York: St. Martin's Press, 1995).

preocupación. La clase media, tan admirada y compadecida, está supuestamente habitada por personas virtuosas y autosuficientes, libres de la supuesta prodigalidad de quienes habitan los peldaños más bajos de la sociedad. Al incluir a casi todos, la «clase media» funciona como un concepto convenientemente amorfo que enmascara la explotación y la desigualdad de las relaciones sociales. Es una etiqueta de clase que niega el poder de clase.

La palabra con c es permisible cuando se aplica a otro grupo adicional, al grupo desesperado que vive en el peldaño más bajo de la sociedad, que recibe lo mínimo de todo mientras se le culpa con regularidad de su propia condición: la «clase baja». Las referencias a las supuestas carencias de las personas de clase baja son aceptables porque refuerzan la jerarquía social existente y justifican el trato injusto que se les da a los elementos más vulnerables de la sociedad.

La realidad de clase está oscurecida por una ideología cuyos principios se pueden resumir y refutar de la siguiente manera:

Credo: No hay verdaderas divisiones de clase en esta sociedad. Salvo algunos ricos y pobres, casi todos somos de clase media.

Respuesta: La riqueza está enormemente concentrada en manos de unos pocos en este país, mientras que decenas de millones trabajan por salarios de miseria, cuando hay trabajo. La brecha entre ricos y pobres siempre ha sido grande y ha ido creciendo desde finales de la década de 1970. Los que están en el medio también han estado soportando una creciente injusticia económica e inseguridad.

Credo: Nuestras instituciones sociales y nuestra cultura son entidades autónomas en una sociedad pluralista, en gran medida libres de las influencias de la riqueza y el poder de clase. Pensar lo contrario es abrazar teorías de la conspiración.

Respuesta: La enorme acumulación de riqueza permite el ejercicio de una gran influencia en todos los aspectos de la vida. Nuestras instituciones sociales y culturales están dirigidas por juntas directivas (o fideicomisarios o regentes) formadas en gran parte por élites corporativas entrelazadas, no electivas y autoelegidas. Ellos y sus fieles mercenarios ocupan la mayoría de los puestos más altos del ejecutivo del Estado y otros órganos de formulación de políticas, y manifiestan una gran conciencia de sus intereses de clase al dar forma a las políticas nacionales e internacionales. Esto incluye políticas tales como el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT), diseñado para eludir cualquier soberanía democrática que exista dentro de las naciones⁸⁵.

Credo: Las diferencias entre ricos y pobres son un hecho natural, no están relacionadas entre sí de forma causal. El comportamiento humano individual, no la clase, determina el desempeño humano y las oportunidades de vida. La sociedad tal y como la conocemos es el reflejo de las inclinaciones naturales innatas de los seres humanos.

Respuesta: Todas las ideologías conservadoras justifican las desigualdades existentes como el orden natural de las cosas, como si fuesen el resultado inevitable de la naturaleza humana. Si los ricos mucho más capaces que el resto de nosotros por naturaleza, ¿por qué se les debe proporcionar tantos privilegios artificiales mediante la ley, tantos rescates, subsidios y otras consideraciones especiales a nuestra costa? Entre sus «talentos superiores por naturaleza» se encuentran subterfugios ilegales y sin principios como la fijación de precios, la manipulación de acciones, el tráfico de información privilegiada, el fraude, la evasión de impuestos, la aplicación legal de la competencia desleal, el expolio ecológico, la producción de productos nocivos y las condiciones de trabajo inseguras. Uno podría esperar que las

⁸⁵ Para una discusión acerca del GATT, véase mi libro *Against Empire* (San Francisco: City Lights Books, 1995).

personas superiores por naturaleza no actúen de manera tan rapaz y venal. Las diferencias en talento y capacidad que puedan existir entre los individuos no excusan los crímenes e injusticias que son endémicos en el sistema capitalista.

Los teóricos TMC

Incluso entre las personas normalmente identificadas como progresistas uno encuentra renuencia a lidiar con la realidad del poder de la clase capitalista. En ocasiones el rechazo a la palabra con c es bastante categórico. En una reunión en Nueva York en 1986 escuché al sociólogo Stanley Aronowitz comentar: «Cuando escucho la palabra “clase”, simplemente bostezo». Para Aronowitz, la clase es un concepto cada vez menos importante, utilizado por aquellos a los que se refirió reiteradamente como «marxistas ortodoxos»⁸⁶.

⁸⁶ Aronowitz y otros académicos de «izquierda» luchan contra el Marxismo al producir exégesis hiperteorizadas en un campo llamado «estudios culturales». Que sus escritos, a menudo impenetrables, rara vez se conectan con el mundo real lo demostró en 1996 el físico Alan Sokal, un izquierdista, quien escribió una parodia de estudios culturales y la envió al *Social Text* de Aronowitz, una revista dedicada a artículos que se especializan en verborrea inflada, pretensiones pedantes y superioridad académica. El artículo de Sokal estaba cargado de jerga oscura pero moderna y referencias a pie de página a personajes como Jacques Derrida y el propio Aronowitz. Pretendía ser una «exposición epistémica» de «desarrollos recientes en la gravedad cuántica» y «la variedad espacio-temporal» y «categorías conceptuales fundamentales de la ciencia anterior» que se han «problematizado y relativizado» con «profundas implicaciones para el contenido de una futura ciencia posmoderna y liberadora». Varios editores de *Social Text* leyeron y aceptaron el artículo como si fuese una contribución seria. Después de que lo publicaron, Sokal reveló que era poco más que un galimatías fabricado que «no estaba obligado a respetar ningún estándar de evidencia o lógica». En efecto, demostró que los editores de la revista estaban tan profundamente inmersos en un discurso pretenciosamente inflado que no podían distinguir entre un esfuerzo intelectual genuino y una parodia tonta. Aronowitz

Otro académico de izquierda, Ronald Aronson, en un libro titulado *After Marxism*, afirma —frente a toda la evidencia reciente— que las clases en la sociedad capitalista se han vuelto «menos polarizadas» y que la explotación de clases no es un problema urgente hoy en día porque los sindicatos «han conquistado poder para proteger a sus miembros y afectar la política social». Esto en un momento en que muchos sindicatos están siendo destruidos, los trabajadores están siendo degradados a la condición de trabajadores tercerizados y la brecha de ingresos es la más grande en décadas.

Muchos de los que pretenden ser de izquierda son tan rabiosamente antimarxistas como para aprovechar cualquier noción concebible excepto el poder de clase para explicar lo que está sucediendo en el mundo. Son los teóricos de *todo menos la clase* (TMC) que, aunque no están aliados con los conservadores en la mayoría de los temas políticos, ejercen el rol de retrasar el crecimiento de la conciencia de clase⁸⁷.

respondió diciendo que Sokal era una persona «mal leída y medio educada» (*New York Times*, 18/5/96).

Uno recuerda el comentario de Robert McChesney: «En algunas universidades, el mismo término estudios culturales se ha convertido en un chiste de mal gusto. Significa investigación a medias, autocomplacencia y pretensión ridícula. En el peor de los casos los defensores de estos estudios culturales novedosos son incapaces de defender su trabajo, por lo que ya no lo intentan, simplemente alegando que sus críticos están obsesionados con nociones anticuadas como la evidencia, la lógica, la ciencia y la racionalidad» (*Monthly Review*, 3/96). En mi opinión, uno de los principales efectos de los estudios culturales es desviar la atención de las realidades del poder de clase, las cosas «pasadas de moda» que hacen bostezar a Aronowitz y sus asociados.

⁸⁷ Como ejemplos principales, pruebe la prosa hinchada y pretenciosa de teóricos anticomunistas de izquierda como Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, quienes son tratados con reverencia por sus contrapartes en este país. Una moda reciente de los intelectuales TMC de «izquierda» es el «posmodernismo», que argumenta que los principios de racionalidad y evidencia de la modernidad ya no se aplican; las ideologías de larga data han perdido su relevancia al igual que la mayor parte de la economía política

Los teóricos TMC de «izquierda» dicen que estamos prestando demasiada atención a la clase. ¿Quién exactamente está haciendo eso? Examinando las principales publicaciones académicas, las revistas radicales y las conferencias de académicos socialistas, es difícil encontrar muchos análisis de clase de cualquier tipo. Lejos de prestar demasiada atención al poder de clase, la mayoría de los escritores y comentaristas estadounidenses todavía tienen que descubrir el tema. Mientras golpean a una izquierda marxista bastante minúscula, los teóricos TMC quieren hacernos pensar que están dando una batalla heroica en contra de las hordas de marxistas que dominan el discurso intelectual en este país —otra alucinación más que tienen en común con los conservadores⁸⁸.

En su interminable búsqueda de esquemas conceptuales que pudieran silenciar el análisis de clase marxista, los teóricos TMC de «izquierda» han estado jugando durante años con una falsa dicotomización entre el Marx joven (culturalista, humanista, bueno) y el Marx viejo (dogmático, economicista, malo)⁸⁹. Como señala el académico marxista Bertell Ollman, este

y la historia; y uno no puede esperar desarrollar una crítica confiable de las fuerzas institucionales y de clase. Si bien afirma buscar nuevos «significados», el posmodernismo se asemeja a las mismas viejas teorías anticlasistas, tanto de derecha como de izquierda. Para una discusión y crítica, véase Ellen Meiksins Wood y John Bellamy Foster (eds.), *In Defense of History* (Nueva York: Monthly Review Press, 1977).

⁸⁸ Algunas publicaciones que afirman ser de izquierda, como *Dissent*, *New Republic*, *New Politics*, *Telos*, *In These Times* y *Democratic Left*, a menudo pueden ser tan inflexibles como cualquier medio conservador en su anticomunismo, antimarxismo y, por supuesto, antisovietismo.

⁸⁹ Uno de los que pretende ser de izquierda es John Judis, cuyo impresionante desconocimiento del Marxismo no le impide distinguir entre marxistas «humanistas» y marxistas «simplistas, deterministas, economicistas» (*In These Times*, 9/ 23/81). Según Judis, estos últimos no atribuyen ninguna importancia a las condiciones culturales y estructuras políticas. No conozco marxistas que se ajusten a esa descripción. Yo, por mi parte, trato las instituciones culturales y políticas con mucho detalle en varios de mis libros, pero la cultura está anclada en un sistema general de

contrapeso artificial transforma un desarrollo relativamente menor en el trabajo de Marx en un océano entre dos formas de pensar que tienen muy poco en común⁹⁰.

Algunos teóricos TMC trabajaron duro para promover los escritos del difunto líder del Partido Comunista Italiano, Antonio Gramsci, como fuente de teoría cultural para contrarrestar un análisis de clase marxista. (Véase, por ejemplo, medios como *Telos* de Paul Piccone durante los años setenta y principios de los ochenta). Gramsci, decían, se opuso a las perspectivas «economicistas» de Marx y Lenin, y no trataba a la lucha de clases como un concepto central, prefiriendo, en cambio, desarrollar un «análisis más matizado» basado en la hegemonía cultural. De esta manera Gramsci se convirtió en «el marxista que uno se puede llevar a casa con mamá», como dijo el historiador T.J. Jackson. Y como añadió Christopher Phelps:

Gramsci se ha vuelto seguro, dócil, desnaturalizado –apenas la sombra de su yo revolucionario. Los académicos que buscan justificar su retiro en teorías muy abstrusas han creado ilusiones fantasiosas sobre su actividad «contrahegemónica». Han creado un Gramsci mítico que sostiene puntos de vista que nunca tuvo, incluida una

propiedad y control corporativo; véase mi libro *Power and the Powerless* (Nueva York: St. Martin's Press, 1978); *Make-Believe Media: The Politics of Entertainment* (Nueva York: St. Martin's Press, 1992); *Inventing Reality: The Politics of News Media*, 2da edición (Nueva York: St. Martin's Press, 1993); *Land of Idols: Political Mythology in America* (Nueva York: St. Martin's Press, 1994) y *Dirty Truths* (San Francisco: City Lights Books, 1996).

⁹⁰ Ollman señala que el marco analítico de Marx no surgió completamente de su cabeza. En las obras anteriores, como los *Manuscritos económicos y filosóficos* y *La ideología alemana*, Marx está en el proceso de construcción de su pensamiento y está reconstruyendo su comprensión del Capitalismo en la historia, apoyándose más en su formación filosófica y sus críticas a los neohegelianos. Pese a que aparecen con mayor frecuencia en sus primeros trabajos, conceptos como la alienación y el lenguaje de la dialéctica aparecen a lo largo de su obra, incluyendo a *El Capital*; véase el futuro artículo de Bertell Ollman, "The Myth of the Two Marx"; además David McLellan, *The Young Hegelians and Karl Marx* (Londres: McMillan: 1969).

oposición a la organización socialista revolucionaria del tipo que él, siguiendo a Lenin, consideraba indispensable (*Monthly Review*, 11/95).

El mismo Gramsci habría considerado las representaciones que se hacen sobre él los teóricos TMC como algo completamente fuera de lugar. Nunca trató la cultura y la clase como términos mutuamente excluyentes, sino que vio la hegemonía cultural como un instrumento vital de la clase dominante. Además, ocupaba un destacado puesto en el Partido Comunista Italiano y se consideraba un firme heredero de la tradición marxista-leninista.

Las ciencias sociales, la sociología pop y los comentaristas de los medios de comunicación tratan a la clase como una característica demográfica o un estatus ocupacional. Entonces, los sociólogos se refieren a [la clase] «media alta», «media baja» y similares. Reducida a un rasgo demográfico, la afiliación de clase de uno ciertamente puede parecer que tiene una prominencia política relativamente baja. La sociedad misma se convierte en poco más que una configuración pluralista de grupos de estatus. La clase no es un tema tabú si está divorciada del proceso de acumulación capitalista y de la explotación.

Tanto los científicos sociales mainstream como los teóricos TMC de «izquierda» no tienen en cuenta la interrelación dinámica que da a las clases su importancia. En contraste, los marxistas tratan a la clase como el concepto clave en todo un orden social conocido como Capitalismo (o Feudalismo, o Esclavismo), que se centra en la propiedad de los medios de producción (fábricas, minas, pozos de petróleo, agronegocios, conglomerados de medios y similares) y a la necesidad –si uno no tiene propiedad– de vender su trabajo en condiciones muy favorables para el empleador.

La clase obtiene su significado del proceso de extracción de excedentes. La relación entre empleador y empleado es esencialmente de explotación, involucrando la constante transferencia de riqueza de aquellos que trabajan (pero no poseen) a aquellos que poseen (pero no trabajan). Así es como algunas personas se hacen cada vez más ricas sin trabajar, o haciendo solo una fracción del trabajo que las enriquece, mientras que otras se esfuerzan durante toda su vida para terminar con poco o nada.

Tanto los científicos sociales ortodoxos como los teóricos TMC de «izquierda» tratan a las diversas facciones sociales dentro de la clase no-capitalista como clases en sí mismas; entonces hablan de una «clase de cuello azul», una «clase profesional», y cosas por el estilo. Al hacerlo, afirman estar moviéndose más allá de un modelo dualista, marxista, «reduccionista» de clases. Pero, ¿qué es más reduccionista que ignorar la dinámica subyacente del poder económico y el conflicto entre el capital y el trabajo? ¿Qué es más engañoso que tratar a los grupos ocupacionales como clases autónomas, prestando atención a todos los grupos sociales en la sociedad capitalista excepto a la clase capitalista misma, a todos los conflictos sociales excepto al conflicto de clases?

Tanto los teóricos TMC de «izquierda» como los teóricos convencionales tienen dificultades para comprender que la creación de una formación social gerencial o tecnocrática no constituye un cambio básico en las relaciones de propiedad del Capitalismo, ni la creación de nuevas clases. Los profesionales y gerentes no son una clase autónoma como tal. Más bien, son trabajadores mentales que viven mucho mejor que la mayoría de los demás empleados, pero que aún sirven al proceso de acumulación que beneficia a los propietarios corporativos.

La cotidiana lucha de clases

Para apoyar su punto de vista de que la clase (en el sentido marxista) es algo que se está superando, los teóricos TMC afirman repetidamente que no habrá una revolución obrera en los Estados Unidos en el futuro previsible. (Escuché este sentimiento expresado en tres paneles diferentes durante una «conferencia de Gramsci» en Amherst, Massachusetts, en abril de 1987). Incluso si estamos de acuerdo con esta profecía, aún podríamos preguntarnos cómo se convierte en motivo para rechazar el análisis de clase y concluir que no existe tal cosa como la explotación del trabajo por el capital, y que la clase trabajadora no se opone a aquella explotación.

La revolución feminista que iba a transformar toda nuestra sociedad patriarcal no se ha materializado hasta ahora, pero ninguna persona de izquierda considera que el sexismo es una quimera o que las luchas de género no tienen importancia alguna. Que los trabajadores en Estados Unidos no estén levantando barricadas no significa que la lucha de clases sea un mito. En la sociedad actual, esa lucha impregna casi todas las actividades laborales. Los empleadores están moliendo implacablemente a los trabajadores y los trabajadores luchan constantemente contra los empleadores.

La guerra de clases del capital se libra con mandatos judiciales, leyes antilaborales, represión policial, destrucción de sindicatos, violaciones de contratos, talleres clandestinos, cronometraje deshonesto, violaciones de seguridad, acoso y despido de trabajadores militantes, recortes en salarios y beneficios, allanamientos de fondos de pensiones, despidos y cierres de plantas. Los trabajadores contraatacan con organización sindical, huelgas, retrasos, boicots, manifestaciones públicas, acciones laborales, ausentismo coordinado y sabotaje en el lugar de trabajo.

La clase tiene una dinámica que va más allá de su visibilidad inmediata. Seamos conscientes de ello o no, las realidades de clase impregnan nuestra sociedad y determinan en gran medida nuestra capacidad para perseguir nuestros propios intereses. El poder de clase es un factor para establecer la agenda política, seleccionar líderes, reportar noticias, financiar la ciencia y la educación, distribuir atención médica, maltratar el medio ambiente, deprimir los salarios, resistir la igualdad racial y de género, comercializar el entretenimiento y las artes, propagar mensajes religiosos, reprimir la disidencia y definir la propia realidad social

Los teóricos TMC no ven a la clase obrera solamente como un conjunto incapaz de una revolución, sino como algo que está desapareciendo, perdiendo importancia como formación social. Cualquiera que todavía piense que la clase es de importancia primordial es tildado de marxista intransigente, se dice que peca de «economicismo» y «reduccionismo», y que es incapaz de seguir el ritmo de los «postmarxistas», «postestructuralistas», «postindustrialistas», «postcapitalistas», «postmodernistas», y «postdeconstruccionistas».

Es irónico que algunos intelectuales de izquierda consideren que la lucha de clases es en gran medida irrelevante en un momento en que el poder de clase se vuelve cada vez más transparente, en un momento en que la concentración empresarial y la acumulación de ganancias son más rapaces que nunca, y el sistema fiscal se ha vuelto más regresivo y opresivo, la transferencia ascendente de ingresos y riqueza se ha acelerado, los activos del sector público se están privatizando, el dinero corporativo ejerce un control cada vez mayor sobre el proceso político, las personas en el país y en el extranjero están trabajando más duro por menos remuneraciones, y en todo el mundo la pobreza está creciendo más rápido que la población.

Hay neoconservadores y centristas mainstream que manifiestan una mejor conciencia de la lucha de clases que los

teóricos TMC de «izquierda». Así, el exeditor en jefe del *New York Times*, A. M. Rosenthal, ve la ofensiva de «tala y quema» del partido republicano contra los programas sociales «no solo como una receta para la lucha de clases, sino el inicio de su realidad» (*New York Times*, 21/3/95). Rosenthal continúa citando a Felix Rohatyn, financiero de Wall Street, quien señala que «los grandes beneficiarios de nuestra expansión económica han sido los propietarios de activos financieros» en lo que equivale a «una enorme transferencia de riqueza de los trabajadores estadounidenses de clase media menos calificados a los propietarios de bienes de capital y a la nueva aristocracia tecnológica». Cada vez más, «los trabajadores se ven a sí mismos como simples activos temporales que deben ser contratados o despedidos para proteger el resultado final y crear “valor para los accionistas”».

Es humillante para los intelectuales TMC de «izquierda» que sus análisis sean menos profundos que los realizados por personas del *establishment* como Rosenthal y Rohatyn.

Aprovechando todo menos la clase, los izquierdistas estadounidenses de hoy han desarrollado una variedad de grupos de identidad que se centran en cuestiones étnicas, de género, culturales y de estilo de vida. Estos grupos tratan sus respectivas luchas como algo aparte de la lucha de clases, y casi no tienen nada que decir sobre las injusticias político-económicas de clase perpetradas contra todos nosotros que cada vez son más crudas. Los grupos de identidad tienden a enfatizar su distinción y su separación entre sí, fraccionando así el movimiento de protesta. Sin duda, tienen contribuciones importantes que hacer en torno a temas que son particularmente destacados para ellos, temas que a menudo otros pasan por alto. Pero tampoco deben restar importancia a sus intereses comunes, ni pasar por alto al enemigo de clase común al que se enfrentan. Las fuerzas que imponen la injusticia de clase y la explotación económica son las

mismas que propagan el racismo, el sexismo, el militarismo, la devastación ecológica, la homofobia, la xenofobia y similares.

Es posible que las personas no desarrollen una conciencia de clase, pero aun así se ven afectadas por el poder, los privilegios y las desventajas relacionadas con la distribución de la riqueza y la miseria. Estas realidades no se anulan por raza, género o cultura. Los últimos factores operan dentro de una totalidad: la sociedad de clases. Las exigencias del poder de clase y la explotación dan forma a la realidad social en la que todos vivimos. El racismo y el sexismo ayudan a crear categorías superexplotadas de trabajadores (minorías y mujeres) y refuerzan las nociones de desigualdad que son tan funcionales para un sistema capitalista.

Adoptar un análisis de clase no es negar la importancia de los problemas identitarios, sino ver cómo estos están vinculados entre sí y con la estructura general del poder político-económico. Una conciencia de las relaciones de clase profundiza nuestra comprensión de la cultura, la raza, el género y otras cosas por el estilo.

Riqueza y poder

Para que unos pocos elegidos puedan vivir en gran opulencia, millones de personas trabajan duro durante toda su vida, nunca libres de la inseguridad financiera y con un gran costo para la calidad de sus vidas. La queja no es que los muy ricos tengan mucho más que los demás, sino que su superabundancia y su interminable acumulación se producen a expensas de todos y todo lo demás, incluyendo nuestras comunidades y nuestro medio ambiente.

Las grandes concentraciones de riqueza otorgan a la clase propietaria el control no solo sobre los medios de subsistencia de

millones, sino también sobre la vida cívica como tal. El dinero es el ingrediente necesario que da a los ricos su inmensa influencia política, su propiedad monopólica de los medios de comunicación, su acceso a cabilderos y altos cargos públicos. Para quienes la poseen, la gran riqueza también les otorga prestigio social y dominio cultural, incluida la membresía en las juntas directivas de fundaciones, universidades, museos, instituciones de investigación y escuelas profesionales.

Del mismo modo, la ausencia de dinero es lo que hace que los que no tienen nada y los que tienen poco sean impotentes, privándolos del acceso a los medios nacionales y limitando severamente su influencia sobre los políticos. A medida que crece la brecha entre los ricos y el resto de nosotros, disminuyen las oportunidades para el gobierno popular.

Se habla mucho acerca de «cómo equilibrar libertad y seguridad». La historia ofrece numerosos ejemplos de líderes que, en nombre de la seguridad nacional, han estado dispuestos a extinguir las pocas y preciosas libertades que la gente podría haber ganado después de generaciones de lucha. Los desafíos al orden social privilegiado se tratan como ataques a todo orden social, una zambullida en el caos y la anarquía. Se declaran necesarias medidas represivas para salvaguardar al pueblo de los peligros de terroristas, subversivos, rojos y otros supuestos enemigos, tanto extranjeros como nacionales.

Una y otra vez se nos pide elegir entre libertad y seguridad cuando en realidad no hay seguridad sin libertad. Tanto en las dictaduras como en las democracias, las agencias de «seguridad nacional», actuando de manera secreta e inexplicable, han violado regularmente tanto nuestra libertad como nuestra seguridad, practicando todas las formas conocidas de represión, corrupción y engaño.

Una vez que controlan el estado, los intereses plutocráticos pueden usar un sistema de impuestos regresivos para hacer que

el público pague por las agencias de represión que son esenciales para la dominación por parte de la élite. Aun así, la gobernabilidad democrática puede resultar problemática, incitando a todo tipo de demandas populares e imponiendo restricciones al disfrute de un mercado libre por parte de las grandes empresas. Por esta razón, los adalides del Capitalismo y sus publicistas conservadores apoyan tanto un estado fuerte armado con todos los poderes, como un gobierno débil incapaz de detener el abuso corporativo o satisfacer las necesidades de la población común.

Aparte de los imperativos sistémicos que hacen que en el Capitalismo se acumule sin fin, también debemos considerar la fuerza impulsora de la codicia de clase. La riqueza es una adicción. No hay fin a la cantidad de dinero que uno podría desear acumular. La mejor seguridad para ser rico es enriquecerse aún más, amontonando posesión tras posesión, entregándose a la *auri sacra fames*, la maldita codicia por el oro, el deseo de más dinero del que se puede consumir en mil vidas de indulgencia ilimitada, deseando más y más dinero.

La riqueza compra todas las comodidades y privilegios de la vida, de la fama a la fortuna, elevando a su poseedor a la más alta estratosfera social, una expresión del yo engrandecido, una expansión de los límites del ego, una extensión de la existencia de uno más allá de la tumba, dejándolo sintiéndose casi invulnerable al tiempo y a la mortalidad.

La riqueza se persigue sin restricciones morales. Los más ricos tratan de aplastar a cualquiera que se resista a su acumulación sin fin, sin corazón y sin principios. Como cualquier adicción, el dinero se persigue de esa manera obsesiva, amoral y resuelta, que revela un desprecio total por lo que está bien o mal, lo justo o lo injusto, una indiferencia hacia otras consideraciones

y los intereses de otras personas —e incluso los propios intereses, pues estos se alinean a satisfacer la adicción⁹¹.

El Capitalismo es un sistema racional basado en la maximización sistemática y bien calculada del poder y las ganancias que tiene la consecuencia irracional en última instancia de devorar el sistema mismo, y todo lo demás con él.

Ecoapocalipsis, un acto de clase

En 1876 el colaborador de Marx, Frederich Engels, hizo una advertencia profética: «No nos halaguemos demasiado a causa de nuestra conquista humana sobre la naturaleza. Porque cada una de esas conquistas se venga de nosotros. (...) A cada paso se nos recuerda que de ninguna manera gobernamos sobre la naturaleza como un conquistador sobre un pueblo extranjero, como alguien que está fuera de la naturaleza, sino que nosotros, con carne, sangre y cerebro, pertenecemos a la naturaleza y existimos en su medio».

El Capitalismo parecería pretender existir fuera de la naturaleza debido a su interminable énfasis en la explotación y expansión, además de su indiferencia a los costos ambientales. La esencia del Capitalismo, su razón de ser, es convertir la naturaleza en mercancías y las mercancías en capital, transformando la tierra viva en riqueza inanimada. Este proceso de acumulación de capital causa estragos en el sistema ecológico global. Trata los recursos del planeta que sustentan la vida (tierras cultivables, aguas subterráneas, humedales, bosques,

⁹¹ Por lo tanto, es necesario y deseable tener leyes para proteger el medio ambiente, la vida de los trabajadores y la salud del consumidor porque las grandes empresas tienen una indiferencia total hacia tales cosas y, en la medida en que recortan las ganancias, una abierta hostilidad hacia las regulaciones en nombre de del interés público. A veces olvidamos cuán profundamente inmoral es el poder corporativo.

pesquerías, lechos oceánicos, ríos, calidad del aire) como ingredientes prescindibles de suministro ilimitado, para ser consumidos o contaminados a voluntad. En consecuencia, los sistemas de soporte de toda la ecosfera —la delgada capa de aire fresco, agua y suelo superficial del planeta— están en riesgo, amenazados por cosas como el calentamiento global, la erosión masiva y el agotamiento de la capa de ozono.

El calentamiento global es causado por la deforestación tropical, los vehículos motorizados y otras emisiones de combustibles fósiles que crean un «efecto invernadero», atrapando el calor cerca de la superficie de la tierra. Este calor acumulado está alterando la química atmosférica y los patrones climáticos en todo el planeta, provocando sequías, inundaciones, maremotos, tormentas de nieve, huracanes, olas de calor y grandes pérdidas de humedad del suelo como no se ha visto nunca en la historia. Ahora sabemos que el planeta no tiene una capacidad ilimitada para absorber el calor causado por el consumo de energía.

Otra catástrofe potencial es la reducción de la capa de ozono que nos protege de los rayos más mortíferos del sol. Cada año se emiten a la atmósfera terrestre más de 2.500 millones de libras de sustancias químicas que agotan la capa de ozono, lo que genera una radiación ultravioleta excesiva que provoca un aumento alarmante del cáncer de piel y otras enfermedades. El aumento de la radiación está dañando árboles, cultivos y arrecifes de coral, y destruyendo el fitoplancton del océano, fuente de aproximadamente la mitad del oxígeno del planeta. Si los océanos mueren, nosotros también.

Al mismo tiempo, el aumento de la contaminación y la población nos ha dado lluvia ácida, erosión del suelo, sedimentación de las vías fluviales, pastizales que se reducen, suministros de agua y humedales que desaparecen, y la

destrucción de miles de especies, sin contar a los cientos más en la lista de especies en peligro de extinción⁹².

En 1970, en lo que se llamó el «Día del Medio Ambiente», el presidente Richard Nixon entonó: «Qué extraña criatura es el hombre, que ensucia su propio nido». Con esa declaración, Nixon estaba ayudando a propagar el mito de que la crisis ecológica que enfrentamos es una cuestión de comportamiento individual irracional más que de magnitud social. En verdad, el problema no es la elección individual sino el sistema que se impone a los individuos y prefigura su elección. Detrás de la crisis ecológica está la realidad del interés y el poder de clase

Un Capitalismo en constante expansión y una ecología frágil y finita están en curso de colisión calamitosa. No es cierto que los intereses político-económicos dominantes estén en un estado de negación al respecto. Mucho peor que la negación, se encuentran en un estado de total antagonismo hacia aquellos que piensan que el planeta es más importante que las ganancias corporativas. Así que difaman a los ambientalistas como «ecoterroristas», «gestapo de la EPA», «alarmistas del Día de la Tierra», «abrazadores de árboles» y proveedores de «histeria verde» y «tonterías progresistas».

Algunos activistas ambientales en este país han sido objeto de ataques terroristas llevados a cabo por asaltantes desconocidos, con la tolerancia implícita de las autoridades encargadas de hacer cumplir la ley⁹³. Los autócratas en países

⁹² Poner fin a la explosión demográfica no salvará por sí solo la ecosfera, pero no acabar con ella aumentará en gran medida los peligros a los que se enfrenta el planeta. El medio ambiente puede sostener una vida de calidad para un número limitado de personas.

⁹³ Para ofrecer un ejemplo: el FBI se apresuró a realizar arrestos cuando los ambientalistas Judi Bari y Darryl Cherney resultaron gravemente heridos por un coche bomba en 1990. Arrestaron a Bari y Cherney, llamándolos «activistas radicales», alegando que la bomba debía haber pertenecido a ellos. Ambos han sido durante mucho tiempo defensores abiertos de la no-violencia. Los cargos finalmente fueron retirados por falta de pruebas. (La

como Nigeria, que se revuelcan con las compañías petroleras contaminantes, han librado una guerra brutal contra los ecologistas, llegando incluso a ahorcar al líder popular Ken Saro Wiwa.

En los últimos años los conservadores dentro y fuera del Congreso, impulsados por cabilderos corporativos, han apoyado medidas que (1) evitarían que la Agencia de Protección Ambiental impida que los lagos y puertos se llenen de tóxicos, (2) eliminarán la mayor parte de la superficie de humedales que se iba a apartar para una reserva, (3) desregularán por completo la producción de clorofluorocarbonos que agotan la capa de ozono, (4) eliminarán virtualmente los estándares de agua limpia y aire limpio, (5) abrirán el refugio de vida salvaje del Ártico en Alaska a la perforación de petróleo y gas, (6) desfinanciarán los esfuerzos para mantener las aguas residuales sin tratar fuera de los ríos y lejos de las playas, (7) privatizarán y abrirán los parques nacionales al desarrollo comercial, (8) entregarán los pocos bosques antiguos restantes a la tala sin restricciones, y (9) derogarán la Ley de especies en peligro de extinción. En resumen, su intención declarada abiertamente ha sido destripar todas nuestras protecciones ambientales, por inadecuadas que sean.

Los conservadores sostienen que no hay crisis ambiental. Los avances tecnológicos seguirán mejorando la vida de más y más personas⁹⁴. Uno podría preguntarse por qué los ricos y poderosos avanzan por esta ruta antiambiental aparentemente

bomba había sido colocada debajo del asiento del conductor). El FBI no nombró a otros sospechosos y no hizo una investigación real del ataque.

⁹⁴ Un artículo de portada en *Forbes* (14/8/95) se burla de la «industria del miedo de la salud» y asegura a los lectores que la comida chatarra altamente química y rica en grasas es perfectamente segura para la salud. Los propietarios de la revista y los anunciantes corporativos son conscientes de que si las personas comienzan a cuestionar los productos que ofrece el sistema corporativo pueden terminar cuestionando al sistema mismo. No sin una buena razón, *Forbes* se describe a sí misma como «una herramienta capitalista».

suicida. Pueden destruir el bienestar, la vivienda pública, la educación pública, el transporte público, la seguridad social, Medicare y Medicaid con impunidad, porque ellos y sus hijos no se verán privados de ello, teniendo medios más que suficientes para procurarse servicios privados para ellos mismos. Pero el medio ambiente es otra historia. Los conservadores ricos y sus cabilderos corporativos habitan el mismo planeta contaminado que todos los demás, comen la misma comida química y respiran el mismo aire contaminado.

La realidad es que no viven exactamente como todos los demás. Experimentan una realidad de clase diferente, residiendo en lugares donde el aire es algo mejor que en las zonas de ingresos bajos y medios. Tienen acceso a alimentos que se crían orgánicamente y se preparan especialmente. Los basureros tóxicos y las autopistas de la nación generalmente no están ubicados en o cerca de sus elegantes vecindarios. Los pesticidas en aerosol no se vierten sobre sus árboles y jardines. La tala rasa no desola sus ranchos, haciendas y lugares de veraneo. Incluso cuando ellos o sus hijos sucumben a una terrible enfermedad como el cáncer, no relacionan la tragedia con factores ambientales, aunque los científicos ahora creen que la mayoría de los cánceres se deben a causas humanas. Niegan que haya un problema mayor porque ellos mismos crean ese problema y le deben gran parte de su riqueza.

Pero, ¿cómo pueden negar la amenaza de un apocalipsis ecológico provocado por el agotamiento del ozono, el calentamiento global, la desaparición del suelo superficial y la muerte de los océanos? ¿Quieren las élites dominantes ver la vida en la tierra, incluida la suya propia, destruida? A la larga, de hecho, serán víctimas de sus propias políticas, junto con todos los demás. Sin embargo, como todos nosotros, no viven a largo plazo sino en el aquí y ahora. Para las clases dominantes, lo que está en juego es algo más inmediato y de mayor preocupación que la ecología global: es la acumulación de capital global. El destino de

la biosfera es una abstracción en comparación con el destino de las inversiones personales.

Además, la contaminación paga, mientras que la ecología cuesta. Cada dólar que una empresa debe gastar en protección ambiental es un dólar menos en ganancias. Es más rentable tratar el medio ambiente como un tanque séptico, vertiendo miles de nuevos productos químicos nocivos a la atmósfera cada año, vertiendo efluentes industriales sin tratar en el río o la bahía, convirtiendo las vías fluviales en alcantarillas abiertas. El beneficio a largo plazo de preservar un río que corre a lo largo de una comunidad (donde los contaminadores corporativos no viven de todos modos) no pesa tanto como la ganancia inmediata que proviene de los modos de producción costosos ecológicamente.

Los sistemas de energía solar, eólica y de las mareas podrían ayudar a evitar el desastre ecológico, pero serían un desastre para los ricos cárteles del petróleo. Seis de las diez principales corporaciones industriales del mundo están involucradas principalmente en la producción de petróleo, gasolina y vehículos de motor. La contaminación por combustibles fósiles significa miles de millones en ganancias. Las formas de producción ecológicamente sostenibles amenazan esos beneficios.

Una inmensa e inminente ganancia para uno mismo es un incentivo mucho más convincente que una pérdida difusa compartida por el público en general. El costo de convertir un bosque en un páramo pesa poco frente a las ganancias que provienen de la tala de madera.

Este conflicto entre la ganancia privada inmediata por un lado y el beneficio público remoto por el otro opera incluso a nivel del consumidor individual. Por lo tanto, es de interés a largo plazo no operar un vehículo motorizado, que contribuye más a la devastación ambiental que cualquier otro artículo de consumo

individual. Pero tenemos una necesidad inmediata de transporte para ir al trabajo, o hacer cualquier otra cosa que se necesite hacer, por lo que la mayoría de nosotros no tenemos más remedio que tener y usar automóviles.

La «cultura del automóvil» demuestra cómo la crisis ecológica no es principalmente un asunto individual, consecuencia hombre que ensucia su propio nido. En la mayoría de los casos, la «elección» de usar un automóvil no es una opción en absoluto. El transporte masivo de automóviles eléctricos ecológicamente eficientes y menos costosos ha sido destruido deliberadamente desde la década de 1930 en campañas emprendidas en todo el país por las industrias automotriz, petrolera y de neumáticos. Las corporaciones involucradas en el transporte pusieron a «Estados Unidos sobre ruedas» para maximizar los costos de consumo para el público y las ganancias para ellos mismos, y al diablo con el medio ambiente o cualquier otra cosa.

Los enormes intereses de las gigantescas corporaciones multinacionales superan las predicciones apocalípticas sobre una gran crisis ecológica. Los sobrios empresarios se niegan a dejarse atrapar por la «histeria» sobre el medio ambiente, y prefieren aumentar sus fortunas en silencio. Además, siempre se pueden encontrar algunos expertos que irán en contra de todas las pruebas y dirán que el jurado aún está deliberando, que no hay pruebas concluyentes para apoyar a los alarmistas. La prueba concluyente en este caso vendría solo cuando lleguemos al punto de no retorno.

La ecología es profundamente subversiva al Capitalismo. Necesita una producción planificada y ambientalmente sostenible en lugar de rapaz y no regulada. Requiere un consumo económico en lugar de un consumismo en constante expansión, estimulado artificialmente. Pide sistemas de energía naturales y de bajo costo en lugar de sistemas rentables, de alto costo y contaminantes. Las implicaciones de la ecología para el

Capitalismo son demasiado horrendas para que el capitalista las contemple.

Aquella élite que alguna vez contrató Camisas Negras para destruir la democracia por temor a que sus intereses de clase se vieran amenazados no tienen problemas para hacer lo mismo contra los «ecoterroristas». Aquellos que han librado una guerra sin piedad contra los rojos no tendrán problemas para hacer la guerra contra los verdes. Aquellos que nos han traído salarios de pobreza, explotación, desempleo, falta de vivienda, decadencia urbana y otras condiciones económicas opresivas no están demasiado preocupados por evitarnos una crisis ecológica. Los plutócratas están más comprometidos con su riqueza que con la Tierra en la que viven, más preocupados por el destino de sus fortunas que por el destino del planeta⁹⁵.

La lucha por el ambientalismo es parte de la lucha de clases en sí misma, un hecho que parece haber escapado a muchos ambientalistas. El inminente ecoapocalipsis es un acto de clase. Ha sido creado por y para el beneficio de unos pocos, a expensas de la mayoría. El problema es que esta vez el acto de clase puede destruirnos a todos, de una vez y para siempre.

En la relación entre riqueza y poder, lo que está en juego no es sólo la justicia económica, sino la democracia misma y la supervivencia de la biosfera. Desafortunadamente, no es probable que la lucha por la democracia y la cordura ecológica sea promovida por teóricos TMC de moda y por jergas que tratan la clase como un concepto anticuado y que parecen dispuestos a considerar cualquier cosa menos las realidades del poder capitalista. En esto se diferencian poco de la ideología dominante

⁹⁵ En junio de 1996, hablando en una conferencia de la ONU en Estambul, Turquía, Fidel Castro señaló: «Los que casi han destruido el planeta y envenenado el aire, los mares, los ríos y la tierra son los que están menos interesados en salvar a la humanidad».

a la que profesan oponerse. Ellos son los que necesitan volver a este planeta.

La única fuerza compensatoria que eventualmente podría cambiar las cosas en una mejor dirección es una ciudadanía informada y movilizada. Cualesquiera que sean sus defectos, la gente es nuestra mejor esperanza. De hecho, somos ellos. Ya sea que la élite todavía utilice camisas negras o no, y que sus oponentes sean rojos o no, la *lutta continua*, la lucha continúa, hoy, mañana y por los siglos.

ACERCA DEL AUTOR



MICHAEL PARENTI es considerado uno de los principales pensadores de izquierda de los Estados Unidos. Recibió su Ph.D. en ciencias políticas de la Universidad de Yale en 1962, y ha enseñado en varios colegios y universidades. Sus escritos han aparecido en revistas académicas, diarios populares y periódicos, y han sido traducidos al español, chino, polaco, portugués, japonés y turco.

El Dr. Parenti da conferencias en campus universitarios de todo el país y ante grupos religiosos, laborales, comunitarios, pacifistas y de interés público. Ha aparecido en entrevistas de radio y televisión para discutir temas de actualidad o las ideas publicadas en sus libros. Las cintas de sus charlas se han reproducido en numerosas estaciones de radio. El Dr. Parenti vive en Berkeley, California.

OTROS TÍTULOS DE ESTA COLECCIÓN

